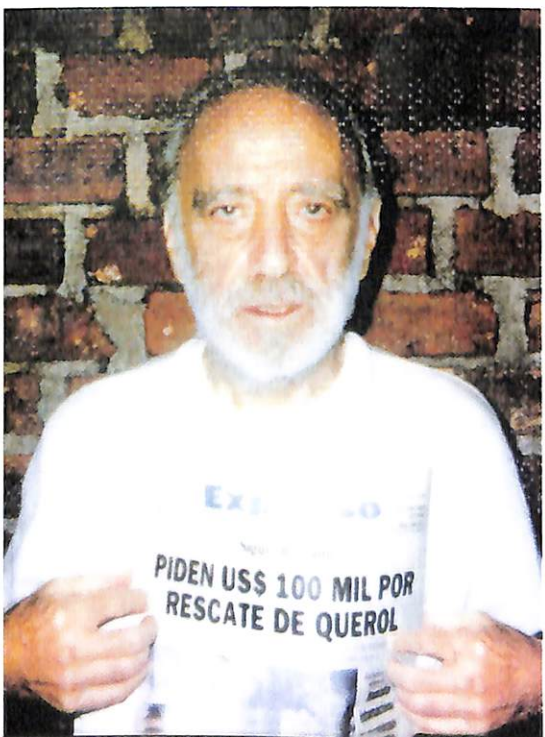
Mariano Querol

Memoria del cautiverio

Reflexiones sobre una experiencia límite



Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Mariano Querol

Memoria del cautiverio

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Primera edición, abril 1997.
© Mariano Querol, 1997.

Cuidado del texto:
Milagros Renjifo.
Diseño de carátula y diagramación:
Marianella León C.

Impreso y encuadernado en el Perú por Editorial Imprenta Unión.

Auspiciadores:

UNIVERSIDAD PERUANA CAYETANO HEREDIA

La foto de la carátula fue tomada por uno de los secuestradores, durante la segunda noche del secuestro, como prueba de supervivencia.

La foto de la contracarátula fue publicada en la revista Caretas del 11 de julio de 1996, y se reproduce aquí por cortesía de Marco Zileri.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Victor Larco Herrera

Indice

Prólogo 11

1. Me liberan 21
Solo en el fin del mundo
El taxi interminable
Así empezó la liberación

2. Me secuestran 27
Despertar en casa
Freyre en escena
Av. San Borja 440
A ciegas y en el suelo

3. Estoy secuestrado 35
Autoimagen
Las primeras horas
Mis hijos
Primera carta de supervivencia
Los primeros días
¿Puedo fugarme?

4. Al hilo del manuscrito 71
La intuición del ataque
Miedo y soledad
Mi infancia triste y soledosa
La segunda carta de supervivencia
Día a día en el cautiverio
La última noche del secuestro

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

5. La liberación 137

6. Epílogo 143

La fantasía de la omnipotencia psiquiátrica
La soledad
Codicia de poder y violencia
Motivación del secuestro
El Efecto Estocolmo
El Efecto Lima

7. Anexo 163

Facsímil del manuscrito y carta

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

A mis hijos y a todos
aquellos —y son muchos— que
me han expresado afecto
antes, durante y después de mi
cautiverio.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Prólogo

Siempre he considerado que publicar un libro en nuestro medio es una aventura filosófica, un riesgo personal y un albur económico. Es por eso que, entre otras razones, no me he animado a publicar algún texto que no haya sido entre absolutamente necesario o totalmente pagado por alguna institución en función del trabajo que realizaba en ella. La condición de secuestrado determinó un movimiento de los medios de comunicación masiva superior a cualquier suposición o expectativa. La movilización social solidaria suscitada por la abducción también ha constituido un acicate para esta aventura editorial. El resultado inicial es el presente texto que constituye, paralelamente, un testimonio crudo y un esfuerzo de organización escrita de algunos aspectos de la psicología atormentada del secuestro —léase secuestrado y secuestradores— al mismo tiempo que pretende ser una muestra de solidaridad hacia los secuestrados y rehenes que en el mundo, en este momento, sufren el dolor del cautiverio, y pienso específicamente en los amigos que ahora están retenidos en la embajada del Japón en Lima. Mis vivencias, aquí presentadas, sin ser equivalentes a las de cada uno de los rehenes y secuestrados, pueden significar, así lo espero, un punto de referencia y de apoyo para ellos —si tienen acceso a estas páginas— y para sus familiares.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Fui secuestrado el 18 de junio de 1996, aproximadamente a las nueve horas y cuarenta y cinco minutos, y liberado el 5 de julio a las veinte horas y quince minutos, esto es el día décimo octavo, después de diecisiete días completos en cautiverio.

Apenas fui liberado sentí la necesidad de publicar un libro sobre la experiencia límite [1] que acababa de vivir y que, malgrado mi deseo, continuaba viviendo con mis hijos y mis amigas y amigos íntimos. La generación y estructura del libro me parecieron sencillas: publicar el facsímil y la transcripción del manuscrito, escrito durante mi secuestro, con un par de agregados e interpretaciones psicodinámicas pertinentes y... listo.

Pero la cosa no resultó así. Después del secuestro me invadió un inmenso deseo de vivir y de gozar la vida, de no trabajar mucho y menos aun de adentrarme en mis heridas. Así fueron pasando los días. A las pocas semanas, previas conversaciones con mis hijos y con amigas y amigos interesados, preparé un proyecto de edición con dos partes: una sobre el manuscrito del secuestro y la segunda, de mayor aliento, sobre el secuestro en general, sus causas, efectos y prevención.

La primera parte, pertinente al manuscrito, fue planteada así: paralelamente a la transcripción corre un texto más interpretativo que el manuscrito, con ampliaciones, anotaciones y comentarios. Las primeras corresponden a partes no escritas

[1] Experiencia límite es aquella vivencia que se encuentra al filo de la posibilidad de convertirse en algo otro, incluso en su opuesto. En un secuestro los límites simultáneos son libertad-encierro, certidumbre-incertidumbre, confianza-desconfianza, poder-desamparo, integración-enajenación, salud-enfermedad y, en el límite de lo ilimitado, vida-muerte.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

durante el cautiverio —por omisión voluntaria—, debido a la posibilidad de que los secuestradores pudiesen leer el manuscrito y retenerlo si encontraban partes que consideraran peligrosas, insidiosas o comprometedoras para ellos. En segundo lugar están las anotaciones, que corresponden por lo general a remembranzas de mi vida que se movilizaron durante el secuestro, tanto por nexos de asociación psicodinámica por semejanza como por dinámica subconsciente. Finalmente, los comentarios corresponden a elementos de juicio, de crítica o de interpretación que enriquecen el texto, en el cual se intercala una carta que, a modo de indicador de supervivencia, fue solicitada por los negociadores (mis hijos y sus asesores) y enviada vía correo por los secuestradores.

Aunque la labor así planteada se presenta fácil fui postergándola, aduciendo que si bien yo había escrito textos científicos, técnicos, pedagógicos y académicos de cierta calidad, eso no me calificaba como escritor ameno y algo coloquial, como corresponde a quien pretenda escribir un libro que, se espera, tenga amplia difusión entre todos los estratos socioculturales, incluyendo a los más frívolos y los de menor nivel académico. Estando las cosas en esa calma chicha, mi hija y mi yerno me sugirieron, con muy buen criterio, buscar a alguien que me escribiera el libro que yo estaba evadiendo por, además de las anteriores razones, ser tan ocioso para escribir como diligente para hablar. Empecé la búsqueda del "escribidor" y hablé con cuatro candidatos; después de varias conversaciones con cada uno, superados los avatares y vicisitudes, me decidí por uno de ellos, con quien cerré el trato con fuerte apretón de manos (y un contrato privado). Después de cinco o seis entre-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

vistas de dos a tres horas, que fueron transcritas por mi secretaria Rocío, empecé a recibir una serie de capítulos de un libro que yo no sentía mío: no eran mis personajes, ni mis ideas y, sobre todo, no eran mis sentimientos, mis emociones, mis pasiones, mis errores. Les di a leer ese texto a mis hijos Antonio y Andrea y a mi amiga Patricia y las decisiones fueron unánimes: Papi, Mariano, ese texto no lo puedes haber escrito tú; no tiene tu profundidad, no es tu lucidez, tiene un romanticismo que no es tuyo y una emotividad más llorona que la tuya. Después de muchas conversaciones, recomienzos y atrasos, finalmente recibí lo que sería el texto definitivo de mi libro. Le di ese texto a Armando Robles quien me dijo que, conociéndome como me conocía, pensaría unos días para decirme qué hacer con todo el material que le había enviado, ya que tal como estaba no le parecía procedente enviarlo a la imprenta.

El tiempo siguió transcurriendo (cómo no) y a modo de manotazo de ahogado, después de conversar con Ana María García en una reunión social, le envié el mismo material. Ana María —poeta, escritora y, al fin, mujer— después de leerlo y conversar largamente conmigo me dijo con el fatalismo de una esfinge: El trabajo, tal como lo planteas, lo tienes que hacer tú; es cosa tuya. Y amorosamente agregó: Yo te puedo ayudar en todo lo demás. Cuenta conmigo. Eso ocurrió a las veintidós horas del día 3 de febrero. Desde entonces y hasta ahora, en que tú lector lees estas líneas, estoy enfervorizado trabajando en este libro y mejorándolo para cuando aparezca la segunda edición en cuanto se venda esta primera (gran optimismo tratándose de vender libros en el Perú).

Lo único penoso es que este juego de escritor-editor es plenamente sacrificial, masoquista, pues no ha sido jugado

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

durante un año sabático —como de hecho sucedería en algún país desarrollado—, sino que ha significado horas adicionales al trabajo diario, robadas al sueño, como siempre ha ocurrido con cada escrito salido de mi pluma, desde mi tesis de bachiller hasta mi tesis doctoral, pasando por todos y cada uno de mis escritos profesionales y programas audiovisuales. El juego de escribir ha sido siempre a un alto costo emocional y económico que, a la larga, es asumido por el autor y que no interesa sino a los seres cercanos, queridos y sufridos, que me han rodeado y me rodean.

En relación a esto, haciendo cuentas resulta que, considerando todos los gastos de preedición, impresión y distribución, lo que le queda al autor es sólo un porcentaje muy pequeño que de hecho no paga las horas de trabajo dedicadas a la labor de escritor. De ahí la importancia que tienen quienes apoyan efectivamente la publicación. Otra cosa es la satisfacción que genera el tener un libro de propia autoría entre las manos.

El presente libro, que constituye la primera parte del proyecto editorial mencionado líneas arriba, se centra, sin limitarse, en los manuscritos que escribí durante el cautiverio y que aparecen, en facsímil, al final del libro. Ellos son dos cartas solicitadas por los negociadores —mis hijos y sus asesores— como pruebas de supervivencia, y un manuscrito que *motu propio* escribí, a partir del sexto día del encierro, hasta el 4 de julio, un día antes de ser liberado, cuando dejé de escribir pues mi estado, que variaba entre la angustia y la elación, no me lo permitió. No se trata de un diario —nunca lo pretendí, pues para ello se requiere una organización mental que durante el cautiverio no tenía— sino de un relato testimonial, vivencial,

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

descarnado, escrito en carne viva como algo necesario para mantener mi salud mental y mi autoestima durante el encierro. De este mismo modo lo fueron, también en carne viva, limpiar mi calabozo, conversar con mis carceleros, ver televisión, bailar, comer, dormir y todos y cada uno de mis actos durante ese período atroz que me tocó vivir y cuyas características más saltantes fueron la penosa privación de mi libertad, mi sentimiento de desigualdad con otros hombres —en ese momento con más poder y posibilidades que yo—, y mi propósito de mantener la fraternidad con quien se aviniera a ello. Ninguno de esos textos fue pensado para su publicación, sin que ello impidiera que en algún momento la posibilidad me pasara por la cabeza; es por eso que contienen frases que posiblemente no habría escrito de haber pensado en su posterior publicación. Después de considerarlo he decidido mantener el texto original, incluso en sus partes escatológicas.

Dado que el manuscrito corre a partir del sexto día del secuestro, la transcripción va precedida del relato de los acontecimientos previos y de los primeros días del mismo.

A lo anterior sigue, a modo de epílogo, el comentario general y el planteamiento integrativo en torno a la violencia, la privación de la libertad y sus consecuencias. En el presente libro no se tocan, o se tocan sólo tangencialmente, los aspectos históricos, legales o policiales de la abducción, así como tampoco se explaya en lo referente a la negociación, las redes de solidaridad social, o las consideraciones en torno a la prevención del secuestro; todos esos temas constituyen motivo y materia para la publicación, a largo plazo, de otro libro.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Agradecimientos

Lector, no omitas leer la parte, usualmente engorrosa, de los prólogos; en este caso contiene la enjundia del texto que ahora tienes entre tus manos. Agradezco por ello:

A mis captores, que con su violencia y su sentir humanitario me hicieron ver con claridad:

1.- Que de familia angelical puede surgir lo satánico.

2.- Que la crueldad más afinada puede acompañarse de la simpatía más cálida.

3.- Que una vida pobre y serena puede trastocarse en una búsqueda rabiosa y desenfadada de la riqueza.

A mis hijos, que antes del secuestro me decían: "escribe tus ideas en un libro; papi ¿por qué no publicas tu libro sobre la violencia?; papi, ¡escribe lo que dices en la televisión y en tus charlas!, ahí nomás tienes para más de un libro". ¡Cómo engrandece el cariño de los hijos!

A mis amigos, algunos de ellos colegas: Renato Alarcón, Max Hernández, Roberto Llanos, Javier Mariátegui, Francisco Rivera Feijó, Armando Robles, Hildebrando Salazar y Víctor Yáñez. Cada uno de ellos ha publicado uno o más libros y ha sido objeto de mi envidia sana y constructiva, y de propósitos de emulación que han impulsado la presente publicación.

A Mario Campos, por su participación con ideas, textos y emociones.

A Ana María García, por hacerme ver que, en primera y última instancia, este libro era y es mi responsabilidad, que tenía que hacerlo yo y asumir el peso de lo que puede ser un libro bueno o uno malo. Pese a lo anterior, el presente texto lleva la impronta de su poesía.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

A Armando Robles, que por su honestidad crítica me hizo sentir también mi responsabilidad, así esto me suene cursi.

A Guillermo Vidal, cuya mayor alegría es editar libros, lo que va a la par de su alegría de amar a la mujer.

A Carmen Masías, por su siempre generoso impulso y apoyo creativo.

A Geneviève Légalice, por su soporte emocional y su oferta gentil de traducir el presente libro al francés.

A Francisco y Jaime Campodónico que en todo momento me orientaron, amistosa y fraternalmente, por los vericuetos que conducen a la venta del libro. A Francisco quiero agradecerle, además, el generoso apoyo que siempre le brindó a mi hijo Daniel en la publicación de sus textos ecológicos.

A la Imprenta Unión por la limpieza de su trabajo y la pulcritud de la edición.

A Rocío Rojas, mi eficiente secretaria, a Milagros Renjifo por el cuidado del texto; a Marianella León, que tuvo a cargo el difícil proceso del diseño y la diagramación. Todas ellas han permitido enaltecer al máximo posible la calidad del libro.

A Carlos Vidal Layseca, rector de la Universidad Peruana Cayetano Heredia y a las autoridades de CEDRO por el apoyo económico prestado.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

1

Me liberan

Cuente hasta diez y se quita los parches de los ojos.
¿Y mi maletín? —pregunté.
Se lo dejamos a su lado.

Me bajaron del auto. El zumbido del motor alejándose acompañó mi gesto: arranqué los esparadrapos que sujetaban los parches y aún permanecí ciego por algunos segundos.

Junto a mí, el maletín de médico que ellos me han dejado. Soy yo, después de todo. Yo, en esta avenida que no conozco. Es de noche. La avenida es ancha. Es curioso, ahora de pronto este adjetivo, esta frase elemental con su atributo predicativo se convierte en una frase que repito mentalmente como un acto de acción de gracias. "La avenida es ancha". Y absorbo, desde su amplitud gruesa y desordenada, desde sus luces amorfas y sus anuncios de neón, una especie de pasmo absoluto, un instante apenas en el que la conciencia diluida y seca se entrega inerme a la sensación de espacio. Estoy libre.

Camino. Es un tiempo que no aprecio como tiempo. Me basta el espacio puro, abierto. Como si fuera ahora el reverso de aquel sólo tiempo en el que estuve comprimido, contando los

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

días y las horas para saberme vivo. Vivo. Repito. Y el reflejo del verbo me sacude hasta apartarme de esta sensación absoluta, que empiezo a experimentar como referencial y entonces soy un hombre que lleva corbata y maletín, un hombre que acaba de ser liberado por sus secuestradores y se pregunta el precio; no sólo el precio en moneda sino el costo emocional, de vida propia y de mis seres queridos.

Durante tanto tiempo desear el momento, desearlo hasta casi temerlo. Y así, de pronto, asumir la única certeza, que acabara, para ahora saber que la certeza es otra. Voy a casa. Mis hijos y mis nietos. Mis amigas, mis amigos, mis pacientes.

La avenida es diferente ahora. Reparo en su oscuridad, en sus zonas baldías y sus iluminaciones. Los contrastes en mí son ahora mayores. Cruzo la berma y me dejo guiar por la luz más próxima. Oscuridad, incertidumbre. Y sin embargo, no sé si nos valen los mismos nombres. Desde la libertad, aun la incertidumbre y la oscuridad se ven de otra manera.

Una mujer detrás del mostrador. A ella le pregunto dónde estamos. En la calle Huarochirí; debo seguir caminando hasta la avenida Los Constructores donde hay "un montón de taxis". Es la primera voz humana, distinta a las de mis dos secuestradores, que oigo. Experimento una ansiosa alegría, necesito abrazar a la gente que amo. Sigo caminando hacia la avenida que se supone es Los Constructores. En la esquina veo a un hombre conversando con una mujer frente a una carretilla donde venden dulces, canchita, y le pregunto al hombre si esa es la avenida Los Constructores, pero el tipo me mira furtivamente y me responde con fastidio que no sabe, pienso que me miente y que su actitud puede deberse a la sorpresa inquietante de que un hombre pálido, vestido de oscuro y con corbata,

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

portando un maletín, se le acerque de pronto en la noche para hacerle una pregunta tan estúpida. Lo cierto es que por fin he llegado a Los Constructores, y ahí está el río de autos; parece el comienzo de la avenida porque los micros van por la pista del otro lado y voltean en "u" para regresar en la dirección que, por deducción, pienso que conduce a Lima. Tengo los veinte soles que me dio Freyre para el regreso. Trato de aparentar la más absoluta naturalidad cuando detengo al primer taxi que veo.

¿Cuánto me cobras por llevarme a San Isidro? —le pregunto; me dice que va a costar caro pues estamos lejos, prácticamente en Ate, y le digo que cobre lo que quiera. Quedamos en catorce soles y, por fin, subo al asiento delantero y estoy de regreso a casa con un taxista que, haciéndose el distraído, me escudriña de reojo en la semioscuridad de su coche.

Avanza el taxi y poco a poco voy reconociendo por dónde vamos. Jamás imaginé un viernes así. Noche de viernes en que soy un pasajero de regreso de la soledad, con la ropa con la que fui capturado, un tipo extraño que tiene que ir acostumbrándose a todo, a reconocer todo, especialmente interesado en los detalles de los que antes no se percató conscientemente, y con los que se reencuentra jubiloso, en una sensopercepción mezcla de "ya visto" —aunque no lo vi— con "nunca visto" —pese a que sí he de haberlo visto—. En medio de la noche, envuelta en el ronroneo del motor, sigue la música en la radio, y la penumbra va tragando al pasajero del silencio, al pasajero que viene de la nada. Tengo ganas de hablar, y no. En realidad sólo deseo cerrar los ojos y abrirlos en mi casa, y que me cuenten todo, y yo también contar todo, y que estén mis hijos y toda la gente que quiero. Pero el carro entretiene su camino atrapado por combis, microbuses y semáforos cada vez más numerosos en

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

el tránsito de un viernes entre glorioso e insospechado.

¿Usted siempre hace taxi? —le pregunto por distraerme y distraer al taxista. Mi propia voz me sorprende entre tantos pensamientos, tan confusos y tan encontrados. Decido iniciar la conversación y manejarla antes de que el taxista me pregunte qué me había pasado, cómo podía estar con esta facha y sin carro en un sitio tan apartado. No —responde el chofer del Toyota. Y dice que es policía, uy no, me digo. Laboratorista de la policía. Ah, uf, pienso y respiro aliviado. ¿Y usted? Médico, respondo. ¿Médico? Sí, médico, vine a hacer una visita pero llegué de día y al salir de noche me desorienté. Ah, ya —dice y me sigue mirando de reojo todo el tiempo, como si no llegara a entender qué hacía este tipo perdido en esa lejanía y cómo, especialmente, cómo acepté un precio tan alto para que me llevara hasta San Isidro. Cada vez que puedo le devuelvo la mirada y le sonrío. Sé que mi secuestro debe haber provocado revuelo y temo que me reconozca y, como es policía, me quiera llevar a la delegación más cercana. Apoyo mi cabeza en el asiento y cierro los ojos: como fogonazos pasan las luces amarillas de los postes mientras la música continúa en la radio. De pronto veo pasar la entrada al restaurante "La Hacienda", y me alegra pensar que hace poco estuve allí con mis hijos y nietos, y que pronto podré regresar.

Después de dieciocho días mirando una reja, tengo curiosidad por todo y voy reconociendo todo con la avidez de un viernes limeño. Pasamos por el Centro Comercial Camacho, claro, ahí está el Tutú Café, donde hay una academia de baile, donde dicté un ciclo de apreciación musical. Sigo el viaje con los ojos cerrados, la impaciencia me tiene aferrado al maletín. Trato de entretener mis emociones con los recuerdos más cercanos. Todo

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

pasa rápido. Aquí, en el taxi, aquí en esta ciudad en noche de viernes.

¿Quién es Mariano Querol después de dieciocho días suspendido en la soledad de una celda, preguntándose a solas, temiendo a solas, soñando a solas, y a solas esperando lo deseado? Este Mariano Querol que reencuentra su ciudad, que aparenta naturalidad ante un taxista sagaz, que cierra los ojos con la ilusión de abrirlos ante las risas de sus hijos, ¿quién es? ¿Es el mismo Querol, o mejor, peor, distinto del psiquiatra Mariano Querol secuestrado hace dieciocho días? ¿Y qué he hecho para que todos los Mariano Querol que se encontraron y se desencontraron se fundan en uno, el mismo, el de siempre?

Decido abrir los ojos y decirle al chofer que salga de Javier Prado y tome Aviación, entonces la cosa mejora y cruzamos San Borja, llegamos a Aramburú y ahí está el paisaje que me es familiar, de casas y edificios que reconozco con alegría, y ahí está la Embajada de México, la curvita que conduce a mi casa, y la alegría me desborda cuando diviso el farol de la puerta, y la cabeza de león para golpear. No he llegado a pagarle al taxista, cuando la puerta de mi casa se abre y un mar de gritos y un bosque de abrazos me sepulta, y yo me hundo jubiloso en las palabras de mis hijos, en sus besos. Ya no hay dudas, me he confundido con la certeza del amor, con la maravillosa certeza del amor de mi familia. El infierno ha quedado atrás.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

2

Me secuestran

Después de los abrazos y las palabras alborotadas, mis amigos llamaron alborozados: que descanse, dijeron, ya hablaremos. Poco después hablé con los periodistas de la televisión, de los diarios, de las revistas, de la radio, de la prensa extranjera, todos preguntando y fotografiándome a la vez, y yo delante de ellos en la puerta de mi casa.

En la madrugada me despierto sobresaltado. Pero no, no hace frío, ni está la reja, ni están los ladrillos, ni se escuchan los ladridos a lo lejos. Estoy en mi cama, en mi cuarto; sonrío, me abrazo a la almohada, y voy reconociendo mis cosas: los retratos de mis hijos y nietos, los adornos que son recuerdos, las pilas de libros que estoy leyendo o por leer. Me invade una intensa sensación de calor y bienestar. Pero voy a seguir despertándome varias veces el resto de la madrugada, como una forma involuntaria de comprobar que todo está bien, que el secuestro ya pasó, que mis hijos duermen cerca, y que en la mañana voy a tomar desayuno con ellos, que van a venir mis amigos, y yo a seguir contando todo a todos, y van a decirme, "que bien, Mariano, que todo haya terminado", y con esos pensamientos voy a dormirme otra vez, y así.

Tengo cerca de mí una parte de la infinidad de artículos

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

e informaciones sobre mi secuestro o relacionados con él. Hay mucho que revisar, que archivar. De muchas formas tengo que recuperar el hilo de mi cotidianeidad, la costumbre de mis cosas. Pienso en el chofer que me trajo. Vio que me abrazaban, que me besaban, que me sumergía entre gritos y sonrió, quizá porque recién me reconoció. Pienso en las preguntas que me hacían los periodistas, lo cansado que salió mi rostro más tarde en la televisión, las ojeras, la expresión de tristeza. No estaba, sin embargo, cansado. Ni me sentía triste, antes al contrario, no lo estuve cuando llegó a la casa el general Valencia, jefe de la DIVISE, no para hacerme preguntas, sino para expresarme su complacencia por mi liberación.

Es raro: a veces tengo la sensación de que hablo y escribo de estas cosas como si le hubieran ocurrido a otro. Como si fuera otro el que está repensando, el que está recordando cómo fue todo; ahora que ya dejó de ser una pesadilla me siento aliviado del dolor vivido.

¿Pero cómo empezó todo?

El jueves 6 de junio de 1996, mi secretaria Rocío recibió una llamada telefónica:

¿El doctor Mariano Querol?

¿Quién lo llama?

Señorita, soy Ricardo Freyre y llamo para concertar una cita con el Dr. Querol. Tengo un paciente y necesito que él lo atienda, pero antes tengo que hablar con él.

Quedaron para el día siguiente a las cinco de la tarde. Ricardo Freyre, quien en realidad era Ricardo Escobar, mi secuestrador, fue puntual. A Rocío le pareció una persona correcta, de trato agradable, hasta distinguido. Esa tarde me esperaban dos visitadores médicos y Freyre (así lo voy a llamar,

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

puesto que su verdadero apellido vine a saberlo poco después de mi liberación, cuando la banda fue capturada), pasados unos minutos le dijo a Rocío que se tenía que ir, que estaba indispuesto y que volvería a llamar.

No le di mucha importancia a la ocurrencia, pero Freyre llamó el miércoles 12, pidió disculpas y concertó una nueva cita en mi consultorio. Días después, cuando ya me había secuestrado, le pregunté por qué se había ido del consultorio la primera vez, y me respondió algo que me pareció sorprendente: que en realidad ese día me iban a secuestrar, "a la buena o a la mala", recuerdo que me dijo, pero que la presencia de los visitadores médicos, las estrechas escaleras, las muchas puertas que conducen a mi consultorio, los dispositivos de seguridad y, sobre todo, la presencia de mi personal de trabajo lo disuadieron. El asunto es que Freyre pidió una nueva cita y Rocío se la dio para el viernes 14, a las 9 y 30 de la mañana.

También fue puntual y sí, me pareció una persona correcta, sin nada que despertara sospechas.

Con un tono de voz cálido, persuasivo, Freyre-Escobar, Escobar-Freyre —quien ante mí ha estado siempre alienado por estarlo yo nombrando con el sobrenombre de Freyre— me dijo que tenía un tío a quien quería mucho y a quien la jubilación había deprimido en exceso, al extremo que ya no quería salir, que cada vez se ponía peor y que, "por favor Dr. Querol", si podía ir a su casa, que la situación de su tío lo angustiaba mucho. Consulté mi agenda y quedamos en que yo visitaría a su tío a domicilio, el martes 18 de junio a las 9 y 30 de la mañana, y que yo iría por mi cuenta a la dirección que me daba: avenida San Borja Sur 440.

Ese martes 18 de junio de 1996, a las 9 de la mañana, al

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

finalizar mi clase de danza, me calzo los zapatos sobre las medias con que he bailado, me pongo el pantalón sobre mi malla de baile, una camisa sobre el polo; completo mi atuendo con una linda corbata, me pongo el saco y le digo a Rubén, mi chofer: "Vamos a la avenida San Borja Sur 440". El carro enfila por avenidas atestadas de vehículos de todo tipo, en el inicio de una mañana y de unos sucesos que mi naturaleza profunda me había anunciado. Con el relato de ese presagio es que empieza el manuscrito del cautiverio.

Cuando llegamos a la cuadra cuatro de la avenida San Borja Sur, Freyre nos espera a unos cincuenta metros de la casa señalada. El chofer detiene la marcha y Freyre se acerca:

Buenos días, doctor.

Buenos días, ¿cómo está?

Abre la puerta de atrás y sube al carro, lo que me parece extraño, pues bien podía caminar los escasos cincuenta metros que faltaban para el número 440. Nos detenemos ante la casa. En cuanto Rubén me abre la puerta yo bajo, y mientras me agacho para levantar el maletín de médico siento que Freyre —quien ha bajado del carro al mismo tiempo que yo y que Rubén— me abraza sujetándome por la espalda y me dice:

No haga nada, doctor, y nada le va a pasar.

A pesar del tono amistoso intento enderezarme por la impresión, pero los brazos de Freyre me lo impiden; mientras tanto puedo ver cómo alguien se acerca pistola en mano a mi chofer, lo encañona por detrás y le grita:

¡Al suelo, tírate al suelo!

No entiendo nada, no puedo entender nada. Freyre me conduce hacia la calzada mientras, con voz susurrante pero firme, me dice:

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Camine, doctor, camine hacia el carro. Y siga tranquilo que nada le va a ocurrir.

¡Qué es esto! —creo que exclamo, mientras que con el mismo tono Freyre me habla con una semi sonrisa:

Suba al carro. Nada le va a pasar si usted sigue tranquilo. De usted depende.

Me hace avanzar hacia un auto con lunas polarizadas que está detrás del mío y del que han bajado los secuestradores. Entretanto veo que el sujeto armado que antes ordenó a mi chofer tirarse al suelo lo esculca e intenta, a los gritos, que se meta debajo de mi carro:

¡Métete, entra!

Freyre me hace subir al carro de los secuestradores, que esperaba con las puertas abiertas y el motor encendido, y le grita ¡vamos! al otro tipo, que entonces deja en paz a mi pobre chofer. Subo al auto por la puerta trasera, seguido por Freyre. El tipo con el arma deja a mi chofer en el suelo, sube por la puerta delantera y ocupa el lugar del copiloto. El carro sale disparado.

Alguien pregunta ¿Nos siguen?

No, todo tranquilo —dice el copiloto.

Freyre, que está junto a mí, ordena que me amarren las manos.

¡Amárralo suave! —le ordena al copiloto.

La orden, sin embargo, es tensa, como el ambiente, como la velocidad. Luego me dice, en tono de excusa: Doctor, le vamos a tener que vendar los ojos. Le pide las vendas al copiloto y él mismo me las envuelve, siempre pidiéndome excusas; terminado el vendaje me dice: Ahora siéntese en el suelo.

Me coloco en el suelo y ahí voy saltando mientras la voz

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

vuelve a preguntar:

¿Nos siguen?

Echado en el suelo, amarrado, con los ojos vendados, tengo tiempo para pensar, pero mis pensamientos son más bien preguntas a las que no puedo dar respuesta: ¿A dónde me llevan? ¿Para qué me llevan? ¿Por cuánto tiempo? Apenas recuerdo que me preguntaba qué significaba todo, si esto era un secuestro, si ya estaba perdido, intentando distinguir las voces y la intensidad de la terrible velocidad. ¿Quién es el que maneja o el que va a su lado? De pronto la radio suena más fuerte. Radio Ritmo, creo, donde cada cierto tiempo dan la hora. Ya nadie habla, sólo escucho la música y el ruido del motor.

No siento miedo. No tengo tiempo para sentir miedo. Estoy perplejo, fastidiado, incómodo. Sacudiéndome en el piso de un auto, no puedo sentir otra cosa que incertidumbre, estupor, asombro por todo.

A eso de la diez de la mañana Freyre me dice:

Tranquilo, doctor. El viaje no va a ser muy largo.

Tocan una balada, o algo así, mientras siento entre inquietud y serenidad, ansiedad y aplomo, y mientras me voy asegurando que, sí, pues, esto es un secuestro con todas las de la ley. Una hora y quince minutos va durando el recorrido. En un momento, Freyre, la única voz que escucho durante el viaje aparte de la locutora que anuncia la hora, me dice:

Prepárese, doctor, vamos a ingresar a una zona donde el camino no está asfaltado.

Entonces empiezo a dar tumbos en el suelo, a renegar de mi suerte, mientras el auto avanza con fuerza por una pista afirmada, llena de baches. Así saltando pienso en mis hijos, en que mi chofer ya se habrá comunicado con Antonio, en lo que esta-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

ría pasando. Todo lo pienso a la vez. Un torrente de pensamientos bombardea mi mente: qué habrá de ocurrir, que pasará conmigo, dónde me estarán llevando; por el tipo de terreno por el cual avanzamos pienso que quizá nos internamos por Cieneguilla, Pachacamac, Lurín, Lomo de Corvina, tal vez; en todo caso pienso: ¡qué difícil será que me encuentren, si me encuentran! Y esa mi inquietud se agranda a medida que pasa el tiempo y que el camino recorrido me aleja más de mi casa, de mi hijo, de mis nietas, de todo lo que siento mío y me es familiar.

La voz de Freyre vuelve a sonar:

Ahora, doctor, vamos a tomar una pista.

Acaban los tumbos, ingresamos a una pista, y al poco tiempo el carro se detiene.

Hemos llegado, doctor.

Huele a polvo. Unos brazos me ayudan a incorporarme:

Vamos doctor, no le va a pasar nada, yo lo voy a guiar.

Me hace bajar del auto, me coge del brazo y luego:

Despacio, doctor.

Y me advierte:

Cuidado que hay dos escalones.

Y luego:

Siga, siga con cuidado, siga.

Hasta que finalmente:

Lo vamos a desamarrar, ya está.

Siento ruidos metálicos de grandes candados que se cierran. Estoy en el silencio y en la oscuridad total, y Freyre me dice:

Ahora sí puede quitarse las vendas.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

3

Estoy secuestrado

Rápidamente me saco las vendas de los ojos y no puedo evitar que el corazón se me oprima. Me han dejado, pues, en mi celda o como se pueda llamar a este lugar del que no saldría en diecisiete días, con ladrillos húmedos toscamente encementados en las paredes, una reja de barrotes gruesos con un biombo de triplay de techo a piso delante —para que no vea lo que hay fuera—, un foco en el techo cuyo interruptor está dentro de la celda, un water, una ducha con poceta y sin cortinas, una silla de madera, una frazada, un juego de sábanas, una almohada, una toalla, un jabón, una jabonera, un cepillo de dientes, un tubo de pasta dentífrica, un rollo de papel higiénico, dos pares de medias gruesas de lana basta, un par de zapatillas y dos libros: *Mi planta de naranja lima* y *Los ríos profundos*, todo ello sin uso, puesto sobre un colchón de espuma, todavía con su envoltura de plástico, y recubierto por una fina capa de arenilla y polvo de varios días (ver diagrama 1, página 160).

Esta es, pues, mi celda. El lugar donde voy a permanecer, ¿cuántos días? ¿Un mes? ¿Un año? Ojalá que no sea largo, ¡sería horrible! y es horrible pensarlo. En todo caso la celda está habilitada especialmente para un cautiverio y mis raptores, a juzgar por los objetos que me han puesto en el cuarto, planean que el secuestro sea largo.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Me han dejado solo y miro las paredes, miro el triste foco del techo, colgado y detenido, tan solo como yo en el centro de una celda improvisada y habilitada rápidamente, y que yo, a juzgar por los objetos y útiles que están a mis disposición, voy a estrenar. Debo ser la personificación más exacta del estupor, de la incredulidad, de la incertidumbre y del miedo más terrestres. Pero ¿hasta cuándo me tendrán aquí? ¿Por qué? Sí, pues, ¿por qué? ¿Era yo, acaso, un hombre adinerado? ¿Era un empresario poderoso? ¿Coincidía el retrato de Mariano Querol, el retrato estereotipado de Mariano Querol, medico psiquiatra, comunicativo, sociable, con el retrato generalizado del secuestrado? ¿No eran estos casi siempre magnates, propietarios de empresas nacionales y extranjeras, hombres de perfiles en semipenumbra precisamente para que la luz de la notoriedad no los pusiera en estos trances? No entiendo nada, y nada puedo entender mientras doy vueltas por el estrecho recinto donde estoy confinado, donde me acaban de enterrar, sí, estoy seguro que enterrar, porque si esta gente era tan poco acertada para escoger a sus víctimas, sería también capaz de todo.

Así, dando vueltas en redondo, voy reconociendo el hueco donde me han recluido. En los primeros minutos de mi cautiverio me asaltan unas ganas desesperadas de saber qué posibilidades tengo de huir, qué consistencia tienen los barrotes, cómo están colocados los candados. En esas estoy cuando siento pasos, y ellos aparecen delante de la reja: Freyre y un hombre joven, cetrino, bien parecido, casi apuesto. No hablan. Entran al espacio que queda entre la reja y el biombo de triplay, con una silla y un bidón de agua que colocan sobre la silla frente a los candados. Reconozco en el joven al tipo que pretendió introducir a mi chofer debajo del carro y que me amarró las muñe-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

cas en el auto en el que me trajeron. Se van sin mirarme y sin dirigirme una sola palabra, y al rato vuelven con un vaso que colocan sobre el bidón, y un televisor que acomodan sobre otra silla, diagonal a la reja, y a una distancia de ésta que me impedirá manejar los controles. Se van.

Estoy estupefacto, todo me parece inverosímil, no tengo plena conciencia de realidad; los hechos se suceden como amontonados unos sobre otros y no los puedo aprehender ni discernir con claridad, con ellos me protejo y disimulo el miedo. ¿Quiénes son estos tipos, y dónde está el que manejaba el carro, a quien no he visto y que no dijo palabra?

Freyre dice:

Doctor, si quiere algo, pídalo; algún alimento especial, alguna medicina... ¿No quiere usted algún tranquilizante?

No gracias, prefiero sentir lo que se siente en un caso así.

No se preocupe doctor, no le haremos nada.

Se va, y yo quedo pensando: "Carajo, bastante me han hecho ya..."

Al poco rato aparece ante la reja el joven cetrino:

Doctor, aquí tiene, servido. Y me coloca una silla frente a la reja y sobre ella una fuente con caldo de pollo, ensalada de lechuga, pan, arroz, servidos en abundancia, y un jarro con alguna infusión.

Muchas gracias, pero cuando me traigas comida no me traigas tanto, que yo como poco.

Está bien, doctor. Diga usted cómo quiere las cosas y por ahora disculpe que todavía no estamos bien organizados.

Al poco rato aparece Freyre y me reitera la oferta:

Disculpe, doctor, pero ¿necesita usted medicinas? ¿Alimentación especial? ¿Una dieta o algo así?

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

En realidad, no se preocupe. En todo caso, como de todo: verduras, frutas, carnes, de todo excepto leche que me cae muy mal (no se lo digo pero tengo intolerancia a la lactosa). En vez de leche yo prefiero agüitas, tisanas, anís, manzanilla, ese tipo de cosas. Muchas gracias.

Cuando se va como un poco de todo pero sin mucha hambre. Al poco rato reaparece Freyre.

Aquí le dejo, doctor, un buzo y una camiseta de franela para que se cambie. Me tiene que dar la ropa que lleva puesta para guardarla.

Le entrego saco, pantalón y corbata. Me quedo con la camisa, las medias y mis mallas de baile para el supuesto caso que haga frío. Retengo lo zapatos por si me dejan salir de la celda y por la eventualidad de una fuga.

Cambiado ya, en condición de secuestrado, con buzo plomo, pantuflas y medias gruesas de lana, recibo otra vez la visita de Freyre. La actitud y la voz son conciliadoras:

Entra y me dice:

Doctor, esto va a ser corto.

¿Cómo sé yo que va a ser corto?

Yo le digo que va a ser corto, no se preocupe de nada.

Todo me parece absurdamente surrealista. La última frase me suena a humor negro pero al mismo tiempo siento el respeto que me demuestran los dos captores, particularmente el más joven. Decido dejarlo hablar:

Quiero que tenga la tranquilidad de que no le vamos a hacer nada. Nosotros no somos delincuentes, doctor. Hemos trabajado en una empresa de seguridad, y como no hay trabajo, hemos pensado que secuestrarlo sería una buena posibilidad de obtener un poco de dinero.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Dice algunas cosas más por el estilo y se va. La versión de que eran trabajadores de seguridad —después comprobé que era falsa— me da vueltas en la cabeza en cuanto se despide. Me da una cierta tranquilidad porque pienso que me han secuestrado unos primerizos en un acto exclusivo de necesidad. Pero la intención de Freyre había sido tranquilizarme y eso, la tranquilidad, en la situación de shock en que me encontraba, iba a ser algo muy difícil de conseguir. Esas primeras horas, ese primer día, me impuse la necesidad de hablar poco, sólo lo necesario, y menos tratar asuntos personales por estricto temor a despertar suspicacias.

No quiero que llegue la noche pero ésta, implacable, ha llegado y con ella las noticias de la televisión. Absorto, incrédulo, aterrado empiezo a ver el indescriptible espectáculo de mi drama como noticia. Veo y escucho en la televisión:

Secuestran al psiquiatra Mariano Querol.

Y aparecen tomas de la cuadra cuatro de la avenida San Borja Sur, vecinos que no han visto nada, y aparezco yo en antiguas intervenciones.

A las nueve y treinta de la mañana, desconocidos secuestraron al Dr. Querol en una calle de San Borja. La noticia ha conmocionado a los círculos científicos y culturales, en los que el doctor Querol era ampliamente conocido, y ha llenado de consternación a la población.

Soy noticia. Mi miedo es noticia. Mi incertidumbre es noticia. El Dr. Mariano Querol ha sido secuestrado, y yo lo estoy viendo por televisión con mi uniforme de secuestrado, con mis pobres preguntas de víctima. Están hablando de mi trayectoria profesional y, claro, dicen que la policía mantiene estricta reserva sobre mi rapto. Escucho y veo los comentarios, las opi-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

niones y las expresiones dolidas de gente que me conoce. Qué rara sensación la de estar pendiente de la noticia que uno mismo protagoniza. Qué raro. Qué ganas de decirle a mis hijos, a la gente que me quiere, que estoy bien, que los extraño mucho, que todavía no me ha pasado nada, que espero que nada me pase. No puedo digerir lo que estoy viendo, cuando el secuestrador más joven aparece, intrigado y eufórico, ante la reja y me dice:

Pucha, doctor: usted sí que era famoso. ¿Ha visto cómo ha salido en la televisión? Franco que si yo sabía quién era usted no me metía en esto, doctor, no me metía.

Se va y me quedo un poco más tranquilo, porque ahora ya sé que mi chofer ha asentado la denuncia del secuestro y que mi hijo ha echado a andar toda la maquinaria; supongo que ya ha llamado a sus hermanos, que mis amigos se están movilizando, y en la celda siento como un sosiego, algo así como el abrazo que tanta falta me hacía.

Calculo que alrededor de las diez se llevan el televisor y mi celda queda en la penumbra, pero yo estoy demasiado excitado como para dormir, así que enciendo la luz. Me entretengo pensando en lo que dirán mis hijos, mis amigos, las llamadas telefónicas que se harán entre ellos. De afuera viene el ruido del televisor a todo volumen. Estoy solo y me dedico a esos pequeños menesteres que tanta importancia cobran por momentos en la vida de un cautivo: todos ellos van orientados no tanto a mejorar la calidad de vida, sino a llenar las condiciones de la supervivencia. El cuarto, de 1.80 por 3 metros, es húmedo; el plástico que forra el colchón nuevo está empañado por el vapor; el piso es de cemento en partes y en otras tiene losetas plásticas; todo está recubierto de esa mezcla de cemento y arena que cae de las paredes de ladrillos recién levantadas.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Empiezo a organizarme. Eso llena mi insomnio. Saco el forro del colchón y lo extiendo en el piso en forma tal que también impida que el colchón se moje con la humedad que brota de las paredes. Extiendo las sábanas y la frazada y me dispongo a leer un poco de *Mi planta de naranja lima*, pero no me siento cómodo, prefiero estar conmigo mismo y reconocer, a través de mi introspección, que soy un ser humano de sexo masculino, profesional, médico, especialista en psiquiatría, perteneciente a la clase media (entre media y media alta, dependiendo de si se considera el aspecto económico o el aspecto cultural), con una reconocida labor profesional; he formado una familia no convencional (me casé con una inteligente y hermosa mujer judía con quien tuve tres hijos), mi trayectoria profesional es bien considerada en todos los medios y niveles, obtuve prestigio como persona independiente en mi pensar y honesta en mi actuar, he sido muy criticado por mi conducta libre (considerada libertina por determinadas personas o grupos mojigatos), con intereses y actividades multifacéticas (que fueron la base para que, por ejemplo, hace unos años, algún colega —¿envidioso?— dijera que como médico era un buen pianista y como pianista, un buen médico), con espíritu de cambio y de encuentro, con una sensación de frustración en lo económico, particularmente si me comparo con otros colegas que, en menor tiempo y en las mismas condiciones, han amasado fortunas considerables; con una sensación de no pertenencia a donde estoy y de búsqueda por pertenecer a algún lugar; orgulloso de mi condición de criollo (en el sentido prístino y original del término); con una actitud ambivalente frente a los valores de la hispanidad (que significan al mismo tiempo el reconocimiento de mi identidad y el de todo aquello que rechazo: fanatismo, jerarquías

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

"de sangre", dogmatismo recalcitrante, prejuicio racial); profundamente satisfecho con mis logros como persona en función de mi libertad interna y externa, mi realización personal, mi autonomía (a veces lograda con lo que puede ser visto como cierto desapego hacia los otros), mi posibilidad de creación, mi disposición al cambio y, sobre todo, mi capacidad creciente de amar y de solidarizarme con quienes piensan, sienten y viven de modo diferente al mío.

El protagonista de este relato es, pues, un profesional con una cierta nombradía, divorciado, con una buena relación con su ex mujer y con sus tres hijos (el secuestro demostró que esos vínculos eran excelentes, exquisitos y eficientes), con una posición económica holgada en función de su trabajo diario, de cierta originalidad en su pensamiento que llamaba la atención —tanto en los medios culturales como sociales— sobre todo por su transgresividad, de leve impronta subversiva, antes que por aquello que es lo más importante: su profundidad liberadora dada su orientación tolerante, solidaria y ecuménica.

Vencido por un día tan intenso me quedo dormido, pero me despierto al poco rato. No sé qué hora es. Supongo que mis captores siguen viendo películas en la TV pues el aparato continúa funcionando en el cuarto de al lado. ¿Qué estarán haciendo mis hijos? ¿Ya habrá llamado Antonio a Andrea, a Daniel? ¿Cómo estará Antonio? ¿Qué pensarán? Con estas y otras miles de preguntas me despierto a cada instante. No sé si sueño, y más precisamente, no sé qué sueño. La luz de afuera permanece encendida y en un momento vendrá un silencio sólo perturbado por ladridos lejanos y el rugir del motor de algunos vehículos que parecen ómnibus o camiones con sus motores a toda

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

marcha. Deduzco que estoy cerca de una carretera importante; por los ladridos fantaseo que estoy por una chacra por la arena que lo cubre todo, que quizás esté cerca del mar. ¿Lurín, Pachacamac?: todo es incierto. Tengo palpitaciones, quisiera dormir tranquilo y lo consigo sólo por momentos.

He dormido a sobresaltos. Estoy despierto antes que amanezca, preguntándome por mis hijos, por lo que será de mí, de todo. Debo haber tenido sueños violentos pues he despertado con angustia y palpitaciones. Pienso en mis hijos, todo el tiempo he pensado en ellos. Antonio ya debe haber llamado a Daniel, a Andrea. Antonio es el menor y el único que vive en Lima. Andrea y Daniel están radicados en el extranjero. Antonio es sagaz, negociador, cerebral. Andrea es definida, clara, sensible y perceptiva. Daniel es perspicaz, creativo y ultrasensible. Espero que estén los tres juntos en Lima pues se van a complementar de maravilla, estoy seguro de que llevarán a bien las negociaciones.

El mayor, Daniel, es biólogo especialista en genética vegetal, mejoramiento de semillas alimenticias. Radica en Nicaragua, es un hombre de izquierda, muy claro en sus ideas. Siempre se interesó con pasión por los asuntos sociales, muy crítico de las clases dominantes. Se ha construido una casa en Managua, casi con sus propias manos. Tiene una pareja, hace once años, con un hijo, a quien considera como propio. De mí ha heredado la habilidad manual. Además de la casa en Managua, ha logrado adquirir unas propiedades en la selva del río San Juan, al sureste de la capital. De chico fue tan travieso

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

e inquieto que pensamos que era hiperquinético y llegamos a verlo como un niño problema. Fue tan rebelde y difícil que incluso cometí el error de castigarlo a correazos. En cierta forma repetía lo que mi madre había hecho conmigo.

Era y sigue siendo muy orgulloso y muy desordenado. Su madre y yo tratamos de corregirle ese desorden por todos los medios; finalmente le pedí a mi mujer que no insistiéramos porque era en vano: su cuarto era un caos, pero en medio de ese laberinto él se daba maña para encontrar lo que buscaba. Sin embargo, era un excelente escolar. Resolvía sus tareas en segundos y de una manera brillante. Siempre tuvo mucho interés por los aspectos dialécticos e integrativos de la Historia, algo que no era común en chicos de su edad. Demostró mucho talento para la actuación y el canto; yo le vi grandes posibilidades en estos campos, pero parece que él no. Cuando era niño, Daniel no era cariñoso con nadie, salvo con su abuelo materno, pero en cuanto fue creciendo se convirtió en un ser muy afectuoso, particularmente conmigo, muy tierno, muy engreído y engreidor. Cuando su madre, Tamara, y yo nos separamos, Daniel se quedó un tiempo a vivir conmigo, porque en aquel entonces no tenía buenas relaciones con la mamá. Mis relaciones con él, sin ser excelentes, eran más que llevaderas y por eso se decidió que viviera conmigo. Andrea y Antonio, los más chiquitos, se quedaron con Tamara. Poco tiempo después del divorcio, ella se fue al Canadá donde se casó. Vivía con nuestros hijos menores mientras que Daniel, que siempre ha sido muy independiente y ya había terminado la secundaria, se fue a Europa, apenas un adolescente, a iniciar sus estudios universitarios. Actualmente es un hombre atractivo, de 39 años, dedicado a la salvaguarda de la ecología, a brindar apoyo a los pro-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

letarios, a disminuir las brutales diferencias entre el hemisferio norte y el hemisferio sur; a la lucha contra las exacciones, depredaciones, vejaciones y brutalidades cometidas por los países más ricos contra los países más pobres; vive alternando sus afanes educativos por lograr un desarrollo sustentable del trópico húmedo, con su voceo tronante sobre los derechos ecológicos y humanos de los países del sur, en las plataformas del mundo donde se supone han de defenderse los derechos humanos y, sobre todo, los maltratados derechos de los países tercermundistas.

Andrea es dulce y sobria a la vez. Muy atinada y discreta, a veces se enerva por ciertas cosas y en otras, complicadas y trascendentes, manifiesta un magnífico control. Por ejemplo, puede angustiarse por tener que hablar en público y luego, al hacerlo, impresionar por su naturalidad y desenvoltura. De chica era muy alegre, muy tierna. El divorcio la afectó; su carita cambió durante mucho tiempo. Ella y Antonio sufrieron la extremada severidad mía y de la mamá, y luego sólo la de la madre. Creo que eso la marcó, pero como ya estábamos separados no quise (¡grave error!) intervenir en este aspecto, que en buena parte ha superado. No fue una chica que jugara con muñecas, pero tenía su cuartito con juguetes y en él se entretenía.

Daniel había sido el único rey de la casa hasta que llegó la maravilla de Andrea. Dos años de reinado perdidos no se perdonan así nomás, y por eso Andrea padeció los celos de Daniel. Sin embargo, Andrea no se dejaba, y si el hermano le hacía una cosa mínima, ella lloraba y lo acusaba. Se daban duro los dos, cada cual según sus posibilidades y estilo. Andrea estudió,

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

como sus hermanos, en el colegio von Humboldt y fue una excelente alumna; llegó a tocar el piano bastante bien, piezas clásicas exclusivamente y cuando, después de mi divorcio, viajó a Canadá con su mamá afrontó lo que se llama impacto cultural. Su rendimiento bajó, y cuando postuló a la universidad pasó muchas dificultades para ingresar a Medicina, así que siguió la profesión de Laborterapeuta Ocupacional. Ella no está contenta con lo que es su profesión y ha seguido una maestría en Psicología. Felizmente casada con un peruano gerente de una corporación financiera, encantador, inteligente y honesto a cabalidad, tiene dos maravillosas hijas y un hijo que, cuando fui secuestrado, tenía 4 meses y 17 días. Actualmente vive en Caracas, dedicada a sus tres hijos y determinada con honestidad de propósito, pese a todo, a proseguir con su carrera de comunicadora social, buscadora creativa de alternativas a la farmacodependencia, psiquiatra frustrada que busca su realización a través del trabajo psicosocial. Mantiene el propósito de realizarse profesionalmente en el Perú.

Antonio tiene un año menos que Andrea. Es un hombre agradable y carismático, que ejerce gran atracción en la gente que lo rodea. Actualmente tiene 36 años y desde que nació tuvo como segunda piel a la simpatía. Sin embargo, este joven encantador nos dio a su madre y a mí grandes problemas por lo enfermizo que fue, y por los delicados trances de salud que padeció durante el primer año. Contrajo una enfermedad que le impedía la asimilación de alimentos. Tuvimos mucho miedo de que muriera, y debimos someterlo a constantes transfusiones de sangre. La única donante fue su madre, cuyo espíritu fue admirable. Cuando se recuperó, se convirtió en un niño lindísimo:

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

sus cachetes relucían y, cuando reía, hacía reír a todo el mundo. Siempre tuvo como arma a su inmensa sonrisa. No fue precisamente un modelo de alumno, pero aprobaba todas las materias. Fue muy juguetón, amigo de todos en el barrio, mucho más sociable que sus hermanos mayores. En el tiempo de las calcomanías, yo me compré una motocicleta Harley Davidson 1200 con *sidecar*, que fascinó a Antonio. Entonces le compré a él otra Harley 1200, y nunca lo vi más feliz en la vida que con su moto. Se iba al colegio en su máquina y había que verlo, dichoso joven motorizado, deslumbrando a sus amigos del colegio Franco Peruano donde estudió los dos últimos años de secundaria. Siempre le ha gustado todo lo que sea motores, automóviles, motos. Es un experto en fierros, y tiene una habilidad inmensa para las transacciones, un gran talento para hacer dinero. Su primer negocio fue la venta de automóviles, sigue siendo una persona muy hábil en los negocios y tiene el don de las relaciones públicas pese a que no toma jamás alcohol —que según los empresarios locales es imprescindible para cerrar un negocio—. Casado con una mujer encantadora, exquisita, discreta e inteligente, además de bonita, tiene dos preciosas hijas. Actualmente es un hombre apuesto, con un respetable sobrepeso, que pertenece al "jet set" de nuestra Lima decadente. Con su inteligencia y gran sentido financiero alcanzó una posición socioeconómica infinitamente más alta que la del padre. Un par de años antes de la fecha en que empieza este relato sufrió un grave revés económico y, en el momento de los hechos, estaba pasando la pobreza del rico. Su matrimonio está en crisis en función de su honestidad emocional, con el consiguiente tironamiento afectivo y su consecuente inconsecuencia frente al conflicto entre el ideal ético y la realidad humana.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

En más de una ocasión me encuentro a mí mismo sorprendido por no pensar en mis cuatro nietitas y mi nietecito. Es como si quisiera mantenerlos alejados de esta situación. Me pasa algo parecido con mis amigos y amigas. A todos esos seres los amo entrañablemente, sin embargo su recuerdo surge como por ausencia, sorprendente por cierto, del recuerdo vívido y espontáneo. Racionalizo que, pese al cariño que siento me tienen, no pueden hacer nada por mí en este trance. Recién pocos días después, durante el cautiverio, podría darme cuenta de mi error y sentir en la herida de mi soledad y de mi incertidumbre el bálsamo del afecto de mis amigos. De ese inmenso aporte emocional de todos y cada uno de mis amigos, hombres y mujeres —de quienes recibí las palabras más hermosas, profundas e inesperadas— recién pude percatarme conscientemente en el curso de los días que sucedieron a mi liberación.

Me vuelvo a adormilar y me despierta el captor más cetrino trayéndome el televisor y, poco después, el desayuno; una infusión, pan, una fruta, galletas de soda, huevos revueltos. Tomo la infusión, como la fruta y le digo a mi captor que por favor no me traiga tanto, sólo infusión, fruta y galletas pues no tengo hambre y no quiero enfermarme por comer en exceso forzándome.

Hago un recuento de la situación: me han encerrado en una celda pequeñita y sucia, si iba a estar aquí un tiempo debía tratar de vivir lo más decentemente posible; por lo menos el lugar en que estoy tenía que estar limpio; pido al captor, a quien al poco tiempo llamaré Amigo, una escoba, me la trae de inmediato y se va llevándose los restos del desayuno; doblo la frazada y las sábanas, reclino el colchón contra la pared y cuelgo el

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

forro de plástico para que ambos se sequen pues la humedad del ambiente los ha mojado. Me pongo a barrer cuidadosamente para no levantar mucho polvo; hago correr la ducha —con mesura, pues si abro la llave por completo sale un chorro considerable, la celda se inundaría con las salpicaduras y se generaría más humedad y problemas adicionales— y oprimo la manija del water; para limpiarlos pido una vasija para acopiar agua. Cuando mi captor me la trae, trae también un pedazo de tripley rectancular con un lado en forma de mango que ha preparado en el instante, y me dice Tome doctor. para que le sirva de recogedor. Creo que es a partir de ese momento que a ese, mi captor, comencé a llamarlo Amigo.

Sigo limpiando todo y ordenando prolijamente lo poco que hay que ordenar —como me sucedía de niño cuando ordenaba, como jugando, las rumas de papeles, las cajas con tarjetas postales, los costalillos conteniendo cordeles, pitas y cabos de cabuya, y así ordenando se me pasaban horas entretenido—. Con estas acciones me siento útil y me ocupo en rescatar lo más importante, lo único que me queda: mi dignidad como ser humano. Es así como empiezo a reconocer que tengo muchas posibilidades de acción, así fuera en pequeños detalles que en la vida diaria en libertad pasan desapercibidos, pero que en el cautiverio cobran importancia y hasta significación, y al hacer este reconocimiento me convenzo también que de ninguna manera me encuentro totalmente a merced de ellos.

Estando en estas cavilaciones aparece Freyre con algunos periódicos del día y me dice:

Doctor, usted ha salido en todos los periódicos. No pensé que lo íbamos a hacer tan famoso.

No pues, así no es —le contesto con ironía y una sonrisa

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

entre maliciosa y benevolente—. Yo ya era famoso mucho antes de que ustedes me raptaran, y si la noticia del secuestro ha salido en las primeras planas es porque ustedes han secuestrado a un hombre famoso.

Me mira sonriente, paralelamente sorprendido y admirado; me deja los periódicos sobre la silla ante la reja, cosa que me admira, y se va.

Nunca antes una noticia me había provocado tanta tristeza. En todos los diarios aparece publicado, en primera página y con grandes caracteres, mi secuestro. El Comercio, La República, Expreso, Gestión, todos daban la noticia y empiezo a imaginarme a Antonio leyendo, a mis amigos, a la gente que me quiere, comentando. Siento que todo es muy raro. Siento una perplejidad y una impotencia enormes. Me va creciendo la angustia, tengo palpitaciones, un gran deseo de estar con toda esa gente amada y decirle que estoy bien, y que voy a enfrentarme con la adversidad para seguir. Siento que las noticias y declaraciones que me alivian son las que portan cariño y simpatía, como las de Javier Mariátegui, quien de modo atinado y afectuoso ha hablado de mi situación económica y ponderado méritos míos. Estoy seguro de que esas y otras declaraciones con tono y peso afectivos deben haber influido en mis captores.

Cogido entre emociones tan contradictorias pienso que es indispensable relajarme y poner en marcha mecanismos para vencer la angustia y para que no me empezara una depresión.

Lo primero que hago es precisar mi realidad, para luego aceptarla con todas sus consecuencias posibles, pero sobre todo con toda su carga presente. Es así como llego a las conclusio-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

nes siguientes:

Me han secuestrado, estoy encerrado en una celda en un lugar desconocido. Duermo en el suelo, me han hecho poner un buzo y tengo miedo, no sólo de morir, sino de perpetuarme en la agonía de la incertidumbre, que es lo más parecido al infierno, porque es el sufrimiento sin salida.

No quiero quedarme en la inacción. Utilizo parte de los periódicos que ha traído Freyre para cubrir el piso y poder caminar sobre algo menos frío que el cemento. Empiezo, en fin, a utilizar conmigo mismo algunos de los procedimientos psicoterapéuticos que empleo en mi práctica profesional. Por eso apelo a la meditación trascendental, a la autohipnosis, al empleo de sonidos o frases en estado de relajación, a la interpretación psicodinámica y a los ejercicios físicos. Como ya he dicho, los ejercicios, la danza, contienen un sentido de avance, de progreso, de ser uno mismo. El movimiento, especialmente si es efectuado con placer, aumenta la producción de endorfinas (que son, justamente, las hormonas relacionadas con las sensaciones de salud y placer). Los ejercicios los ejecutaba y los ejecuto como una forma de aumentar mi sensación de bienestar, para mejorar o cuando menos mantener, mi condición física y enriquecer mi momentánea pobreza. Apago la luz de mi celda, pongo la silla entre el water y la poceta de la ducha, levanto el colchón adosándolo a la pared y, en el espacio que ocupaban la silla y el colchón, me pongo a hacer trabajo de relajación, calentamiento articular, unas flexiones, estiramientos, lo que se puede hasta entrar en calor. Luego me ducho, con cuidado de no convertir mi celda en un charco.

El Amigo me trae el almuerzo:

Doctor, aquí le traigo poco como a usted le gusta, y la

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

manzanilla.

Gracias, está bien.

Y no es que no sintiera angustia en estas horas y en las por venir. Ocurría, simplemente, que mi aceptación de la realidad pasaba por sentir mi angustia, por admitirla, por aceptar todas mis sensaciones. En ese proceso de adaptación, que fue arduo y doloroso, pasé momentos de mucho miedo, de gran ansiedad, pero también tuve vivencias reparadoras, de intensa paz. Todos los días viví sentimientos alternos de miedo y sosiego, de ansiedad y calma, y de rebeldía, mucha rebeldía.

En la noche del segundo día, Freyre me hace una visita:

Doctor, ya se han iniciado las negociaciones. Para continuarlas, su hijo Antonio ha exigido una prueba de supervivencia.

¿Cuál puede ser?

El quiere saber cómo se encuentra usted, tenemos que tomarle una foto y enviársela.

La primera foto que me hicieron no salió bien. La segunda sí resultó aceptable y en ella estoy con el diario Expreso en el pecho, con el titular que rezaba: SECUESTRADORES EXIGEN CIEN MIL DOLARES POR MARIANO QUEROL. (Después supe que la cifra exigida al comienzo fue de 350 mil dólares.)

Yo actúo mecánicamente, colaboro en silencio. Quiero que las cosas sucedan lo más fluidamente posible. La lucha es conmigo: con mis sensaciones y mis pensamientos. Si me mantenía sereno podría actuar con mayor beneficio para mí.

Ese mismo día Freyre vuelve a visitarme:

Su hijo quiere que le escriba una carta.

No hay problema, con mucho gusto.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Freyre me deja una veintena de hojas bond tamaño oficio y un bolígrafo.

Antes de escribir cualquier cosa pienso primero si incluir en el texto algún mensaje cifrado y recuerdo que en el secuestro de Aldo Moro sus comunicaciones fueron examinadas por innúmeras personas (partidarios, subalternos, admiradores, expertos en decodificar mensajes, miembros del servicio de inteligencia, incluso videntes y parapsicólogos) y ninguna, encontrara o no un pretendido mensaje oculto, tuvo acierto alguno. Consecuentemente decido escribir con espontaneidad sobre mis sensaciones y sentimientos reales y honestos. Doblo por la mitad las hojas que me han dado, las apoyo en la tablita que me sirve de recogedor de basura, que a su vez pongo sobre el asiento de la silla, me siento en el colchón y en ese improvisado escritorio —con la satisfacción de estar relativamente cómodo para hacer mi tarea, ya que de alguna manera ingeniosa debía ir solucionando las dificultades que la situación presentaba— me pongo a escribir la carta que transcribo:

96/06/19 18h

Anto, hijo:

Estoy bien, me tratan con
cortesía, la comida abundante y sazo-
nada. Dispongo de TV y material
de lectura, el espacio es reducido,
los servicios higiénicos indispensables.
Lo más duro, como te lo imagi-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

nas es el encierro, la pérdida de la
libertad; el encuentro con tus pro-
pios fantasmas, con temor a lo
futuro sobre lo que no tienes
control.
Extraño la vida y su belleza goza-
das en plenitud. Me apoya el
recuerdo de ustedes, de la familia,
para cada uno de ustedes va todo
mi cariño. Los sentimientos hacia
mis buenos amigos y amigas. La comu-
nicación, incluso con los que me cuidan
también ayuda por eso yo te seguiría
conversando más que nunca.
Te agradezco todo lo que puedas
hacer en este asunto, tengo fe
en ti y en el cariño que nos tenemos.

Te besa, te abraza

Papi

Ahora que releo la carta me sorprende cómo valoro "la comunicación, incluso con los que me cuidan" puesto que "también ayuda" al punto que inconscientemente equiparo, en ese aspecto, a Antonio con los secuestradores y "por eso yo te seguiría conversando más que nunca". Todo lo cual es un sutil ejemplo de variante del Efecto Estocolmo (identificación del

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

agredido, que no tiene poder alguno, con los que tienen el poder, en este caso los agresores, y el negociador).

A medida que transcurren los días se empiezan a formar conductas rutinarias, que son parecidas todos los días así se repitan en una secuencia y duración diferentes. La rutina ayuda a que los días pasen más rápidamente.

Al tercer o cuarto día, la música de una radio se incorpora a los demás sonidos del cautiverio. Me dejan el televisor, y afuera queda la radio sonando a todo volumen, mientras el Amigo me dice si cocina o limpia. En los primeros días escucho que clavan y serruchan madera, con ruidos que se imponen a la música de la radio y a los sonidos-ruidos de la TV. Intrigado, grito desde la celda:

Amigo, ¿qué estás haciendo?

Estoy haciendo un cajón.

¿Un cajón de muerto?

Me responde con una risotada, baja el volumen de la radio y se acerca a la celda:

No, doctor, no estoy haciendo un cajón, doctor, no se preocupe. Estoy haciendo un trabajo que se necesita aquí. Ya le he dicho que a usted no le va a pasar nada.

Eso me tranquiliza y sigo viendo televisión. A poco me doy cuenta que los raptores ponen la música fuerte para que yo no escuche lo que hablan entre ellos. Pero como he decidido aceptar la realidad y utilizarla en mi beneficio, cuando hay música alegre dejo de hacer lo que esté haciendo, ver televisión, pensar, comer, asearme y apago la luz del cautiverio y me pongo a bailar, y bailo con la música de la radio, sea la que sea: salsa, cumbia, rock, y danzo, felicísimo con, a veces, un sentimiento estético de mi movimiento en el que estoy expresando

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

toda mi elación, esto es, la inmensidad de la grandeza y elevación de mi espíritu y mi ánimo.

Una mañana, que creo corresponde al tercer día, Freyre me dice:

Doctor: no podemos seguir con las negociaciones.

¿Qué ha pasado?

Su hijo está con la policía y las cosas están muy movidas.

Me deja sumido en tribulaciones.

No sabía lo que ocurría y, obviamente, lo que ahora escribo lo supe en cuanto me liberaron: alertado por Rubén, mi chofer, Antonio acudió a la delegación policial donde Rubén había asentado la denuncia sobre mi secuestro, y se dio el caso que estaba presente el general Ketín Vidal, quien se interesó personalmente por el asunto y ordenó una movilización total al punto que la policía especializada se instaló en mi casa. La cosa llegó a tal extremo que cuando mi hija Andrea llegó de Caracas, antes de transcurridas 36 horas desde mi secuestro, encontró que en mi cuarto se había ya organizado un centro de recepción de llamadas, con expertos policías trabajando las 24 horas del día. Estos movimientos —no sé cómo— fueron detectados por los secuestradores, pienso ahora que porque la prensa había publicado que toda la policía estaba en alerta por este caso de secuestro. Hay que considerar también el estado de ánimo paranoico persecutorio en que habrían de estar los captores. Por todo eso es que Freyre me dijo que se había dado cuenta que había muchos policías dando vueltas, mucho movimiento policial cuando ellos, los secuestradores, hablaban desde cualquier cabina telefónica y que por eso se había decidido paralizar todo.

En un momento Freyre regresa:

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Le hemos dicho a su hijo que tiene que cortar todo tipo de relación con la policía.

Lo miro y le digo:

No creo que él esté en tratos con la policía.

Sin parpadear, Freyre responde:

Mire, doctor: su hijo es inteligente. Bueno, nosotros le hemos dicho que si no corta con la policía no podemos seguir negociando.

Freyre está incómodo, como si todo ello estuviera interfiriendo con la buena marcha de una negociación cualquiera para llegar a un acuerdo pecuniario conveniente para las partes. Hay que reconocer que tiene razón: de eso se trata una negociación para liberar a la víctima de un secuestro comercial.

No tenía la seguridad, obviamente, de que mi hija Andrea estuviera en Lima. Pero tenía seguridad absoluta en la firmeza de Antonio, en su tenacidad, en su presencia de ánimo, en su empeño por todo. Sin embargo, sabía también que podía ser inflexible, detalle que hace poco menos que difícil cualquier tipo de negociación; pero conocía el arte de la sutileza. Sabía que en toda negociación era necesario aflojar, conceder, escuchar. Andrea estaría más pronta a pagar lo que fuera con tal que me liberaran.

Cuatro días después Freyre me dice:

Su hijo ha hecho caso: la policía ya salió del medio.

Me pongo a imaginar cómo se están desarrollando las negociaciones. Pienso en la buena dupla que para ello formaban Andrea y Antonio, cómo se iban a complementar, y quizás con ellos estaría Daniel. Después de mi liberación supe que estaban mis tres hijos y que, de mutuo acuerdo habían con-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

tratado a dos asesores excelentes, especialistas en secuestros, que actuaron muy eficientemente y a quienes agradezco.

Los primeros días he comido bien todo lo que me traía el Amigo, quien en un momento llegó a decirme que yo le recordaba a su padre, que era como yo, tranquilo y buena gente. Pero la incertidumbre me ha hecho perder el apetito.

El Amigo cocina bien y se lo digo:

Tienes muy buena sazón. Deberías dedicarte a cocinar y no a secuestrar.

Se ríe:

Yo he sido cocinero, doctor, he sido pescador, una vez pesqué un pez enorme. Pero, ¿sabe?

¿Qué te pasa?

La verdad es que me siento muy mal, doctor...me duele la cabeza, no duermo tranquilo.

Cómo no te vas a sentir mal si estás metido en esta vaina cometiendo un delito, la culpa que tienes te ocasiona ese malestar. Por eso es que te sientes así, por eso es que no estás tranquilo.

Me mira fijamente sin decirme nada, y cuando pienso que se va a quedar callado y que con su silencio se terminará la conversación, me dice:

Yo le juro que preferiría estar en su lugar.

Constantemente me angustia la posibilidad de que estalle un incendio, que lo dos captores huyan, que yo me quede encerrado en la celda y el humo me asfixie. Esta preocupación me persigue todo el tiempo, y decido encararla poniéndome a estudiar la forma de escapar. Pulso la reja: es fuerte, hecha con fie-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

rro de construcción. Está asegurada por dos candados a la izquierda, y tres bisagras capuchinas —de esas que se pueden desensamblar si se les quita el pivote o pin que les sirve de gozne— soldadas al marco y ancladas en la pared a la derecha. La componen varios fierros verticales de 3/8, y el marco es de media pulgada (ver diagrama 2, página 161). Cuando descubro que, sin embargo, la parte de abajo se puede mover un poco, y que hay cierto traqueteo, consecuencia de una bisagra cuyo enclaje en la pared está flojo, pienso: ¡ojalá pueda hacerla saltar! Lo que da de sí es el pivote de la bisagra inferior. Que eso se pueda mover es una magnífica noticia: todos mis sentidos se orientan a sacar el dichoso pivote.

Al tercer día me traen de almuerzo pollo, ensalada; en la bandeja hay un tenedor y un cuchillo corrientón, lo único que me entusiasma del menú. Voy comiendo y planeando cómo y cuándo palanquear. Para que el trabajo sea efectivo y no se den cuenta los secuestradores, oculto las manos bajo una toalla y empiezo a levantar el pin, palanqueando en el intersticio entre la cabeza del pin y la parte superior del gozne, primero con el filo del cuchillo y, cuando el intersticio se ha convertido en ranura, con la parte roma y el lomo de la hoja para sacar el pin de la bisagra; al mismo tiempo coordino estos movimientos con otros, con todo mi cuerpo y fuerza, para mover al gozne de la bisagra misma. Todo con fuerza, pero cuidando de no hacer ruido, con mesura para no marcar el cuchillo, y ritmo acordado con el de los ruidos o sonidos —según el caso— de la televisión que miramos a la par mis captores y yo, bien separados por una pared que nos permite verla sin que ellos me vean a mí ni yo a ellos. Trabajo con tenacidad de recluso; cuando vuelven por los platos y se llevan mi improvisada herramienta me sien-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

to tranquilo pues ya he levantado el pin, sólo un poco pero es algo, es lo máximo que el grosor y forma del cuchillo permiten.

Con alguna otra comida no me traen cuchillo sino una cucharita. ¡Qué importa! Con el mango sigo levantando el pin, que ya está más suave pues en alguna otra ocasión le he echado un poco de la grasa de la comida.

Soy una persona que ha estudiado música y tocado piano durante muchos años y que, desde hace también años, danza. Tengo ritmo y coordinación y eso fue lo que me ayudó para que los secuestradores —el Amigo y Freyre, los únicos que permanecieron conmigo— no se dieran cuenta de nada. Cuando la música o los ruidos sonaban fuerte, yo aprovechaba para hacer los movimientos más ruidosos. Nunca me escucharon. Como necesitaba seguir levantando el pin, seguí trabajando con los dedos con la desesperación de quien no se resigna a estar preso. No me trajeron más cuchillos, ni cucharitas de metal —y aunque me las hubieran traído no me habrían servido de nada, cuando menos con los cubiertos metálicos que ellos tenían ya no podía seguir palanqueando el pin cuya cabeza estaba ya bastante distante de su asiento— pero, a falta de ellas, buena es la imaginación y el empeño, y no paré hasta hacer saltar el pin. Para ello me sirvió mi conocimiento de cerrajería y mi habilidad manual: desarmé la manija de la chapa de la puerta de madera del baño en que yo estaba encerrado (y que había quedado abierta dentro del baño y justo junto a la silla en que me sentaba para ver televisión) que yo sabía debía tener un vástago cuadrado con ángulos agudos. Y así fue. Con esa nueva palanca más gruesa seguí palanqueando el pin y luego la utilicé como botador, impulsado por golpes secos y recios de la palma de mi mano izquierda (para eso me sirvieron las técnicas

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

del Kung Fu que aprendí durante nueve años y dejé hace alrededor de quince), todo ello siempre al ritmo de los sonidos y ruidos de la televisión, teniendo las manos ocultas bajo una toalla o cualquier prenda colgada al desgaire de la reja como para que se ventilara. Finalmente el pin salió y lo dejé en su sitio pero engrasado, flojo y a media carrera para poder sacarlo con facilidad, pero lo suficientemente encajado como para que la bisagra no saltara en el improbable caso que abrieran la reja para una inspección o cambio de lugar de cautiverio. Temía que si la bisagra saltaba los secuestradores podían tomar represalias, hacer más rigurosa su vigilancia, hacerme en fin la vida más difícil todavía. Para que no lo notaran mis captores siempre dejaba algunas prendas, generalmente medias (de las que tenía cuatro pares, dos que me dieron los captores y dos que traje puestas: uno para asistir a la clase de baile y otro oscuro para cubrirlo pues mi atuendo era de vestir, formal, con terno azul y corbata para ir a ver a mi "paciente" el día de mi secuestro).

Me dilato en estas descripciones porque ellas ocuparon buena parte de los vacíos de los primeros días de cautiverio. Este me parecía liviano cuando pensaba en aquellos cautivos y prisioneros que se habían pasado años para cavar un túnel desde su mazmorra o aflojar una piedra de la pared de su calabozo.

Estando el pin como estaba podía sacarlo en cualquier momento, palanquear la reja y salir arrastrándome por debajo. Sólo entonces descansé, y me repetí mil veces que ya no estaba encerrado, que ya no estaba encerrado, y eso me dio una gran seguridad, una calma infinita. Yo me entiendo.

Varios días después Freyre me pregunta:

Doctor, ¿no ha visto un cuchillo?

Entre digno, asustado y sorprendido, respondo del modo

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

más natural posible:

No, ¿por qué?

Es que nos falta uno de los cuchillos que había.

Con toda naturalidad digo la verdad: Yo no sé nada.

Con una semi sonrisa, Freyre me dice:

No vaya a ser que usted lo esté afilando para darnos en el momento menos pensado una buena puntada.

No es mi estilo —le respondo.

Sí, pues, doctor, aunque uno nunca sabe...seguiremos buscando.

Pero las cosas no quedaban ahí. Me iba a ser muy difícil doblar la reja; si lo conseguía a costa de un esfuerzo grande, casi sobrehumano para mi contextura delgada y aparentemente enclenque, siempre corría el riesgo de maltratar mi ya maltratada columna y quedarme paralizado en el sitio o con un dolor que me impediría moverme, correr, huir: se frustraría el objetivo. Necesitaba una palanca para, llegado el caso, mover la reja; la palanca, para ser exacto las palancas que podrían necesitarse para dejar una abertura suficiente como para salir por debajo de la reja, estaban en las diversas partes de la sólida silla en la que estaba sentado buena parte del día viendo televisión, comiendo o sirviéndome de ella como escritorio para leer o escribir. Mi nueva tarea fue aflojar mi silla al punto que quedara fácilmente desarmable sin que se notara, por lo que me dediqué a ablandarla, como suelen hacer los niños y los adolescentes, balanceándome sobre ella minuto tras minuto, hora tras hora, siempre al ritmo del ruido o de la música de la televisión. Como no hay silla que aguante cien años, las juntas cedieron y de su orgullosa estructura sólo quedó lo que sólo yo sabía, esto es "una silla cuasi ya no silla", crujiente, que inspiraba cierta

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

piedad. Sobrevivían, sin embargo, piezas tercas a las que había que someter a un tratamiento especial. Lo hice. Debí aguzar el oído: cada vez que, por ejemplo, sonaba un cañonazo en la televisión yo, ¡pum!, dale contra la silla, dándole con el pie el golpe más eficaz para desvencijarla. Y así fue: la silla quedó en pie y aguantaba mi peso sentado, pero de todas sus partes podría disponer en cuanto las necesitara.

A partir de ese momento —en que podría salir por debajo de la reja palanqueada con partes de la silla— quedé mucho más tranquilo pues podría salir de mi calabozo cuando la circunstancia lo obligara o cuando quisiera huir. Sin embargo, no jugué mucho tiempo con la posibilidad de fugar. En el fondo me daba mucha tranquilidad saber que tenía una forma de huir en caso de vida o muerte. Nada más. Ya puedo salir, me decía. Ya puedo salir, me convencía, y eso me calmaba, me permitía pensar en otras cosas. Continué, pues, en la actitud expectante en que me encontraba. La bisagra salida, mi gran secreto, estaba convenientemente oculta por polos y ropa mía. La había sacado para poder salir si estallaba un incendio, o algo así. Además la fuga era un acto violento que podía desatar más violencia en una situación en la que, después de la violencia del comienzo y la del secuestro en sí, no se había escalado en su protervia. Los captores que me cuidaban eran dos, cada uno de ellos físicamente más fuerte que yo; además tenían, cuando menos, un arma de fuego. A este respecto, en alguna ocasión durante los días en que los dos permanecían en la casa escuché, empinando la oreja por encima de los sonidos permanentes de la televisión, que Freyre le decía al Amigo: Es fácil, mira, se aprieta aquí y sale...se aprieta desde aquí, se empuja y entra... Por los ruidos metálicos que acompañaban a esas palabras, pude darme

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

cuenta que Freyre le enseñaba al Amigo —quien me había asegurado repetidas veces que esa era la primera vez que cogía un arma— a cargar y descargar la cacerina de una pistola. De acuerdo a eso el arma podía, según las circunstancias, quedar en manos de un experto o de un inexperto, en ambos casos era peligroso: tenía todas las de perder o la imprevisibilidad de la inexperiencia podía ser aun más peligrosa y hasta mortífera.

Cabía otra posibilidad: si yo salía de la celda, aprovechando un descuido de mis captores, podía hacerme del arma, suponiendo que estuviera a la vista, o que tuviera yo que encontrarla, en el caso que la hubieran guardado o escondido. No soy un experto en armamento pero he manejado armas de fuego y ocasionalmente practico tiro: si encontraba la pistola con seguro y sin rastrillar tendría que sacarle el seguro y rastrillarla; ello toma pocos segundos pero hace un ruido que puede alterar al o a los secuestradores, dependiendo de si alguno ha salido, cosa de la que no siempre podía percatarme; si uno o los dos aparecían antes de tener yo el arma preparada, habría un forcejeo y posiblemente quedaría desarmado e inmovilizado. Si aparezco teniendo el arma con balas en la recámara, los tendría que amenazar y podría darse el caso que tuviera que disparar. ¿Sería ese un tiro para amedrentar o dispararía al tronco, a matar? Si alguno de los dos quedara malherido, ¿los dejaría desangrarse o iría a buscar auxilio, una ambulancia y a denunciar el hecho a la policía? En este último caso me convertiría, paralelamente, en el agresor y en el ángel de la guarda de mis secuestradores. Siguiendo con los detalles de mi plan de fuga, me preguntaba qué pasaría después. Yo sabía que cerraban la puerta de la casa con doble vuelta de llave —lo supe por el Amigo, que se quejó

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

alguna vez de que también a él lo dejaran encerrado para evitar que saliera por varios días, como ya había sucedido antes—. En el caso de no poder abrir la puerta tendría que escalar paredes (ojalá haya escaleras o tendría que hacer una pila con muebles, seguía yo cavilando) y luego saltar a...¿dónde? Yo no sabía dónde estaba, por consiguiente ¿dónde iría a dar? ¿A una chacra? ¿A una calle de barriada? ¿Tendría que correr a campo traviesa hasta llegar a lo que suponía era una carretera cercana, por donde escuchaba que pasaban vehículos pesados a gran velocidad? Mi fantasía catastrófica me hacía visualizar la posibilidad de ser asaltado, de tener que esconderme de los secuestradores que, entre tanto, ya podrían haberse recuperado y avisado a los cabecillas, que llegarían con autos y armas; en una de esas habría un tiroteo con las posibles consecuencias nefastas. Por otra parte, fuera de día o de noche la fuga, ¿qué hacía por ahí un tipo blanco, barbudo y en buzo a esas horas? Ello me revivía el sentimiento de alienación cultural, social, racial y religiosa que tantas veces he sentido en mi propio país y entre mi propia gente cuando, por ejemplo, estando en el centro de Lima o en un pueblito de la sierra, me pregunto a mí mismo ¿qué haces aquí? Tú no eres como el 99% de los que te rodean, ellos también se dirigen a ti como "Mister", algunos te piden un dólar de limosna y si se establece comunicación verbal te preguntan de inmediato ¿usted de qué país es? Y yo me siento turista en mi propio terruño.

Por momentos dejaba y retomaba el hilo del plan de fuga. ¿Y si estuviera herido al pretender escalar el muro? Suponiendo que aun herido podía salir de la casa, ¿cuánto tiempo tendría que pasar antes de llegar a un lugar donde pudieran atenderme y cortarme la hemorragia? ¡Sería tan estúpido morir desangrado

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

en la mitad de nada, a la espera de un auto que quiera hacerse del problema de transportar a un herido, eventualmente sangrando; esperando quizá en alguna emergencia de hospital a que la policía me tomara declaraciones, que el interno de guardia tenga a la mano material de sutura y que haya la posibilidad de comunicación más o menos inmediata con mis hijos!

También tenía fantasías contrarias en las que todo salía bien: la puerta se abría con facilidad y sin necesidad de llave, salía a un lugar tranquilo, algún vecino o transeúnte me orientaba y se solidarizaba conmigo ofreciéndome algún apoyo, aparecía un auto que no era de los secuestradores y cuyo chofer se avenía a llevarme de dondequiera que estuviéramos hasta mi casa.

Visto en conjunto, el asunto de la fuga podía quedarse en un intento frustrado o podía ser exitoso y yo salir como un héroe; pero en ambos casos podía quedar malherido, con el precio adicional de dejar detrás de mí a una o dos personas también malheridas o muertas.

Quedaba claro que en cualquiera de los dos casos podía haber heridos o muertos y uno de ellos podía ser yo; la fuga iba a ser siempre riesgosa y violenta, venía a ser un acto de violencia agregada a la violencia del secuestro y que arriesgaba dejar tras de sí un reguero de sangre y muerte. Todos los que conocen algo sobre la violencia, saben que ella genera más violencia y mi posible fuga no era la excepción: conduciría a un aumento de la violencia con riesgo de vidas humanas, la del secuestrado y de los captores. De algo pude darme cuenta: en un secuestro, hay algo que iguala al secuestrador y al secuestrado, y es el temor al rescate violento, en el que si bien es cierto el secuestrador está más expuesto, también el secuestrado puede ser víc-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

tima del secuestrador o de una bala perdida de los que efectúan el rescate armado.

Me extiendo en estas cavilaciones, repito, porque ellas ocuparon largos momentos durante varios días de mi cautiverio, generándome al mismo tiempo expectativas de libertad y angustia ante el riesgo de esa explosión de violencia que la fuga podía significar. Estas especulaciones analíticas me condujeron a la certeza de que no era conveniente intentar una fuga en esas condiciones, que siempre iban a ser violentas; además había muchas posibilidades de fracaso y por consiguiente que las condiciones del secuestro se tornaran más duras o que me cambiaran a un lugar más seguro, con todas las desventajas y riesgos que ello significaba. Era preferible no pensar en la fuga y seguir jugando con la realidad aparente: que mis captores imaginaran que yo era un viejito asustado, resignado al cautiverio. Esta apariencia asentaba sobre una realidad que ellos debían de percibir, esto es que yo era un tipo, en suma, no violento. Era preferible esperar el desarrollo de las negociaciones conducentes a la liberación pacífica concertada, así el tiempo de negociación fuera largo. Si el plazo se dilataba en demasía, si las condiciones de vida del secuestro se tornaban intolerables, si se producía un desencuentro entre los negociadores —de lo cual yo me enteraría de uno u otro modo— se estarían dando las bases para un plan de fuga, entonces sí necesario y a todo riesgo, y posiblemente con el apoyo de alguno de mis captores, seguramente el Amigo. Freyre era quien menos podía sospechar lo que yo había hecho. El me dijo una vez, hablando de sí y de sus habilidades manuales —en las que nos reconocíamos mutuamente—:

Ah, doctor, yo he hecho esta reja y, como comprenderá, es muy fuerte, sólida y segura.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Siempre pensé que para él yo era un anciano resignado a momificarse en la celda, cuya sólida reja estaba destinada a desalentar cualquier tipo de rebeldía mía.

El maravilloso fenómeno del tiempo me ha apasionado siempre. A esto se debe, quizá, el interés que tuve por los relojes y sus mecanismos, por el dominio de sus secretos, y de allí la necesidad de saber cómo arreglarlos. Soy muy sensible al tiempo y al ritmo, y la tortura de sus misterios se me reveló cuando me dediqué a aflojar la bisagra y a desvencijar la silla de madera. Había minutos que parecían eternos si sabía o intuía que los secuestradores estaban cerca en esos instantes que mis golpes debían seguir el ritmo ajeno, el de los sonidos o ruidos de la radio y la televisión, para que mis ruidos pasaran desapercibidos, salvo por mí mismo que los escuchaba con nitidez de tañido de campana en día sereno. El tiempo, mi tiempo durante el cautiverio, variaba mucho en su intensidad; respondía al estado emocional que atravesaba, pero durante el tiempo que dediqué a mis trabajos secretos, los momentos que yo debía esperar a que los ruidos coincidieran con los sonidos que salían de la televisión o de la radio, parecían siempre largos. Fueron aliados otros ruidos como los gritos y risotadas de los jóvenes asistentes al programa *De dos a cuatro*, las barras o las indicaciones de su conductor para que el músico empezara a tocar determinado tema. ¡Cuántas veces esperé esa bulla con la silla dispuesta para el patadón! Me quedaba suspendido en el tiempo, o el tiempo se detenía en mí todas las veces que tuve que aguardar un ruido del televisor para silenciar el golpe que le iba a dar al pin para que de una buena vez me permitiera atisbar mi libertad. Tenía que esperar, entre otros ruidos, un caño-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

nazo, o los pistoletazos de los vaqueros, y en esa espera me mantenía alerta y expectante como en el partidor de una carrera olímpica de velocidad.

Al quinto día ya tenía la bisagra suelta, la silla domada, ya estaba lista mi rutina de higiene, comida, ejercicio, lectura y televisión. Surgieron, entonces, mi necesidad y mi posibilidad de escribir; le pedí papel a Freyre, quien me lo trajo junto a un bolígrafo: las mismas hojas que me dieron para la carta de supervivencia. En la madrugada del 24 de junio empecé a escribir, agregando otro componente a mi rutina y otra salvaguarda a mi angustia.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Al hilo del manuscrito[1]

96/06/24, 05 h. (?)

Estoy secuestrado y tengo miedo. ¿A qué? A la muerte, al dolor en todas sus formas: cautiverio, tortura, separación. También tengo valor ante esta situación insólita, inesperada aunque, sorprendentemente, (desde) hace uno o dos meses cada vez que en la mañana salía del garaje en carro, pensaba y actuaba como si me fueran a asaltar, por ello entraba al auto, encendía el motor, cerraba el pestillo (pensando que si demoraba podía morir envenenado por los gases del escape), enganchaba el auto

[1] Los textos reproducidos en el presente capítulo y que aparecen en cursivas, constituyen la transcripción del manuscrito que escribí a partir del sexto día en cautiverio, y que se encuentran en facsímil al final del libro. En la transcripción están entre paréntesis las palabras y correcciones o agregados necesarios para hacer comprensible o darle sentido al texto. Los errores ortográficos del manuscrito han sido corregidos en la transcripción, sin mayores comentarios, Intercalados con ellos y en letra normal, están los comentarios, escritos con posterioridad para enriquecer el manuscrito. También se encontrará una carta enviada a mi hijo Antonio como prueba de supervivencia. Las horas consignadas en cada texto son aproximadas y por ese motivo aparecen seguidas de un signo de interrogación.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

en tercera y —habiendo hecho todo esto a oscuras— recién abría el portón automático y salía rápidamente con la sensación de haber frustrado un asalto. Debía reconocer que estaba jugando a "ladrones y celadores", "buenos y malos" conmigo mismo, repitiendo esos juegos infantiles que jugaba en la casa con mis hermanos mayores, y en la calle cuando nos reuníamos un grupo de niños e íbamos (mejor dicho cuando mi mamá nos llevaba a las afueras de Lima —en lo que ahora es el Country Club, el Golf y donde estaba el aeropuerto de la Faucett—). En esos juegos yo quería, todos querían ser el bueno o del grupo de los bue-
nos, finalmente se jugaba con el sentimiento de cada cual de ser el bueno y del grupo de los buenos, mientras los otros eran los malos. Demás está decir que los del otro bando se sentían los buenos y para ellos nosotros éramos los malos. No sé cómo es que he llegado a este aspecto lúdico de mi infancia (yo debía tener 6 a 7 años en esa época), lo cierto es que queda claro que esas banderías en las que "los otros son los malos" siguen siendo parte de la vida diaria de los adultos: "Yo y mi grupo somos los buenos".

Estoy secuestrado y tengo miedo. Algo menos que antes, pero siempre queda un remanente. Busco lo contrapuesto al miedo y encuentro ese otro sentimiento que es el del valor. Me surge el sentimiento de mi valía y el de ser valiente,
y me doy cuenta que todo ello está en mí; valor, valer, valiente, coexistiendo con miedo, no valer, cobarde. Me doy cuenta (de) que por momentos predominan unos y en

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

otros momentos brotan, con fuerza renovada, los otros. El asunto está en que predominen los más placenteros pero eso, hasta ahora, no depende de mi voluntad consciente; no en vano me encuentro aquí escribiendo estas líneas personales (ego), en pro de mi bienestar (higiene), en este recuento (que al ser de vida es biográfico). Recuerdo que hasta los más valerosos han tenido momentos de flaqueza: hay pues un proceso cíclico ineluctable (que no puede evitarse) pero se puede actuar de modo tal que alguno de los ciclos predomine sobre otro: que miedo, impaciencia, cobardía, turbación, angustia, pesen menos y surjan menos frecuentemente que valor, paciencia, serenidad, paz. ¿Y dónde queda la seguridad, la libertad, la tolerancia (incluso consigo mismo), el amor? Y me sorprende que recién surja ahora ese sentimiento fundamental, como si hubiera estado allí pero agazapado, asustado bajo el peso del ciclo ominoso de sentimientos violentos.

Comentario, 96/06/24, 05 h. (?)

Me he despertado con angustia, sin saber la hora que es, estimo que son las 5 por la luminosidad y quizás por el programa de TV que ahora suena en el espacio de los secuestradores; a esa hora hay algo sobre el mundo agrario.

Me he preguntado en los días del cautiverio acerca de la intuición que tuve de que podía ser asaltado cuando me disponía a salir en auto por la mañana, lo tengo presente y lo escribo

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

en el manuscrito: la sensación de acecho, de peligro que percibía, y es sorprendente por decir lo menos, la constatación de que en la misma época en que yo manifestaba un comportamiento casi persecutorio, quienes habrían de secuestrarme se encontraban planeando intensamente mi captura. En un momento, Freyre llegó a confesarme el intenso trabajo que les significó preparar y ejecutar mi rapto. Me dijo:

Para planear su secuestro, doctor, tuvimos que ver mucha televisión. Nos pasamos horas viendo películas, series hasta que llegamos a aprender cómo se hacía un rapto. Nosotros sólo estuvimos en condiciones de secuestrarlo después de ver muchas películas.

La primera visita que hizo Freyre a mi consultorio le permitió comprobar que hubiera sido muy difícil y violento hacerme bajar por estrechas escaleras desde el tercer piso. Ellos estaban impacientes por dar el golpe, pero no tanto como para hacer algo que apenas hubiera servido para alertar no sólo a mis empleados, sino al vecindario, y con ello abortar toda la operación.

Ladrones y celadores, buenos y malos son las antonimias dialécticas que usamos de chicos en nuestros juegos infantiles; acabábamos sintiendo que todos éramos los buenos aunque siguiéramos correteándonos con nuestras armas de juguete (hechas de lata o madera, ya que en esa época el plástico no existía).

La coexistencia de los contrarios en el juego infantil me reafirma en la posición dialéctica, como coexistencia de las contradicciones en el mundo en general, en la ciencia, el arte, así como en cada ser u objeto.

En esa coexistencia de valor y cobardía, de temor y arro-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

jo, de placer y dolor, busco el predominio de aquello que me permitirá sobrevivir menos dolorosamente.

12.15 h.

Criterio de realidad.	*Vida de fantasía.*
Estoy secuestrado, tengo miedo —no tengo libertad.	*Me van a matar.* *Me van a soltar.*
Miro TV, me distraigo.	
Estar sentado estoy cómodo.	*Me angustio por el futuro (el presente como realidad no es en sí angustiante salvo por no poder moverme del espacio de 1.80 x 3 m y eso es una realidad).*
Estoy vivo.	
He de morir.	*Puedo morir.*
Me tratan con cortesía.	*Pueden tratarme mal.*

Comentario, 96/06/24, 12.15 h.

Me he dado cuenta de que la realidad es menos dolorosa que la fantasía. La realidad vivida es placentera. Cada acto de la vida, por simple que sea, origina placer, puedo promover mi placer si me doy cuenta de lo grato que es poder ver, oír, gustar, tocar, tocarme.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

16 h.

Han traído los periódicos (Expreso y El Popular). Freyre ha traído la noticia que Antonio negocia con tranquilidad y asegura haber podido reunir $ 7,000 (siete mil dólares). Me dice Freyre que habrá que esperar siete días más ¡Siete días más! separado de todos los que amo y felizmente sabiéndome amado por ellos.

Comentario, 96/06/24, 16 h.

Las negociaciones avanzaban lentamente, y ello me fastidiaba y preocupaba. En ese momento no tenía claro que cuanto más tiempo dure la negociación —sin estancarse— más posibilidades hay de llegar a un acuerdo satisfactorio. Me sorprendió, desagradablemente, escuchar que Antonio había empezado la negociación con siete mil dólares, me pareció mezquino y luego me di cuenta de que era una maniobra de los secuestradores para confundirme y para que eventualmente yo dijera dónde había más dinero, sea guardado o invertido en algo fácilmente convertible en efectivo.

Después de liberado conversé con el grupo de negociadores, supe que Antonio era el portavoz de los acuerdos del grupo y que empezar la negociación con cifras bajas era lo adecuado.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

23.45 h.

Todo el día viendo TV; rehuyo los programas de terror realista (Misterios sin resolver, *por ejemplo) donde se trata de casos de personas desaparecidas, secuestradas, raptadas, extraviadas y cuyo paradero se desconoce a pesar de haber pasado largo tiempo. Ello moviliza mi angustia identificatoria.*
Pienso que me van a matar y sigo tranquilo, aunque tengo siempre la esperanza. No voy a tratar mi propia situación pues ello me es doloroso. Tengo una sensación de trascendencia, de que mi vida y obra no son, no han sido en vano.

Comentario, 96/06/24, 23.45 h.

He tomado cada vez más conciencia de la cantidad de violencia presentada en la TV.

96/06/25, 05 h. (?)

Martes. Supongo la hora por el tono de voz de los locutores del programa de TV que escucho pero (que) ahora no quiero ni ver. He despertado con angustia y duda: el inconsciente —mis temores, dudas, inseguridad y otras realidades fantasmales— ha actuado y le han jugado

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

una mala pasada a mi tranquilidad. ¡Los diablos actúan! Comienza la lucha diaria por recobrar la paz, serenidad, seguridad, libertad (interior porque la exterior no depende de ti), (pensándolo bien nada de ello depende de ti, todo depende de ti y del otro). Tanto tu paz como tu serenidad, tu seguridad y tu libertad. De lo que se trata es de hacer llevadera la situación antes de morir (cuando llegue la hora) y seguir completando, lo más honestamente posible, los ciclos de dolor-placer, angustia-serenidad. Mentira y verdad.
Tranquilidad-inquietud pueden estar cruzadas: hay verdades que inquietan y verdades que intranquilizan. Lo mismo sucede con las mentiras y entonces surge la duda, que intranquiliza siempre: será verdad o mentira, y surge la relatividad, el TAO. Por ahí es la vía; esa es la vía.
¿Se puede aplicar eso al amor?

Comentario, 96/06/25, 05 h. (?)

Este despertar con angustia me ha llevado a escribir, gracias a lo cual llego a una cierta serenidad. Me pregunto si mi angustia en esta situación es la usual o si está condicionada por mi pasado: siento que mis primeras falencias con la realidad, que empezaba a padecer, tienen en parte su origen en épocas remotas de mi infancia cuando viví prematuramente el dolor de la soledad, el dolor del castigo físico.

Sin embargo, mis primeros recuerdos están marcados por la dicha que disfruté con las hermanas de mi padre en

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Barcelona. Tendría dos, tres años, era el engreído de mis tías paternas en su casa, que también era pensión. La vida en ese tiempo era treparse a un aparador para robar mermelada, romper cajas vacías en el dormitorio de mis tías, meterse debajo de la mesa del comedor con un abecedario donde había dibujitos, y aprender solo a deletrear y a leer.

Un día, sin embargo, vi a mis tías inquietas. Había llegado una señora que las saludó, una señora que llevaba un casquete de fieltro en la cabeza tal como se usaba en esa época, esto es a fines de la década de los años veinte. Me veo, junto a una mecedora de madera y mimbre en la que se balancea nerviosamente esa mujer. En cuanto la vi, me puse tan inquieto como mis tías. ¿Quién era esa mujer que las había puesto tan nerviosas? Lo iba a saber pronto. La mujer me dijo, a partir de su cabeza encasquetada:

Hola: soy tu mamá y he venido a llevarte.

La miré bien. Miré esos labios pintados con carmín achocolatado intenso que acababan de decir: "he-venido-a-llevarte". Miré a mis tías que a su vez me miraban azoradas. ¿Quién era esta mujer que se aparecía de pronto a decirme que era mi mamá? ¿Y qué era ser mamá? ¿No habían sido mis mamás mis tías que ahora no sabían si sonreír o llorar?

Sólo recuerdo que me quiso agarrar del hombro y me solté. Debo haber dicho: no quiero. Debo haber corrido. Pero sí recuerdo que me puse primero a hacer pucheros y luego a llorar con toda la desesperación de un niño que no quiere irse con una señora desconocida, que no quiere salir de la casa donde es feliz.

La señora me llevó a rastras. Me retorcía entre sus brazos, pero aun así me llevó. No, no podía entender nada, y estoy segu-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

ro de que la primera noche que pasé en la casa de esa señora fue tan angustiosa y brutal como la primera noche de mi secuestro. La única diferencia es que en Barcelona yo tenía tres, quizá cuatro años.

Nadie me había hablado de ella. No sabía que existía. A partir de ese momento es que empecé a darme cuenta de las cosas: que tenía mamá, que mi papá estaba en otro lugar y lo conocería, que tenía otros hermanos que sólo hablaban francés pues habían vivido en Bélgica durante el tiempo que yo estaba con mis tías; yo hablaba sólo catalán y castellano. Así es como, para reunir a la familia, se había presentado mi mamá, porque ya se había establecido con sus otros tres hijos en Barcelona, y sólo esperaban a mi papá, que se había quedado en Lima.

Es con ella que empecé a padecer. Extrañaba mucho a mis tías: ese mundo de ternura y juegos donde yo era el rey. Me sentía desarraigado, marginal, aislado y todo me era hostil: la señora y sus tres hijos excluyéndome como bicho raro, hablando siempre en francés y hasta odiándome, estoy seguro, en francés. Violentamente, mi mundo se había dividido en dos frentes: "ellos y yo". Eso era, pues, la soledad, pero ¿cómo habría de tener algo en común con unos seres que me miraban con tanta desconfianza y cómo, pues, conocerse, hablarse, si sólo jugaban entre ellos? Yo me sentía excluido, solo entre ellos. Sin decirlo, sin pensarlo y sin saberlo empecé a hacerles la guerra. Una vez, cansado de dar vueltas, mirarlos jugar y aburrirme solo, los vi haciendo una torre con cajas. Pasé por ahí y en cuanto se distrajeron saqué una caja clave y ¡pum!, todo se vino abajo. Se pusieron a gritar:

¿Qué pasa? — gritó mi madre.

¡Mariano, mamá, Mariano!

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

¡¡¡Mariano!!!.. —gritó esta vez mi madre que apareció al instante.

Le dijeron algo en francés, posiblemente la verdad, o sea que había hecho caer la torre. La señora dijo no sé qué y me castigó a golpes. Era la primera vez que me pegaban en mi vida. Más que el dolor físico, lo que más me dolió fue la cólera con que me pegaba, el fastidio que había en sus golpes. A partir de entonces, el castigo físico fue costumbre. Enfrentado con mis hermanos, enfrentado con el mundo, vivía a la defensiva, asustado y triste. No era éste el mundo que yo había conocido. No era éste el idioma con el que había aprendido las cosas. En la guerra desatada entre "ellos y yo", yo estaba perdiendo, no sólo porque era el más chico, sino porque estaba solo. Yo era cada vez más rebelde y mi mamá me pegaba cada vez más. Recuerdo con claridad que llegó a pegarme con las correas de unos baúles de cuero, muy grandes y muy gruesas. Naturalmente que en el momento cumbre de los correazos, yo gritaba como un cerdo al que iban a matar, y todo era una confusión de gritos, correazos, arrastradas por el suelo, hasta llegar a un cuartito que quedaba en los altos donde guardaban los baúles, y donde depositaban lo que quedaba de mí: el llanto, el miedo, la humillación. Era otro el castigo entonces: el terror en un cuarto a oscuras, mi llanto rebotando en la oscuridad. En la parte alta de ese cuarto había una ventanita, parcialmente oculta por los baúles apilados. Trepando por los baúles llegaba hasta ella y la abría. Esa luz y ese fresco me consolaban un poco, y ahí me quedaba dormido.

Cuando mi madre me sacaba del cuarto, mis hermanos estaban ahí, un poco asustados. Eramos, ¿qué éramos? Un poco

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

prójimos ¿no?, y con el tiempo nos fuimos haciendo amigos, pero ¿afecto?, no recuerdo mucho afecto, mucha calidez entre ellos y yo. Lo que sí recuerdo es que todo el amor, todas las preferencias de mi madre eran para ellos, lo que era lógico: ellos eran chicos buenos y yo hacía problemas por todo, y todo el tiempo.

Los vecinos se quejaron a la guardia civil y denunciaron que torturaban a un chico, que le pegaban duro, que el chico lloraba mucho. Los guardias civiles vinieron con los vecinos, hablaron con mi mamá y no sé qué pasó en detalle; lo cierto es que a partir de ese día no recuerdo más correazos ni más encierros en el cuarto de los baúles.

Me mandaron al colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Recuerdo que en esa época me apareció una secreción entre los dedos de los pies. Sé ahora que esto se manifiesta en los niños con problemas emocionales, pero mi mamá le contó las cosas por carta a mi papá, quien dictaminó que yo era víctima de un cuadro de intoxicación y que, por lo tanto, debían ponerme a dieta. Ya no hubo golpes pero sí hambre. Esta fue otra etapa feroz en la que me recuerdo famélico, viendo cómo mis hermanos podían comer de todo y todo el tiempo, mientras yo estaba limitado a una dieta impiedosa. Hasta ahora escucho la enérgica voz de mi madre diciéndome:

¡Tienes que hacer dieta porque estás intoxicado, es por tu bien, después me lo agradecerás!

Yo sólo tenía el hambre que tiene un chico de cuatro años, más intenso aun porque no puede comer todo lo que sus hermanos en la misma mesa. En el colegio el hambre se multiplicó al

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

ver que mis compañeritos de clase llevaban sus loncheras, que como todas las loncheras de los escolares españoles contienen pan y chocolate. Yo me moría de hambre al verlos comer. Entonces me convertí en un ladrón de chocolate y pan. En todo caso fui un ladrón hambriento que a veces era feliz. Todo se terminó cuando mis compañeros me acusaron. Los hermanos de las Escuelas Cristianas me expulsaron del colegio a la semana de haber ingresado, siguiendo ese precepto tan socorrido por los educadores católicos: "hay que separar la manzana podrida de las sanas"; como si un niño de cuatro años pudiera estar podrido. Desde entonces siempre me he preguntado cómo es que en los colegios, especialmente los llamados "mejores", la expulsión puede ser considerada educativa.

Felizmente mi mamá ya no me pegaba, pese a lo cual mi vida era muy fea. No me gustaba. Me sentía muy desdichado, miserable, envejecido. En la casa de mis tías no me orinaba, pero en esta casa de mi mamá y mis hermanos volví a mojarme la cama, lo que a su vez motivó más castigos, pero ahora del tipo quedarme sin postre o sin salir a jugar fuera de casa. Como mis hermanos estaban en la escuela me quedaba solo en la casa. Esa inesperada libertad la cubrí inventándome juegos, empezando a hacer realidad el goce del propio ser que, lo supe con el tiempo, podía percibirse como una perfección tranquilizante y plena. La pasaba muy bien conmigo mismo, incluso en las penosas circunstancias que atravesaba. Fantaseaba mucho: a los cuatro años me había convertido en un niño solitario que se divertía y se realizaba en sus hazañas inverosímiles consigo mismo y triunfando sobre el mundo.

Recuerdo con deleite las vacaciones. Una o dos veces

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

fuimos a pasarlas a un convento de monjas, en Arenys de Mar, al norte de Barcelona, donde había unas playas lindísimas. El convento tenía jardines, huertas, pinares, viñedos y trigales; entre las espigas crecían unas flores rojas lindas, de olor acre que eran, en ese tiempo yo no lo sabía, amapolas. Jugando por ahí, subiendo y bajando laderas, trepando árboles, observando las trampas para pajaritos que los campesinos y cazadores armaban en el bosque de pinos, persiguiendo mariposas, yo me iba olvidando de que era un niño triste, y entonces hacía las cosas que hacen los chicos de esa edad: retozar con alegría y sin preocupación.

Alguna vez me quedé maravillado viendo bailar la sardana. Estaba en la parte alta de los campos del convento, desde donde se dominaba el campo de juego del pueblo, y ahí escuché la música y vi esas rondas de mujeres con trajes típicos y hombres con boínas rojas que se movían acompasadamente, integrando la música, el movimiento y la socialización alegre en esa expresión de la tradición catalana casi milenaria que es la sardana.

En otro orden de cosas no sé por qué se me ocurrió que no me gustaban las ciruelas negras, pero como me las servían las comía, haciendo ascos pero las comía. Qué iba a hacer. Un día mi mamá se fue a Barcelona a hacer gestiones y me quedé en el convento con mis hermanos, a cargo de las monjitas. A la hora de la comida sirvieron ciruelas y entonces le dije a la monjita en francés, que ya lo había aprendido:

Hermanita, hermanita, yo no voy a comer ciruelas.
¿Por qué, hijito?
No voy a comer ciruelas como sacrificio al Niño Jesús.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Recuerdo que el rostro de la monjita se iluminó. Juntó las manos, cerró los ojos y dijo:

¡Niño lindo, lindo! ¡No comes ciruelas como sacrificio! ¡Qué hermoso, Señor!

La monja se fue con una expresión de dulzura, y cuando llegó mi madre escuché aterrado que le decía:

¡Señora María, señora María! ¡Usted tiene un hijo que es un santo!

¿Un hijo santo? ¿Quién es, por Dios?

Su hijo Mariano, señora, que no ha querido comer ciruelas como sacrificio al Niño Jesús.

Quise correr, desaparecer de ahí, pero me paralizó el grito de mi madre:

¡Qué sacrificio, ni qué niño muerto! —y con sus ojos siempre ardiendo, agregó:

¡Lo que pasa es que a este zamarro no le gustan las ciruelas negras!

Y ordenó:

¡A ver, dele ciruelas!

Y a mí:

¡Ahora cómete las ciruelas! ¡Cómetelas!

Me las hizo comer niño santo y todo, me las hizo comer, una a una, provocándome poco de asco pero sí muchas ganas de morirme de vergüenza. Lo cierto es que ahora como de todo, no le hago ascos a nada, incluidas las ciruelas negras, y en ese aspecto ello me ayudó a sobrellevar sin incomodidad extrema el aspecto gastronómico del secuestro.

Durante el cautiverio, especialmente, me he convencido de que hay un núcleo de mi angustia que puede originarse en esa

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

época, cuando aún no tenía noción de la existencia de una madre y de un padre; el surgimiento de la figura materna consciente corrió parejo con el tiempo en que fui un niño infeliz, golpeado por su madre, humillado, marginal en su propio núcleo familiar. Felizmente para mí y para muchos otros seres que han tenido una infancia desdichada, el niño tiene, gracias a su capacidad de compensar, la posibilidad de que las cosas pasen sin dañarlo definitivamente, de una manera amplia, dilatada, irreversible.

Mi padre se había quedado en el Perú convencido por sí mismo y por mi madre de que su destino esplendoroso no estaba en el ejercicio de la medicina —que le generaba todo el dinero que luego dilapidaba en aventuras mineras— sino en la minería. Todo era cuestión de llegar al filón, a la veta henchida de metal, enriquecerse en poco tiempo y enrumbar a España para vivir como peruleros. Se trataba de "hacer la América", eso era el triunfo. Lo cierto es que todo el proyecto de extracción aurífera, creo que en Pisco, en marcha en ese tiempo, fracasó —como habían fracasado y seguirían fracasando muchas otras aventuras mineras en las que se atascó mi padre y con él toda la familia—. Mi padre no pudo y no quiso salir del Perú; mi madre, yo y mis hermanos nos regresamos al Perú en los años treinta.

En la tarde de ese mismo día, martes 25 de junio, Freyre me dijo que las negociaciones proseguían por buen camino y que Antonio pedía otra carta de supervivencia, cuya transcripción se intercala a continuación con la del manuscrito secuencial.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Martes, 96/06/25, 20 h.

Antonio, hijo querido:
¡Cuán penosas son estas situaciones; siento tu preocupación y tensión agregadas a los problemas graves, de toda índole, por los que vienes pasando. Lo que nos permite sobrellevar tanto pesar y tanto estrés es, fundamentalmente, el amor familiar y la esperanza de que el amor entre los seres humanos conduzca a la solución no violenta de tantos asuntos duros, crueles y violentos.
Por momentos siento miedo y la angustia, aunque no siempre se trasluce, es penosamente sentida. Por ello mi sueño es inquieto, entrecortado. La privación de la libertad es muy penosa, más si el espacio es reducido a lo que requiere un colchón, una ducha y un WC. Tengo molestias digestivas pese a que los alimentos son sanos; los que me cuidan son corteses. La posibilidad de comunicarse es muy importante para el ser humano. El ambiente es muy húmedo y a veces siento frío; hago, en el poco espacio que queda al levantar el colchón, ejercicio para calentamiento del cuerpo, eso me está ayudando a no deprimirme pues es horrible no poder salir en ningún momento de un espacio tan reducido.
Lo peor de todo es el temor a lo desconocido que el futuro puede traer en estas durísimas situaciones. Por momentos tengo la seguridad que esto se solucionará (no sólo en nuestro caso sino en tantos similares). En otros momentos me sobrecoge el temor. Luego vuelve la confianza en lo que estás haciendo y la seguridad que eso me da.
Lo que sí es claro es que nos queda mucho por hacer para

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

que estas cosas no se repitan o que las relaciones entre los seres humanos se fundamenten en el amor y el afecto y no en la violencia, la codicia y la envidia. Antonio, hijo querido, te abrazo y te beso con la esperanza que dentro de poco se habrá disipado esta horrenda situación que, aunque es una penosa realidad, por momentos parece una pesadilla. Otra vez te abrazo muy estrechamente, un beso,

Papi

Trasmíteles esto al Daniel y a Andreíta. Pienso con amor en ustedes tres y en mis nietitos. Todo mi cariño para todos.

Papi Abui

Comentario carta, 96/06/25, 20 h.

Al escribir la carta quise dar una noción veraz de mi situación psíquica y física pero, sobre todo, quise hacer una exposición de mi planteamiento en torno a la violencia, algo así como un testamento ideológico. Pensé también que los secuestradores la leerían de todas maneras y, de algún modo, su contenido y tono podría tener un efecto pacificador en ellos.

En el manuscrito pongo "hago....ejercicios para calentamiento del cuerpo, eso me está ayudando a no deprimirme..." A este respecto debo comentar que siempre he hecho algún tipo de ejercicio físico (boga, equitación, tenis de mesa, kung-fu, correr) y he tomado clases de bailes folklóricos (marinera limeña, marinera norteña y baile negro) pero desde fines de 1993

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

aprendo danza moderna. Al respecto quiero decir lo siguiente:

Desde los 20 años sufro de la columna (discopatía entre 4° y 5° lumbares y lumbosacra) producida o favorecida por el bogar, las caídas del caballo, y otros accidentes como torsiones bruscas al hacer kung fu. Buscando un alivio a las molestias de columna recurrí a tratamientos fisioterapéuticos, tratamientos caseros y acupuntura, pero noté que más me aliviaba el baile en relajación, o sea el baile negro. A raíz de una caída brutal de espaldas sobre una roca en 1992, en la sierra del Perú, pasé alrededor de siete días en silla de ruedas. Buscando alivio recurrí nuevamente a los tratamientos mencionados y nuevamente fue el baile lo que más me ayudó. Debo agregar que los ejercicios de calentamiento en mi escuela de danza moderna son exactamente los que me indicó mi colega y amigo Elias Chalouhi, y son los que más me ayudan a mantener la columna en posición, flexible y sin dolor.

No ha de sorprender pues al lector que los ejercicios, la danza en especial, fueron de inmensa utilidad para mí en los días del cautiverio. La práctica de los deportes, pero más aun el trabajo de movimiento que es la danza, conducen a un perfeccionamiento individual, generan una sensación de avance, de progreso, de ser uno mismo; en otras palabras desalienan a quien los practica. Todo esto guarda relación con el hecho de que ejercitar el cuerpo en todas sus formas aumenta la producción de endorfinas (o endomorfinas), que son sustancias que concurren a producir la sensación de placer y bienestar en todos los seres humanos.

Hago ejercicios, me dedico a la danza como una forma de

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

aumentar mi posibilidad de acción, entre otras maneras de mejorar mis condiciones psicofisiológicas y enriquecer mis vivencias corporales descubriendo sus inusitadas posibilidades sensoriales y sensuales —en el sentido amplio y técnico del término—. Con ellos mejoro mi estructura integral y, por consiguiente, doy nuevos giros a mi psicología. Por último, con ellos, gracias a ellos, voy intentando la generación de vivencias estéticas, lo que, teleonómicamente va a significar modificaciones estructurales, esto es promover mi desarrollo como ser humano. Cuando una persona va creciendo, madurando, lo hace en todo sentido. Ello responde a un conjunto de elementos que constituyen una estructura y forman, a su vez, un sistema siempre cambiante. Este sistema, tratándose de la vida, es un sistema abierto, donde el símbolo y la metáfora juegan papeles importantísimos que, dicho sea de paso los otros animales, los no humanos, no tienen. Símbolo y metáfora pueden pertenecer al humanismo deseable y al humanismo no deseable. Todo movimiento es un signo, y el más simbólico es el que corresponde al de nuestras cuerdas vocales, a través del lenguaje, que es la expresión metafórica de nuestro idioma interior.

He tenido en mi vida cinco periodos depresivos. El primero y más largo fue durante mi niñez hasta la preadolescencia. De ese estado depresivo yo no me daba cuenta pero era un niño que sonreía poco, no tenía amigos (yo no fui al colegio en la primaria pues la completé con profesores particulares en casa). Fui por segunda vez al colegio en 1935 —la primera fue la breve, pintoresca y fallida experiencia con los Hermanos de la Escuelas Cristianas en Barcelona, supongo que en 1929— para cursar el segundo de media en el Colegio Italiano, donde sufrí

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

un impacto tremendo por el contacto con los otros alumnos, hasta que me fui adaptando y creciendo en mi socialización a la par que disminuía mi depresión. Tercero y cuarto de media, mi madre me los hizo cursar nuevamente en la casa; el quinto fue en el colegio, pues el Ministerio de Educación ya no consentía que lo cursara como alumno libre.

En Viena, en 1951, me había separado dolorosamente de la mujer que amaba. Durante su ausencia sentí una inmensa tristeza y un gran decaimiento, mi esputo de fumador se hizo purulento y sanguinolento; el diagnóstico no fue depresión —que era la segunda— sino tuberculosis cavitaria abierta bilateral avanzada. El pronóstico era sombrío, el tratamiento iba a ser largo: de muchos meses, intentando reumotórax (inyección de aire en el tórax) y, posiblemente habría que recurrir a la cirugía para extraer las partes del pulmón más dañadas, en un acto quirúrgico muy traumático y deformante: el paciente —en este caso yo— quedaba con un lado del pecho hundido, el hombro caído y el cuello ladeado. Felizmente habían llegado a Viena las primeras dosis de estreptomicina; curé de la tuberculosis casi del todo, pero la depresión me siguió hasta poco antes de mi llegada al Perú en 1953.

El tercer episodio depresivo fue estando casado, a raíz de un feroz desbalance económico al hacer unas ampliaciones en la casa. El cuarto fue al separarme de mi esposa, pese a que yo fui el que propuse la separación; el cuadro duró de 6 a 8 meses. La quinta depresión fue el resultado de una suma de pérdidas económicas, de autoestima, del soporte de mis colaboradores más cercanos, en los que yo deposité (erróneamente) toda mi confian-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

za y, para sumar algo más, tuve una tremenda frustración amorosa, cuando no pude lograr estructurar una relación de pareja pese a que había mucho amor (transcurrido un tiempo se hizo evidente que la decisión tomada por ella había sido la más sabia: la mujer felizmente aventaja al hombre, salvo excepciones).

Lo interesante de esos cuadros depresivos es que, del primero sólo yo me di cuenta de haberlo sufrido y el diagnóstico lo hice después de muchos años de práctica profesional y de autoanálisis. El segundo tampoco fue percibido por mi amiga y tampoco fue diagnosticado por los colegas, especialmente porque, de modo sorprendente, no hubo merma de mi rendimiento laboral ni intelectual, salvo durante la hospitalización por la tuberculosis. Del tercer episodio sólo se dio cuenta mi mujer. El cuarto sólo fue percibido por mi pareja de aquella época. El quinto sí fue muy sentido y aprehendido por mis hijos, que estuvieron muy preocupados. El hecho es que dichas depresiones no trascendieron a nivel social ni profesional; yo sentía como si, pese a la depresión, me quedara una cantidad de buen ánimo de reserva para seguir mi vida, cumplir mis compromisos sociales y obligaciones profesionales.

Con estos antecedentes yo me sorprendía cada día que pasaba de no tener, durante el cautiverio, síntomas depresivos, así como tampoco los tuve después de la liberación. Lo cierto es que, pese a todo, no me deprimí y considero que uno de los factores que colaboraron en ello fue el estado de ánimo determinado por el ejercicio físico, la danza; ello es conforme con los datos según los cuales se ha demostrado que quienes hacen ejercicios físicos, quienes practican un deporte, se deprimen menos que los individuos sedentarios.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

El término Abui del final de la carta es el mote, derivado de abuelito, con que mi primera nieta, Assiri, me llamaba cuando empezó a hablar.

11.45 h.

Tengo la TV delante de mí. Dan Los tres chiflados *(verdaderamente). No puedo cambiar el canal pues la reja me lo impide.*
Siento mucha desazón, fastidio ante la insensibilidad de todos los participantes en esta producción y todas las de su estilo en la que la violencia es banalizada, la solución del conflicto, cualquier chantaje, el abuso de poder, en otras palabras el uso de la violencia.
Poco antes tocó ver el programa de Popeye, *cuyas características eran similares en cuanto a violencia, delincuencia tomada como juego. Se ridiculiza a las razas "oscuras", primitivas, a los que se consideran "caníbales" y salvajes, cuando minutos antes los superiores han cometido actos de salvajismo espantosamente más crueles, brutales y ominosos que el canibalismo mágico, o cuando menos tan horrendo.*

Comentario, 96/06/25, 11.45 h.

Hace un rato he terminado de escribir la carta y me he puesto a ver televisión. Me sorprendo una vez más de lo grotes-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

co que puede ser el humano, de lo agresivo que es el humor y de lo brutalmente violentos que son los programas infantiles. Este indoctrinamiento violento a través de la TV lo paga la sociedad cuando los niños crecen y, como la violencia es banalizada, la utilizan —los niños, los adolescentes, los adultos jóvenes— con naturalidad para cometer pequeños actos de violencia y, por gradaciones insensibles, delinquir. Pienso que mis secuestradores son el resultado de ese proceso de educación en violencia y para la violencia. Ellos y muchos otros son víctimas del sistema.

96/06/27, 05 h. (?)

Jueves. Ya han pasado 9 días, han sido desde horrendos hasta placenteros, con un común denominador de desagrado, temor y angustia. Lo que más duele es la fantasía, sea de liberación, sea de permanencia larga, indefinida. No quiero aferrarme a la esperanza así como tampoco permito que me atenace la fantasía terrorífica. Todo lo que hago me ayuda a sobrellevar esta realidad que sabe a pesadilla. La TV ayuda a que pasen las horas pensando poco; medito y me repito las frases siguientes: moriré; estoy secuestrado; siento miedo, esperanza, angustia, paz, impaciencia, resignación, amor, rechazo. A veces, casi siempre eso ayuda, en otros momentos leo. Tengo dos libros: Los ríos profundos *y* Mi planta de naranja lima. *Cuando los leo tengo que vencer, por momentos, los sentimientos que surgen al reconocer la libertad de los*

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

personajes, que es un acicate para sentir mi impotencia y enclaustramiento.
Yo mismo me he sorprendido de lo bien que me siento por instantes en algún momento del ejercicio que hago. Ayuda a pasar el tiempo. A veces me pregunto si vale la pena hacer todo esto y la respuesta es afirmativa. ¡Tengo que seguir!

Comentario, 96/06/27, 05 h. (?)

Grande ha sido la ayuda que me brindé a través de la relajación con meditación, y repitiendo los textos que me había preparado, con criterio de realidad y como vía a la trascendencia. En ningún momento recurrí a la idea de Dios ni sentí la necesidad de implorar a un ser supremo. Sabía que si algo fallaba era yo, y si algo resistía, crecía, trascendía también era yo. No había necesidad de recurrir a deidades externas, bastante tenía con mis fantasmas y mis claras luces internas. Dentro de mi celda me sentía el centro de mi universo, y cuando bailaba sentía por momentos elación estética. No me cansaré de insistir en que los ejercicios físicos fueron fundamentales para mantener el ánimo en alto. García Márquez, en su libro *Noticia de un Secuestro*, también plantea el beneficio que sentían los protagonistas con las caminatas.

Más de una vez me sorprendí de la inexistencia de impulsos sexuales durante mi secuestro, y de la parquedad de sentimientos y pensamientos eróticos fuere cual fuere la intensidad de los estímulos; por ejemplo, de los periódicos que me traían

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

los secuestradores, algunos de ellos con las conocidas "calatas" en formato grande, ocupando prácticamente página entera —pornografía que nunca me ha erotizado dada su obscenidad—. Tampoco eran, en el momento, estimulantes la figura y presencia de los "monumentos" femeninos que aparecían en programas como *Baywatch*. Pensaba con frecuencia y ternura en algunas de las mujeres que amé, y en las que amo, de modo tan hondo y diferente en cada relación; pero esa turbulencia de emociones y afectos no tenía, en esos momentos, un correlato sensual aunque si llevaba un halo libre de erotismo.

96/06/28, 05 h. (?)

Viernes. Mucha angustia. Después de un día tranquilo y una noche de sueño corto y reparador supuestamente (o por lo menos seguido de cuatro horas), he despertado con la tortura de la angustia y de la incertidumbre.
Ayer me pidieron nombres de amigos que pudieran servir para comunicarse con Antonio. De ello colegí que no habían podido hacerlo. Di los nombres de Javier Mariátegui, Roberto Llanos y René Flores, y Benjamín Alhalel. Sentir que alguno de ellos participaría junto a Antonio me hizo atenuar la angustia. Le dije al único captor que me cuida que ellos eran serios y sin vinculación con la policía o las fuerzas militares; luego recordé el nexo de Benjamín con Aeronaútica; se lo dije e inmediatamente lo tachó de la lista. Pensando después me pareció una tontería haberlo hecho pero luego me pareció que igual Benjamín iba a participar

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

dado su modo de ser y la relación con la familia.
Cuanto más piense en mi situación más me angustia mi realidad. Cuanto más pienso en mi realidad, como que la angustia disminuye: moriré; estoy secuestrado.
Esa verdad me tranquiliza algo. Es ahí donde me falta la seguridad que surge de la fe en lo que sea: Yo sé que Freyre es un falsario pero le creo, siempre tiene la palabra afable y el optimismo en la solución, por así decirlo, inmediata de la situación: y yo le creo porque quiero creerlo (e) pese a que merced a que creo en sus mentiras (es) que estoy donde estoy.
La credulidad calma la angustia. La duda genera angustia. La incertidumbre causa angustia. Mi certidumbre es moriré, estoy secuestrado. Tengo otras certidumbres: Antonio hace lo indecible, el Tao con su relatividad es también la realidad inasible; en toda bondad hay algo de maldad, como en todo frío hay calor; en toda maldad hay bondad, así como en todo calor hay frío. ¿Cuándo acabará todo esto?
Pero ¿qué es "todo esto"? ¡Allí se incluyen tantas cosas! Por ejemplo, el amor de mis hijos por mí y el amor mío por mis hijos; mi capacidad de pensar, mi encierro, por poner sólo unos pocos aspectos de "todo esto".
Algo acabará y algo perdurará. ¡Comienzo y fin! No son opuestos, son complementarios, como bondad y maldad; cada uno tiene algo del otro y eso se aplica a cada aspecto de cada situación.
El amor no tiene fin, perdura. Me queda esperar.
Hacer no haciendo. Seguir en el tao del amor. ¡Moriré, viviré; estoy secuestrado, estoy libre!

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Comentario, 96/06/28, 05 h. (?)

La angustia sigue presente pues la comunicación entre los secuestradores y mis negociadores estuvo interrumpida entre el tercer y el séptimo día, en que se reiniciaron. Pero como los captores decían sentir interferencias telefónicas, dudaban en proseguir la negociación o interrumpirla. Por ello les propuse comunicarse a través de alguien de confianza y la idea fue aceptada por los captores. Les di los nombres de las personas que aparecen en el manuscrito (cuyos teléfonos estaban en mi agenda, en poder de ellos). El plan fue puesto en práctica y el enlace se estableció, el día decimotercero de mi secuestro, a través del Dr. René Flores.

Estas interrupciones de la comunicación coincidían con que el Amigo había salido, supuestamente por unas horas (creo que a partir del 24), y hasta el momento no regresaba. De allí que en el manuscrito haya yo consignado: "le dije al único captor que me cuida". El Amigo, en días anteriores a su salida, me había dicho: Doctor, a veces me dan ganas de largarme, pues sè sentía mal haciendo lo que hacía. No lo hagas porque tú eres buena gente —le dije. En otros momentos había visto al Amigo triste, pensativo, como queriéndome decir algo, hasta que se animó:

A mí me duele mucho la cabeza, doctor. No puedo dormir y necesito encontrarme con mi chica. Yo soy muy ardiente, no puedo estar sin ella.

Es así como un día desapareció, y me di cuenta que el Amigo no estaba porque sólo veía a Freyre llevándome la comida, y conversaba de vez en cuando conmigo. En varias ocasiones le pregunté:

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Oye, ¿qué es del Amigo que no lo veo?

Ya volverá, doctor.

¿Y ya sabes algo del Amigo?

Yo conozco desde hace mucho tiempo a ese muchacho, doctor. El tiene su enamorada y seguro que está con ella, o ella debe saber dónde está, y yo tengo posibilidades de contactarlos por teléfono. Algunos días hubo un celular en la casa; lo contestaba siempre Freyre quien, en ausencia del compañero, estaba serio, preocupado: Amigo no podía, no debía desaparecer así nomás. Los dos sabíamos que eso era delicado. En un momento me dijo:

Ya me he comunicado con él, doctor. Ya va a regresar.

Aproveché para preguntarle:

¿Para qué se han metido en esto?

Nosotros no somos delincuentes, doctor.

Con mayor razón, entonces. ¿Para qué se han metido en esto? —repetí.

Para ganar algo...

¿Y cuánto vas a sacar de esto?

Me han dicho que me van a dar diez mil dólares.

"Me han dicho": Freyre y el Amigo decían siempre "ellos", "los otros" cuando querían referirse a los organizadores de mi secuestro, a los "cerebros" de mi rapto. Era en realidad un acuerdo porque no se trataba de varias personas, sino de una que alguna vez apareció por ahí y a quien nunca vi ni escuché: Higueras, el autor intelectual.

En la noche del cuarto día regresó el Amigo; borracho, trayendo en la mano una lata de cerveza:

Ya estoy aquí, doctor.

Ah, que bien.

¿Una cervecita, doctor?

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

No, gracias, pero es una vaina cuando te vas.

Sí, pues, doctor. Yo pensé: me van a buscar, me van a cuadrar. Pero ¿sabe qué? Yo no lo iba a dejar.

Y con estas palabras se fue a dormir. Su llegada disminuyó mi preocupación, pues temía que si desaparecía los captores, por precaución ante la posibilidad que los delatara, me cambiarían de lugar y era muy probable que las condiciones fueran más duras y el espacio aún más incómodo. Al día siguiente estuvo durmiendo la mona y al despertar estaba lerdo y muy callado. Al subsiguiente día me contó que lo habían castigado pues no tenía el celular, habían cerrado la puerta de la casa con doble vuelta y se habían llevado las llaves.

96/06/29, 01 h.

Sábado. He leído Caretas que me ha levantado la moral por el contenido afectivo de la carta de Armando (Robles). En la TV ha aparecido monseñor Durand que planteó algo lindo pero improbable, y me emocionó la ternura emotiva de Piero Solari. Es indudable que los aspectos emocionales son lo fundamental para el soporte en estas condiciones tan penosas, duras, inquietantes y hacerlas más llevaderas.

Comentario, 96/06/29, 01 h.

El Caretas, del 27 de junio, lo hojearon los secuestrado-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

res antes de entregármelo. En este número aparece una pequeña reseña sobre las condiciones de vida de los secuestradores en Colombia, de acuerdo al libro de García Márquez. Después de leerlo, Freyre se presentó muy orgulloso y me dijo: Doctor, fíjese usted cómo nosotros lo tenemos en las mismas condiciones que indica el libro de García Márquez: está usted en un espacio de 3 x 2, tiene la televisión encendida todo el día y se le permite hacer ejercicios. Y en el tono de sus palabras había una cierta satisfacción personal, no exenta de humor. Hube de reconocer que no le faltaba razón. Pero en todo caso hay que diferenciar el confinamiento solitario del que discurre en grupo; en este segundo caso la situación es más llevadera por el establecimiento de nexos solidarios afectivos y pragmáticos entre las víctimas. Por otra parte, la situación motivadora de mi secuestro era totalmente diferente a la de los personajes del libro de García Márquez. Pensé que el secuestro comercial tenía en cierta forma menos riesgos que el secuestro político y que, en el caso de los secuestradores de García Márquez, la cosa era todavía más seria ya que estaba en juego el narcotráfico. Naturalmente que nada de esto último conversé con mis secuestradores.

Lo más importante de todo son las palabras y mensajes cargados de afecto pues constituyen un bálsamo para el secuestrado.

Quienquiera que fuera el psiquiatra (no quiso identificarse) que en el Caretas del jueves 27 de junio se refirió al Síndrome de Estocolmo y su interpretación psicodinámica, lo cierto es que sus declaraciones me hicieron pensar en la dinámica que se establecía entre secuestrado y secuestradores, pero no me aportó la lucidez y tranquilidad que me sobrecogió al leer las notas plenas de afecto de Armando Robles Godoy y Luis

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Jaime Cisneros, pese a ser mucho más breves que la del colega, pero cuyo poder para incrementar mi autoestima y bienestar hacen que las cite, sin recortes y con mi agradecimiento, a continuación:

"Extraño su voz amistosa y su consejo cordial. Han secuestrado a la voz de la razón", dijo a Caretas el lingüista Luis Jaime Cisneros, refiriéndose a Querol.

"El cineasta Armando Robles Godoy, uno de sus más entrañables amigos que dirigió al polifacético Querol en la película *Sonata soledad*, habló con Caretas desde el Cuzco y le envió un mensaje":

"Estás pasando por un momento muy duro y doloroso. Sé que lo sabes y así lo estás viviendo. No eres víctima de un crimen, sino de algo muchísimo peor, eres víctima de una equivocación, de un error terrible de los tantos que separan a los hombres de los hombres y los convierten en enemigos. Y lo más absurdo es que esto te suceda a ti, que tanto amas a los seres humanos y tanto haces por ellos. Te doy el más cálido abrazo, junto con toda mi familia. Pensamos en ti constantemente. Estoy seguro, porque te conozco y te quiero, que tú en este momento no estás pensando ni remotamente en cómo castigar a tus secuestradores, sino en cómo ayudarlos. Tu amigo de siempre, Armando Robles Godoy."

96/06/29, ± 04 h.

Sábado. Me desperté con menos angustia que en noches anteriores. Yo mismo me sorprendo de ello. He pensado en el Sín-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

drome de Estocolmo y he sentido que la búsqueda de explicaciones puede impedir amar; la aplicación de fórmulas puede conducir a estereotipos; es como un artesano que tiene un solo patrón, o molde, o herramienta moldadora, en cualquiera de esos casos su actividad se verá recortada y los resultados de sus trabajos serán similares, tendrán un carácter iterativo, repetitivo. Volviendo al síndrome, estoy sintiendo que se relaciona con la relación edípica: los padres juntos y/o por separado detentan el poder y lo ejercen a veces de un modo brutal; su agresión llega (a) la violencia; el hijo o hija puede abrigar deseos de venganza, de retaliación, de muerte del progenitor cruel y despiadado. Simultáneamente hay temor y amor. Temor al abuso del poder (fuerza) y amor por la protección recibida (verdadera o falsa pero sentida por el hijo golpeado, sumiso y/o humillado, según el caso); si no existiera esa protección yo quedaría desamparado, abandonado, solo en el mundo y ese temor a la soledad cósmica es más intolerable que la brutalización violenta. En esta hay dos o más participantes y cabe la fantasía del cambio del otro, hacia el amor a través de mi amor; es ahí donde surge la conducta seductora de conquistar a quien tiene el poder (¿aplicable todo esto al donjuanismo?), y nos permite no quedar solos; me permite no quedar solo; coexiste (además de infinitos otros aspectos) la intuición fantasiosa del posible cambio del otro (que al ser seducido por el placer que yo le proporciono dejará de ser cruel con quien le proporciona el placer) o de mí mismo (que al ser eficiente en la seducción adquiero el poder o, cuando menos, tengo un cierto acceso a él). El amalgamador del proceso no es la crueldad-bondad, sino el amor-rechazo. En esta explicación del Síndrome de Estocolmo

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

intuyo que está jugando un papel fundamental el episodio biográfico siguiente que aquí esquematizo: Tengo más o menos seis años, mamá nos explica algo a los cuatro hermanos. Pizarrón detrás de ella. Ella escribe algo en el pizarrón. Los cuatro hermanos estamos detrás de ella (no me gusta mi mamá, la veo fea, supongo que comparada con mis tías de Barcelona). Mamá hace alguna mueca —que la hace cuando está nerviosa o fastidiada, lo que es muy frecuente y (ocurre) por infinitas razones—. Mamá voltea a escribir algo en la pizarra (¿números?) en relación a lo que explica (¿matemáticas, aritmética?) que creo haber entendido. Empiezo a imitar su tic (la "remedo") con un gesto burlón, "cachaciento" agresivo, lleno de rencor (¿que hace que mis hermanos se rían?). Me siento héroe. Viene la catástrofe: mamá voltea, furiosa, humillada, iracunda, ofendida, sintiéndose objeto de burla (de parte de un objeto de su propiedad sobre el que no tiene control absoluto y sobre el cual no puede ejercer su poder pleno, como sucede con mis tres hermanos). Siguen frases iracundas, ominosas tales como: "no voy a permitir que faltes el respeto a tu madre"; "no voy a tolerar estas insolencias"; "¡le has faltado el respeto a tu madre!"; "aquí no hay sitio para un ser así"; "¡sales de la casa ahora mismo!" Siento terror: voy a quedar solo afuera (en el mundo, en la calle) y yo no sé nada de la calle, y me van a pegar y no voy a tener qué comer, y me voy a morir. Siento que una ola de terror me invade como un escalofrío de muerte que me eriza los pelos, soy jalado-empujado-arrastrado hacia el patio, me resisto. Siguen los jalones, empellones, ¿me agarro de la reja? (que separa al patio del zaguán), mi llanto es desconsolado, pido perdón (?): "no lo quise hacer", "no lo haré nunca más",

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

"seré bueno"; el proceso mecánico sigue: la pareja madre-hijo llega —arrastrado, empujado, jaloneado el hijo— al umbral del portón de dos hojas (de la casa republicana con patio de cuatro columnas que ocupábamos), de allí a la calle; mi terror es inmenso, confusión, llanto, vergüenza de que me vean, pero sobre todo terror, miedo a estar solo en un medio hostil donde no conozco nada (¿y de dónde sacaré comida?, ¿cómo haré?, ¿qué haré?); horror, medio que escucho: "Nunca más pondrás los pies en esta casa". "Nunca jamás te aparezcas" (no puedo asegurar si esa fue la primera vez que escuché la frase repetida luego muchas veces, "tú no eres mi hijo" o "un hijo mío no puede ser así"). Di dos pasos en la calle, pegado al muro, el terror y las palpitaciones crecían (si ello fuera posible), no recuerdo haber visto a nadie, pero sí que con terror entré el zaguán (temía que mamá, el ogro, el diablo, el símbolo de la cólera y la ira todopoderoso-todopoderosa, estuviera esperando para impedirme la entrada y hacer efectivo el "Nunca más", pues mamá nos había enseñado que nunca hay que mentir, lo que quería decir que ella nunca mentía) y me escabullí, escondí, oculté en el triángulo de espacio que quedaba detrás del portón. De la hoja izquierda del portón. Lo que no podía ocultar eran los sollozos, lo que no secaba todavía eran las lágrimas.

± 17 h.

El día está siendo, contra lo deseado, largo, tedioso, angustioso; trajeron "El Comercio" donde afirman que

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

amenazan con matarme (a mí me dicen que no, pero es difícil creerlo viniendo de quien me mintió desde que lo conocí, me refiero a "Ricardo Freyre", es atento y su tono de voz es cálido, le creo porque quiero creerle). En todas las imágenes de TV había violencia, muertes, secuestros, asesinatos, raptos, hurtos, masacres, todo ello banalizado al punto de lo lúdico; guerra de galaxias, guerra de animales, presentado como lo más natural, asumido con risas y chanzas ante un dolor que habría de estar presente y que se escamotea. La únicas que se quejan, y muy poco, son las mujeres. Los hombres son insensibles al dolor y al sufrimiento propio y ajeno. Guerra, lucha, muerte, brutalidad, abuso del poder, crueldad sin límites, todo ello pasa con la misma naturalidad de un abrazo amistoso o un encuentro social. Presentaron una película de Cantinflas que igualmente banalizaba la muerte. La TV, por otra parte, me permite ver lo que actualmente no tengo como opción o posibilidad: la libertad, me alegro por ellos y me apeno por mí Moriré. Estoy secuestrado. Mis emociones oscilan y varían. El tiempo se hace largo; no quiero ni pensar en que (esto) pueda durar semanas o meses. Vivir mientras viva. Tengo esperanza (en) que Antonio pueda avanzar en mi liberación. Estoy asustado ahora. Siento tantos deseos de amar más intensamente, más expresivamente de lo que he amado hasta ahora.

Comentario, 96/06/29, ± 17h.

Me es claro la enorme influencia, que para mi bien y para

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

mi mal, así como para bien y mal de unos y otros, tienen los medios masivos de comunicación. Cuando las noticias son favorables al secuestrado disminuye su angustia, cuando son desfavorables —como la de hoy en que amenazan matarme o la de, entre otras amenazadoras, que me cortarían la lengua— aumenta; la desazón aparece si estoy tranquilo o se incrementa, si estoy angustiado. En todos los casos las noticias, sean verdaderas o falsas, pueden sugerir a los secuestradores que los negociadores —de la parte del secuestrado— están en relación directa con los medios de comunicación o la policía. Ello en mi caso no era cierto pues las noticias eran falsas en su mayoría y, particularmente, las aparecidas en la prensa folletinesca de los pasquines.

Cuando no eran falsas usualmente estaban distorsionadas y exageradas en el sentido más sensacionalista: lo único que parecía importante para esa prensa era la noticia, así fuera falsa, como agente de venta, así la venta fuera de basura noticiosa. No es ese el caso de ciertos periódicos —como El Comercio, El Sol, Expreso y otros— que mantuvieron la noticia en un perfil informativo, ponderado y realista. (Por ejemplo, un titular decía: "No se sabe nada del paradero del psiquiatra Querol").

Cuando la noticia mencionaba una posible violencia o maltrato hacia mi persona, yo lo comentaba con los secuestradores —cómo no hacerlo si ellos hojeaban los periódicos y leían con asiduidad sólo la parte del secuestro (el Amigo leía de fútbol, a Freyre no le interesaba)—, y ellos me reconfortaban asegurándome mi integridad física. Cierta vez, cuando me hablaban en un tono parecido a "no le va a pasar nada, doctor", decidí salirles al frente:

Está bien, yo creo que ustedes no me van a hacer daño.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

¿Ya ve, doctor? —dijo Freyre.

No me queda otro camino que creer eso porque estoy convencido de que un secuestrado vale más vivo que muerto.

Entonces Freyre pronunció esta frase inolvidable:

No, pues, doctor: no diga eso...¡Nosotros somos humanos!

96/06/30, 05 h. (?)

Domingo. Ayer, al filo de la medianoche, hice saber a uno de mis dos guardias, a quien desde ahora llamaré A. (por Amigo, que es como yo lo llamo) lo desesperado, angustiado y deprimido que me sentía y se acercó para conversar.
Yo empecé a sentirme mejor. Conversamos largo rato, de él, de mí, de sus aventuras amorosas, de mis viajes. No voy a extenderme pues sería largo. Hablamos naturalmente de mi secuestro y condición de secuestrado, y él planteó:
"Su hijo ha estaba manejando esto como un negocio, ha estado tranquilo, al principio ofreció siete mil. Seguramente actuó así por consejo de la policía. Luego ha subido la oferta, primero a 25, luego a 60 y ahora está en 90".
Con estas palabras instiló más las dudas e incertidumbres tales como "Mi rescate es objeto de negociaciones", lo cual es cierto en todos los casos. Yo sé que Antonio está ahora tan desesperado como yo y posiblemente más que yo, pues ha de sentirse responsable de lo que pudiera pasarme. ¡Pobrecito!
Me alivió confiar en la seguridad del amor. Seguidamente A., en tono convincente para mí, me aseguró que no me matarían en ningún caso (lo cual no es creíble) y me dijo que estuviera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

tranquilo. En conjunto me tranquilicé y he podido dormir unas horas de corrido para despertar con menos angustia que los días anteriores. Así debe ser el efecto de la psicoterapia; en esto reside el poder de la solidaridad y el eros. En el agredido hay identificación con el agresor y en éste hay una identificación con el agredido. El ying-yang es lo único que se mantiene como explicación-intuición, integración-desintegración, insidia-bondad, egoísmo-generosidad, vida y muerte. El Tao permite sobrellevar la vida y la muerte, y está en cada cual y no se da en ninguno, porque el Tao es evasivo y firme: acontece. El modelo "no claudicante" es una ficción expresiva de la claudicación; hasta Cristo claudicó.
Los sentimientos son cíclicos y contradictorios, como las olas, las nubes, los vientos, los ríos, a veces mansos, otras amenazadores. No voy a seguir escribiendo porque quisiera dormir un rato más antes que empiece la rutina de la televisión, el desayuno, un poco de ejercicio, duchazo ligero, ver TV, almuerzo, seguir viendo TV, todo alternado con momentos de meditación-relajación-movimiento.

Comentario, 96/06/30, 05h. (?)

Nunca he tenido un ritmo nictemeral (de sueño-vigilia) rígido ni regular. Puedo dormir poco (3 a 5 horas) o mucho (más de 6), pero siempre hago una "buena" siesta (1 a 2 horas), que me permite dividir el día en dos y tener dos jornadas de actividad (no forzosamente de trabajo) de 8 a 9 horas cada una. Durante el secuestro esta irregularidad-flexibilidad de mi ritmo

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

habitual fue útil en el proceso de adaptación a las condiciones del cautiverio y a los cambios emocionales que esas condiciones me producían. Es así como hoy, a las cinco de la mañana, me he puesto a escribir sobre una conversación tenida al filo de la medianoche del sábado 29 con el Amigo, que en ese momento estaba solo; de no haber sido mi vida así, yo no habría permitido que la conversación fuera larga ni tocara temas de contenido personal y hasta íntimo. Naturalmente que en el manuscrito no puse que en alguna ocasión, como su participación en el secuestro era por razones económicas, se habló de la posibilidad de que yo le diera al Amigo más que lo prometido por sus cómplices para que fugáramos o me ayudara a fugar. El asunto de la fuga fue tratado como al pasar, en un par de ocasiones, luego pasaron varios días sin que lo tocáramos; para mí lo de la fuga quedó ahí, como flotando. Creo que fue esa noche que yo mismo le propuse que lo de la fuga quedara en suspenso.

Está bien, doctor —me respondió.

Hablaremos por ejemplo si la cosa se pone brava, si el asunto del rescate demora mucho.

No le dije lo que pensaba: que la fuga sería, de todas maneras, una situación violenta, y que yo no quería recurrir a ella pues todo indicaba que las negociaciones para una liberación pacífica avanzaban; por consiguiente, no tenía sentido planear una liberación violenta. El Amigo por su parte no estaba muy convencido de la viabilidad de la fuga o de que ésta le conviniera económicamente, amén de temer las represalias y la venganza de sus cómplices.

Con cierta satisfacción me reiteró:

Ya se va a llegar a un acuerdo, doctor. Las negociaciones están bien encaminadas.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Se quedó pensativo y después de un silencio dijo:

Pero si hay problemas, doctor, si las cosas se complican demasiado, yo le tiro la llave cerca de la reja.

¿Me tiras la llave por la reja?

No, doctor, cerca de la reja y usted verá cómo se las arregla para alcanzarla.

(Yo pensé: con las patas de atrás de la silla, que ya tenía disponible por desvencijada. Para tales efectos, así tenga que empatarlas amarrándolas con las tiras de una sábana, tendré de todas maneras el instrumento para acercarme las llaves de los candados...y si no fuera posible siempre me queda doblar la reja...). No dije nada.

Me quedé tranquilo y escribí una serie de disquisiciones sobre el Tao, la dialéctica y el programa del día que ya clareaba, dispuesto a dormir.

23 h. (?)

Desperté angustiado, poco a poco me fui calmando. Encendieron la luz, trajeron la TV (se la llevan de noche —al principio intempestivamente, ahora cuando se los pido—), trajeron el desayuno, fui haciendo ejercicios (los de la mañana), me duché (un poco, pues el agua es gélida), seguí viendo TV y quedé dormido para despertar bruscamente cuando me trajeron el almuerzo. El resto del día transcurrió entre la TV y los ejercicios. Las fantasías pesimistas (me quedaré encerrado por largos meses, me pueden abandonar en el encierro, etc.) me causan angustia; las optimistas me

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

causan el temor de no poder realizarse o cumplirse (se reducen a una sola: dentro de algunos días seré liberado) y la frustración resultante sería catastrófica. Por ello me mantengo a un nivel de estricta realidad, lo que veo en la TV: fantasía violenta, banalización de la muerte, ausencia de sentimiento, salvo la codicia por el dinero y por el poder. Tuve algo de dolor de estómago y pensé cuán terrible sería estar enfermo —de lo que fuera— además de todo lo que estoy pasando. Es lindo pensar en los seres queridos pero no lo hago con frecuencia para no estallar de dolor, por temor a estallar de dolor. Estoy muy metido conmigo mismo y cada momento repito en voz alta, o como diálogo interior y pese al ruido-sonido de la TV: "He de morir, estoy secuestrado". Mis sentimientos varían, el Tao es la vía para saber-no saber que en la ansiedad hay paz y en la paz hay ansiedad. Nuevamente la conversación con A. se ha llevado a cabo con calidez. Hay solidaridad en el dolor. Sólo que a él lo atenaza —poco o mucho— la culpa: se queja de dolor de cabeza como presión en las sienes y se le hinchan las venas...Todo ser humano tiene cuando menos alguna bondad y algo de violencia.

Acaba de terminar un programa de TV, Servicio Secreto, *luego un cura habló;* Momentos de Luz *o algo así, había un lindo mensaje, proclamado con poca convicción. Me siento tranquilo, sorprendentemente tranquilo, tanto que ya no quiero hurgar en mí mismo, no fantasear, sólo quedarme con la convicción que Antonio está haciendo todo lo humanamente posible para que todos, pero sobre todo él y yo, salgamos de esta pesadilla.*

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Comentario, 96/06/30, 23 h.

Pero no dormí tranquilo pues a las dos horas hago el recuento del día y comienzo diciendo que desperté angustiado prácticamente a la hora del desayuno, alrededor de las ocho, esto es un par de horas después que terminé de escribir el párrafo anterior del manuscrito. Y empieza mi lucha-dialéctica de la esperanza-desesperanza —entre las fantasías de liberación inmediata y las de secuestro de larga, indefinida, duración—.

Tengo temor a enfermarme con lo cual aumentarían los pesares del cautiverio. La posibilidad de que me enferme preocupa también a los captores.

Queda muy claro en mi mente y a través del manuscrito que poco a poco se ha ido estableciendo, espontáneamente, una aproximación entre los dos secuestradores y su rehén. Les hablaba, me escuchaban. Me pedían opiniones, se las daba. Sentí que me escuchaban con atención, con simpatía y con respeto. La comunicación más significativa, sin embargo, la percibí con el Amigo. En varias ocasiones me repitió que yo le recordaba a su papá, y sentí que su trato, cada vez más cercano, nacía de una identificación con la figura paterna.

Algún día el Amigo me dijo (y quizá lo reiteró ese mismo día):

Doctor, usted me recuerda a mi papá.

¿Yo te hago recordar a tu papá?

Sí, doctor. Mi papá era un hombre bueno, tranquilo. Y yo me siento muy mal por esta chamba.

Para qué te has metido, pues.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Porque tengo una deuda y me están cobrando muy feo. Sólo por eso, doctor.

El Amigo me decía constantemente que él nunca había participado antes en actos delictivos, que no tenía antecedentes policiales y parece que no mentía. (Después de liberado leí que tenía antecedentes por algún delito menor y que había sido parrillero en Cieneguilla, donde era muy conocido, además, por ser un experto cocinero). Mientras Freyre era un hombre frío e inteligente, el Amigo era sensible, comunicativo. Cuando la policía los capturó, entre las cosas de éste último encontraron un poema que supuestamente escribió a la muchacha de quien estaba enamorado y en el que, independientemente de la sencillez, el Amigo demuestra su capacidad de expresar los diversos sentimientos que esa persona le produce:

"Una vez te comenté/ hace tiempo, al comienzo/ que el amor es similar/ a la planta que te di./ ¿Aún recuerdas esos tiempos?/ ¿Y esa planta dónde está?/ Para verla florecer/ es preciso prodigarle/ los cuidados necesarios/ agua, poda y mucho amor./ Es iluso pretender/ el querer verla florecer/ cuando el fuego del engaño/ tú lo echaste sin ser vista./ El engaño y la traición/ al final llegan a envolverte/ trastornando tu pensar/ hasta el punto de penar/ sin ningún remordimiento".

En todo caso, el Amigo constituye un claro ejemplo de la dialéctica psicológica: es una persona que puede ser muy buena (capaz de expresar estos sentimientos o las cercanías afectivas que tuvo conmigo) pero al mismo tiempo puede intervenir en algo que es un atentado contra la vida, y que contiene una violencia tremenda, no sólo contra el secuestrado, sino también contra los familiares de éste y, en suma, contra la sociedad toda.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

El Amigo fue una persona que demostró la suficiente dureza como para ingresar en una organización delictiva, participar en el robo de un vehículo (con el cual me raptaron) y en un secuestro, todo ello a mano armada; pero durante el cautiverio tuvo expresiones de solidaridad y empatía conmigo. En él se puede apreciar otras contradicciones coexistentes: búsqueda del dinero y, al mismo tiempo, desesperación, pena, dolor por la situación en la que se ha metido. Considero importante destacar esta dialéctica, específicamente en este hombre, porque en él se pone en claro que habitan y se expresan, simultáneamente, aspectos humanos indeseables, que es preciso evitar (esto es humanismo vitando) y otros de un humanismo deseable, que se deben promover.

96/07/02, 00 h. 05 m. (?)

Martes. Ayer lunes, A. me dijo que no había vituallas y que Freyre había salido para hablar con los otros (cabecillas) y traer lo necesario. Me pidió el Caretas (que había traído el viernes) (?) y dijo textualmente: "Estamos haciendo historia". Se da una complicidad del guarda con el secuestrado. He tenido nuevamente diarrea y A. ha estado sinceramente preocupado, me ha ofrecido prepararme cocoa y Donafan (que tomé). Yo entiendo que valgo mientras estoy vivo pero, aparte de ello, siento una solidaridad y un compañerismo mutuos. Me genera pesar la situación de este ser humano. La TV —abundosa en ramplería, superficialidad, violencia, ausencia de sensibilidad humana, banalización del amor y de

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

la muerte, reducción del amor a la picardía criolla y a la represión latinovictoriana— ha mostrado dos, tres espacios rescatables: Los años maravillosos y Dos por Tres... *(familia del policía negro). En* Los años maravillosos *salió la imagen y la voz de Martin Luther King, quien en uno de sus discursos decía que soñaba con un mundo en que blancos y negros convivieran, en que los católicos y protestantes fraternizaran, y me pareció que por ahí debían ir las relaciones humanas; dentro de esa temática el actor protagónico (de doce años) acotó un discurso de J.F. Kennedy en el sentido que "hay gente que ve las cosas como son; hay que ver las cosas como pueden ser y por ello hay que avanzar para que se logre la solidaridad y la concordia entre los seres humanos". Eso es trascendencia, lo primero es inmanencia. Creo que comprendo que puedo morir, que mi vida pende de un hilo más tenue que el usual, al mismo tiempo por estar en mi condición de secuestrado, tanto si sobrevivo como si muero; cualquiera de los dos, vida o muerte, devienen trascendentes para la gesta épica de alcanzar un modo de vida menos violento a través de la no violencia.*

Comentario, 96/07/02, 00 h. 05 m. (?)

Esto quiere decir que no he escrito nada el día primero. Está muy claro que la falta de alimentos en la casa es algo común a los tres que convivimos en ella y que refuerza nuestra solidaridad. Es uno de los tantos aspectos resultantes de la convivencia del rehén con sus captores que, en lo concerniente a

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

las múltiples posibilidades de identificación del agresor con el agredido y sus varias consecuencias, he denominado Efecto Lima.

Conforme transcurrían los días comprobé que Freyre y el Amigo, cada uno en su estilo, empezaban a ver las cosas según las veía yo. Fue un proceso lindo en el cual aprendí mucho de la conducta y condición humanas. La actividad a la que más horas dedicábamos —simultáneamente dos de nosotros o los tres— era, como ha de suponerlo el lector, ver televisión. Es así como al comentar las películas que habíamos visto, a partir de las conversaciones que ellas generaban sobre el bien y el mal, sobre todo lo que ocasionaba y producía la violencia, empezamos a tener atisbos comunes los tres, de rechazo a la violencia. Al principio me limitaba a hacerles notar la violencia y mi rechazo hacia ella:

Oye, Freyre (o Amigo, según el caso), mucha violencia, ¿no te parece? ¿Por qué no cambias de canal?

Alguno de los dos se acercaba a cambiar de canal y me miraba. Una vez —cosas de la vida— transmitieron en la serie *Misterios sin resolver*, justamente el caso de un secuestro en que el secuestrado no apareció nunca. Algunos años después unos agentes de la policía descubrieron una osamenta y se discutía si era o no la del secuestrado. Yo les dije:

Miren, pues, lo que ponen.

Sí doctor, tiene razón.

Cada vez que podía insistía:

Es el colmo la basura que ven.

Seguía insistiendo, hasta que en un momento uno de ellos me dijo:

Sí pues, mucha violencia.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Freyre y el Amigo empezaban a cuestionar la violencia y con ello, inconscientemente, las partes de su responsabilidad y de su conducta que los había llevado a la situación que vivíamos. Seguimos viendo películas violentas, pero ellos ya las veían con cierta lejanía crítica, hasta que Freyre, quien precisamente había llevado adelante todo mi secuestro, habló:

Tiene razón, doctor, la violencia es terrible, y es terrible todo esto que sale en la televisión.

Yo mantenía silencio, la elocuencia la había puesto la televisión, la situación misma que estábamos viviendo. Una noche Freyre dijo algo que me conmovió mucho, porque era consecuencia de lo que veníamos hablando, de ese diálogo que afloja tantas tensiones, que aproxima tanto. Dijo:

Menos mal que somos buena gente, que no lo hemos maltratado; imagínese que hubiera caído en manos de otros, como esos delincuentes avezados cuyas fotos salen en los periódicos. ¿Qué no le hubieran hecho? Y vaya a saber si todavía estaría vivo...

Había momentos de risa, de humor. Alguno de los dos, creo que fue Freyre, dijo:

No puede negar, doctor, que estamos haciendo historia.

Y venían las risas, los comentarios graciosos. Quien se hubiera asomado al lugar donde nos encontrábamos —si es que hubiera podido dar con él— se habría preguntado sorprendido: ¿Cómo es posible que secuestradores y secuestrado se estén riendo juntos? Pero ello no sólo es posible sino conveniente para aliviar tensiones. Obviamente, no todo era risa. Muchas veces me sentía atrozmente angustiado, como se podrá comprobar en la lectura del manuscrito.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Al ver el programa *Los años maravillosos* y escuchar las palabras de J.F. Kennedy por boca del protagonista, sentí una inmensa emoción enternecida y, por primera y única vez durante mi secuestro, lloré mucho.

08.05 h.

Ellos están tan pendientes de mí como yo de ellos: apenas encendí la luz se puso en marcha la "rutina": A. me dio los buenos días y me trajo la TV. Me dijo, en respuesta a mis buenos días y mi pregunta ¿qué tal has dormido?, que "esta noche sí he dormido bien", lo cual corresponde con mi propia realidad; esta noche he dormido mucho mejor, he despertado sólo un par de veces, con menos angustia en cada despertar. Es difícil concentrarse en condiciones de secuestro, así sean llevaderas como las que me han tocado. Hay una incertidumbre de base: ¿Cómo acabará esto?
¿Cuánto tiempo más no saldré de este recinto? ¿Cuánto más no veré a mis seres queridos? Cuando hay silencio (casi) ese sentimiento se incrementa. Cuando está encendida la TV aprovecho el periodo de comerciales —que en este caso felizmente es largo— para abstraerme, lo mismo cuando la TV presenta telenovelas (que vemos poco y que a ninguno de los tres nos gustan).

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Comentario, 96/07/02, 08.05 h.

Escribo la fecha y hora con la máxima precisión que me es dable: he querido mantenerme orientado y alerta durante todo el tiempo (siempre he esperado que sea el menor posible) que dure mi cautiverio.

Los pequeños detalles cuentan mucho en una condición límite como es el secuestro; el hecho de que los secuestradores estén alerta para traerme el desayuno apenas enciendo la luz de mi cuarto me hace sentir protegido (tal vez debería decir vigilado, que sería la palabra más acertada, pero siento que protegido es mejor).

15 h.

El desayuno fue papaya y una manzana. Sigo con diarrea. Tomé dos Donofan. Luego la "rutina", que lo es porque hoy han sido dos semanas de secuestro. ¿Cuántas más faltarán? Es penoso pensar en esto aunque sé que mis seres queridos, especialmente Antonio y algún o algunos amigos entrañables colaboran con él y si es posible lo apoyan, y están mis amigas entrañables que sé que harían cualquier cosa por sacarme de este hoyo. Me es desastroso, por doloroso, pensar que esto, aunque llevadero muy penoso, pudiera durar largo tiempo, muchas semanas, muchos meses; es escalofriante, por ello pienso que lo que vale no es contar los días o las horas sino vivir el instante, el presente, cada momento del presente, cada instante de la realidad, vivida en la máxima plenitud

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

posible. Es así como siento que cada acción tiene un sentido y genera un placer real, por encima y más allá del dolor de fondo. En este sentido A. me ha dicho, en tres o cuatro ocasiones, de una u otra forma: "Tiene usted suerte que no somos malos" y yo sé que tiene razón: podrían mantenerme vivo y al mismo tiempo maltratarme, torturarme, bastaría con el confinamiento solitario en un espacio reducido, subterráneo; sólo imaginármelo es espantoso.
Por ello insisto en mantenerme en la realidad presente: "He de morir. Estoy secuestrado". Mis sentimientos oscilan y cada uno de ellos lleva algo de su contrario. La vida trasciende en la muerte y ella trasciende en la vida de los que sobreviven y me aman. Hacer no haciendo. Saber no sabiendo, está en el Tao y el Tao es inasible como los sentimientos.

Comentario, 96/07/02, 15 h

El estrés del cautiverio y el cambio que ello significaba en mis hábitos alimenticios ha empezado a manifestarse como diarrea y me doy cuenta que no he precisado cuándo ha empezado este síntoma.

± 15.30 h.

A. me dice que Antonio pide un manuscrito para saber que estoy vivo, y plantea que sea algo sobre los campamentos de

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Tumbes. Lo necesitan ahora, así es que manos a la obra. Quiero escribirle (a) Anto una relación larga de lo que hemos pasado todos en nuestras excursiones a diferentes sitios del país y tengo temor de fallar en las fechas.

Comentario, 96/07/02, 15.30 h.

No sé si quise poner más o menos 15h y 3m ó 15h 30m. La hora no importa, lo que quiero resaltar es el cómo se deslizan errores e indefiniciones en condiciones de estrés.

El pedido de una nueva nota de supervivencia me hizo pensar que las negociaciones verdaderamente avanzaban, prueba de ello es que Antonio quisiera una nueva prueba de supervivencia antes de soltar el dinero para entregarlo como rescate a los secuestradores.

Estando casado habíamos hecho muchos campamentos a la costa y algunos a la sierra. Entre los más notables a la costa están los que hicimos en Tumbes y en los que vivimos experiencias simpáticas, algunas melodramáticas y todas inolvidables. De ellas sólo podría contar algo quien las hubiera vivido, no cabía criollada ni inventiva sagaz. Lo que escribí sobre los campamentos fue, lógicamente, incompleto pues la hoja me fue pedida mientras estaba escribiendo. Resultaba que desde la casa, a través de un celular, contando con la presencia de uno de los que según me decían eran "ellos" (los dirigentes) se estaban haciendo negociaciones. Ese manuscrito quedó en poder de los secuestradores y nunca pude recuperarlo.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

96/07/03, 22.30 h.

Miércoles. Se ha pasado otro día con altibajos. El sueño fue entrecortado y con sobresaltos por la angustia (pesadillas que recuerdo). Terminé de leer Mi planta de naranja lima, *delicioso y doloroso en su ternura y su violencia como maltrato infantil. En la mañana, a partir de las ocho se desenvolvió la rutina; me trajeron la TV, espera, incertidumbre. A. trajo el desayuno (papaya, mandarina, pan francés ¡crocante! e infusión de manzanilla) servido con simpatía. Recoger la cama (edredón con sábanas y frazadas; como dijo A.: "se ha invertido bastante, un montón en usted, el colchón, las sábanas, ¡son nuevos! Luego ejercicio, de pie, primera, segunda, cuarta y quinta posiciones, trabajo de barra (sin barra); trabajo de desplazamiento (sin desplazamiento), estiramiento expresivo y movimientos de festejo para terminar con pasos de marinera. Duchazo parcial, conversar con A., que Antonio estaba reuniendo el dinero, que quería que todo esto acabara, que a él lo tenían encerrado, sin llaves, ni teléfono...* Utilísima *con flores, moda, cocina, Oswaldo Cattone y la Bisutti... y me empezó un frío que calaba los huesos, tuve que ponerme todo lo que tenía (incluyendo la malla de baile que me había quitado al llegar, y las medias de lana de tipo futbolista que me he puesto sobre las chinelas, los dos pares de medias con que vine y otro, también aportado por mis captores), envuelto en la frazada. Llegó la hora de almorzar (pollo hervido y ensalada, zanahoria, betarraga, tomate, de postre papaya) y más TV, sin ganas de leer. Llega Freyre a eso de las 15hs. diciendo que Antonio pregunta dónde guardo el dinero; mi respuesta: "no tengo efectivo, ni*

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

dinero en el banco, tengo unas acciones" y agregué "que le pregunte al alemán si le puede prestar..." Freyre es dulce y convincente, amable y llevadero, su frase es: "No es problema" y silba cuando discurre por el lugar, dice, "cuando estoy nervioso me río". Freyre dijo, y yo le creí, que se transmitiría eso a Antonio (para mí que Antonio quería tener la seguridad de mi supervivencia). Lo cierto es que eso me tranquilizó y más aun cuando, una hora después, Freyre dijo: "Se está arreglando todo, mañana pagarán el rescate y entonces ya lo dejamos, seguramente será el viernes". Y yo le creí, con o sin razón, quería creerle aun a sabiendas de lo falso que ha sido, pero hay algo en el rehén, en el secuestrado, por lo cual depende del secuestrador. Forma parte del modo de comunicación por el cual el secuestrado evita la angustia de la muerte, el desamparo, el abandono. A su vez el secuestrador ha de sentir (consciente o inconscientemente) el halago a su vanidad y la satisfacción de lograr lo que él deseaba: reasegurarse de que detenta el poder es su victoria. El clima emocional era de alegría; Freyre trajo periódicos, me dio "El Popular" y luego, casi con orgullo me alcanzó "El Sol" en la página donde aparece el artículo de Ramiro Escobar La Cruz. Por esos momentos apareció Poggi en la TV pidiendo que me soltaran, me pareció bondadoso, maníaco y patético.

El artículo de Escobar, nominal, ecuménico, comprometido, con sentido y sensibilidad sociales, enviando un mensaje significativo para la comprensión del proceso de la violencia, se me presentó en el otro polo de la parrafada sobre el Síndrome de Estocolmo: impersonal, explicativo, especulativo, espetado en el vacío de un psicologismo pedantesco, rimbombante y sin fundamento real pues surge de la fantasía

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

poética del narrador.
Así las cosas surgió, impaciente, la ilusión de una liberación dentro de dos días a la par que las fantasías del fracaso de la negociación y/o desencuentro en la entrega del rescate, y/o de la modificación de planes en el alto mando.
Sorprendentemente, en lo último que pienso es en lo que debería ser más factible: que se recoja el rescate y yo no sea liberado, pero eso es tan doloroso que lo estoy negando.
Sea como fuere salgo de las garras de la fantasía y vuelvo a la realidad: "He de morir, estoy secuestrado por tiempo indefinido". Mis sentimientos varían y cada cual contiene el germen de su opuesto. En el Tao esto es el comienzo y el fin.

Comentario, 96/07/03, 22.30 h.

El frío que sentía era el de mi temor, y era tan hondo que lo sentía en los huesos. Pero incluso siendo así, pasó. Previniendo otro acceso de frío le pedí a Freyre otra frazada, me dijo que no había ni podía conseguirme una; al poco rato se acercó y me alcanzó una chompa, muy abrigadora, con cuello Jorge Chávez, diciéndome: Tome doctor, está bien limpia, es bien abrigadora. ¡Muchas gracias! ¿Y tú? —pregunté. No se preocupe, doctor, yo tengo otra. La chompa fue pieza clave para pasar abrigado el frío de la celda. Hubo todavía un día más de rutina, que fue interrumpida por la noticia que trajo Freyre de mi pronta liberación. Su alegría dejaba traslucir que la noticia era cierta.

El artículo de Ramiro Escobar de la Cruz, aparecido como

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

editorial de El Sol del 3 de julio, me pareció excelente y merece ser transcrito aquí:

La conciencia secuestrada

por Ramiro Escobar de la Cruz

"Seguramente quienes llevaron a cabo el secuestro del siquiatra Mariano Querol tuvieron móviles, principalmente pecuniarios. Nada está descartado, pero es difícil creer que en un tiempo como el actual el prestigioso profesional o la lucidez constituyen un valor digno de extorsión.

"Visto desde otro ángulo, no obstante, el hecho no deja de ser cruelmente metafórico. Alguien que con frecuencia alertaba sobre problemas cotidianos o sociales ha sido sacado fuera de escena. Es como si se nos robara hasta la 'posibilidad de un poco'.

"Toda esta ola de fechorías nos habla de una sociedad maltrecha y desesperada. Es cierto que el terrorismo está prácticamente resuelto, pero la captura de Abimael Guzmán no significó el fin de todos nuestros tormentos. Fenómenos como el de los secuestradores al paso, las 'barras bravas' o las 'pandillas juveniles' cachetean nuestras seguridades precarias.

"El lenguaje bélico, además, se ha filtrado en esas almas removidas. Los jóvenes ya no hablan de 'pelear' sino de 'guerrear', lo que de inmediato nos remite a un peligroso acostumbramiento a ver la violencia destructiva como algo natural.

"Otro problema también constante —y obviamente enlazado con los anteriores— es que la pobreza sigue allí constante y sonante. Quizás ocurre, como alguna vez sugirió Richard Webb, que hemos perdido cierta visibilidad de lo que ocurre en

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

algunos sectores de la sociedad. Quienes escribimos columnas o resolvemos problemas en reuniones y gabinetes corremos el riesgo de adolecer de esta miopía.

"¿Qué tiene que ver todo esto con Mariano Querol?

"El doctor Querol era, como lo saben bien quienes lo escuchaban por radio o televisión, una persona que nos hacía recordar lo limitados que pueden ser ciertos logros. Su labor consistía en hacernos ver cómo es el alma de la gente, qué hay detrás de las intenciones, por qué queremos tan poco.

"Al desaparecer de la escena pública hemos perdido la oportunidad de que alguien nos diga, aunque sea de cuando en vez, que el verdadero bienestar tiene que ver con las personas de carne, hueso y sufrimiento. Es terrible que ahora él esté pasando por un trance que, en último análisis, tiene su origen justamente en ese sufrimiento que induce a muchas personas al delito.

"Por eso, aunque estos momentos constituyen una gran tentación para solucionar esta ola delictiva únicamente con medidas duras, lo más cuerdo —si cabe el término— es ver otras dimensiones del problema. Es necesario no dejar que nos secuestren también la conciencia de que muchos actos fuera de la ley esconden un velado reclamo de justicia.

"Curiosamente, una metáfora proveniente del mundo del hampa puede ayudarnos a ver que este asunto no se resuelve sólo con más patrulleros. Los ex convictos e incluso quienes están presos se refieren al 'afuera' —es decir la ciudad con sus laberintos y problemas— como 'la cárcel grande'.

"Ellos tienen la conciencia de que ese territorio es a veces brutal y castrante de la libertad como la 'cárcel chica'. Que en el 'adentro' y el 'afuera' hay carceleros, requisas, peleas, escasez

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

de alimentos. Y por cierto también solidaridad, entrega y hasta heroísmo.

"Cuando uno piensa en todo lo que ocurre, incluyendo el secuestro Querol, por lo menos puede aceptar que esta sabiduría delincuencial es sugerente. En verdad es como si todos estuviéramos encerrados en el mismo problema, secuestrados por nuestras propias limitaciones.

"Algo similar ha dicho Gabriel García Márquez acerca de su libro *Noticia de un secuestro* (en entrevista para Cambio 16): 'el verdadero tema del libro es el sufrimiento de los protagonistas, incluso de los secuestradores'.

"Esperamos que este oscuro episodio termine pronto para Mariano Querol. Confiamos en que su espíritu libre sepa sortear este momento que, finalmente, transcurre entre seres humanos asustados de la vida, desconcertados ante la imposibilidad de ver en el otro al prójimo que puede ser uno mismo".

En este artículo editorial está contenida la responsabilidad que cada uno de nosotros —los buenos— teñemos con nuestra "parte mala" y asimismo, la responsabilidad que nosotros —los buenos— tenemos respecto a la conducta de los otros —los malos— quienes, asimismo, tienen responsabilidad por sus partes buenas, esto es, la parte buena de su conducta. El planteamiento es dialéctico, ecuménico y me dejó pensando durante el cautiverio y aun ahora que escribo estas líneas. Es necesario seguir pensando al respecto en esta forma: sólo así podremos desalienarnos de nosotros mismos y de los otros, para establecer vínculos coherentes con lo que nos rodea, en especial los otros, así nosotros creamos que son los otros los alienados.

En el manuscrito contrapongo la calidad del pensamiento

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

de Escobar con la parrafada sobre el Síndrome de Estocolmo, esta última aparecida como parte de los comentarios de un entrevistado, que quiso mantener el anonimato, formando a su vez parte del artículo *Extraño secuestro*, aparecido en Caretas del 27 de junio.

96/07/04, 18 h. (?)

Jueves. En TV diferenciar El príncipe del rap *de la otra serie de negros...; en la primera la huachafería, la picardía "criolla" cunden, se trata de nuevos ricos, y eso moviliza la risa en relación con situaciones lesivas y violentadoras de la parte o aspecto sincero, sensible y delicado del ser humano. En la segunda está la rigidez y avaricia de un jefe de familia, policía que mantiene, a costa incluso de burlas y humillaciones, el estandarte de la honestidad de propósito y la transparencia de la acción.*
He dormido de un tirón entre las 00h 30min y las 07 más o menos. Decidí "hacer algo" para pasar este día con menos expectativas, tanto placenteras como catastróficas; y lo que decidí hacer fue limpiar mi celda, si salgo pronto habré pasado un día ocupado. (La fantasía anticipatoria expectante, placentera, me causa tanta ansiedad como la fantasía catastrófica). Había visto tantos titulares y noticias sobre mi secuestro que pensé en irlos reuniendo como forma de pasar el tiempo movilizándome físicamente o como anticipo de un trabajo que posiblemente tendré que hacer después de mi liberación. Entiendo que es un juego de complemento —sirve

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

para la vida, mi vida, y no contradice la muerte—; es inmanente y apunta a la trascendencia. Levanté el colchón, los periódicos esparcidos por el piso, sacudiéndolos del polvillo que se había acumulado; pedí a A. una escoba (escobillón de paja) y barrí. A medida que recogía y desempolvaba los periódicos iba cortando las páginas enteras en las que aparecía algo relativo a mi secuestro. Repentinamente A. me trajo el almuerzo (pollo frito, ensalada de tomate con mucha cebolla, mandarina, jugo de maracuyá); dejé la cebolla pues me parece que me produce un efecto laxante. Conversación con A.: los dos queremos que esto acabe; dice que Antonio también. Repentinamente tuve deseos de defecar: le dije que esa era la cagada del miedo, mejor "cagarse de miedo". En la tarde se alivió algo el vientre, tomé Donafan y té cargado; tan cargado que empezó un dolor difuso abdominal. Al rato calmó el dolor con manzanilla y empecé a pedear. Entre tanto los programas usuales siguieron su secuencia. Ahora es el programa de las ocho Mr. Nanny, *o sea un hombre grande y en el fondo bondadoso, maltratado por un chico malhadado y cruel y su hermana, que aprende a ser cruel (como aprenden) todos los niños que vean esta producción. Una vez más escuela de violencia.*

Falta de interés para escribir. Admiración por los que han aguantado, resistido, años, ¡años! (horror) de encierro solitario. Más aun si, además, plasmaban obras; pienso en Cervantes y me avergüenzo de mí mismo (encierro y galeras en Argel y carcelería en España, y creo que ambos durante años, ambos injustos, ambos crueles). En esa época la violencia era más intensa que ahora; la crueldad era condonada; quien vive en dureza y es maltratado por la humillación, la

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

miseria, la soledad, considera en menos la muerte. Quienes vivimos gratamente, en compañía grata, protegidos de la pobreza, detentando un cierto poder, nos aferramos a la vida y la muerte no es esperada sino temida.

Comentario, 96/07/04, 18 h. (?)

Es indudable que los mecanismos inconscientes se percatan de la realidad, es así como la noticia de la inminente liberación ha hecho que, por primera vez en los 17 días de mi cautiverio, duerma 6 horas y media de un tirón.

Durante esos días limpié a fondo mi celda en cuatro ocasiones. La última, en especial, no fue tanto por la limpieza sino para pasar una horas sin pensar en la fantasía de la liberación. Recorté las hojas que hablaban del secuestro, las doblé y volví a empapelar el piso cuidadosamente, como lo había hecho en las ocasiones anteriores, para que las hojas completas quedaran por encima y bien traslapadas para poder hacer un mínimo desplazamiento sin desordenar, levantar, doblar, arrugar esos periódicos sobre los que pisaba, bailaba y hacía ejercicios echado, sentado y de pie, sin sentir el frío ni la aspereza del cemento del piso.

Me desagrada que, mientras hablaba con el Amigo, me surgiera esa necesidad imperiosa de defecar; pero es que el inconsciente —el que maneja los hilos del comportamiento de las vísceras y los delicados aparatos y síntomas del organismo— percibe, capta y expresa y lo hace con ingenuidad, espontaneidad y sencillez, expresando emociones totalmente dispares

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

a lo que puede sentirse en un momento determinado, pero igualmente, si no más sólidas.

Así sea reiterativo sigo tratando el asunto de lo poco que hay de rescatable en nuestra televisión.

Cuando planteo la posibilidad del cambio del otro, en este caso de uno de los secuestradores, por el placer que yo le proporcione, estoy suponiendo en el otro una identificación con el agredido, con la víctima que, gracias a ese proceso, adquiere acceso a algo de ese poder del que ha sido deprivado por el acto brutal de fuerza que es el secuestro logrado. Al momento de escribir las líneas anteriores donde se esboza lo que luego reconoceré como Efecto Lima, mi pensamiento hurga, dialécticamente, en un episodio biográfico vinculado al Efecto Estocolmo.

Tenía cinco años cuando volví al Perú. Llegamos al Jr. Puno, calle Gallinazos 332. Era una casa republicana, en pleno centro de Lima, con patio y cuatro columnas, y que ya han demolido.

Mi padre era un hombre muy simpático y yo lo sentía como mi aliado, esto hizo que las cosas entre mi madre y yo se distendieran un poco, sólo un poco. Después del infierno barcelonés, era lógico que yo me refugiara en mi padre, que siempre me brindó un trato dulce, humano, cálido. El no era de pegar, y mi madre, desde que empezamos a vivir en Lima, tampoco me pegaba, pero ya existía de mí hacia ella una barrera invencible de temor, fastidio y desapego. Mi madre era una mujer muy ambiciosa y exigente, incluso consigo misma. No sé qué hizo ni con quién habló en el Ministerio de Educación, pero el caso es que me hizo estudiar la primaria y el primero de secundaria en tres años, como alumno libre. Ella podía hacer eso y más. Lo

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

que imperaba en la casa, en esos dos a tres primeros años del retorno al Perú, era el ímpetu educativo y cultural que mi madre imponía. Entraban y salían profesores; mi madre preparaba los horarios y ella misma asumía algunas clases, nos orientaba y nos hacía estudiar. Ante esa imposición se alzó mi rebeldía relatada en el manuscrito, y que impidió una total sumisión a quien detentaba el poder (mi madre), con mediación de mi padre, que actuó como negociador.

En efecto, mi papá era muy tranquilo. Su estilo era de sobrellevar las cosas. "Ya, ya, María", decía cuando ella se alteraba. "No te pongas así", le decía, y ella se tranquilizaba, o así me lo parecía.

Este episodio, que rescaté durante el cautiverio, me parece desolador y fue impactante y doloroso. Como sucede frecuentemente en los años que siguieron, hubo un proceso de identificación con el agresor en diversos aspectos, incluyendo la asimilación de prejuicios raciales, sociales y religiosos de extrema violencia y que, pese a mi rechazo intelectual, formaron mi bagaje ideológico, algunos hasta mi adultez; paulatinamente fui desarticulando esta estructura de prejuicios y violencia (ambos muy controlados y que, cuando eran expresados, resultaban aceptables y hasta usuales y valorados en el medio socioeconómico cultural en que la familia se movía). En todo este proceso vi germinar mi posición cada vez más clara y definida por la no violencia, a la par de la creciente importancia que le doy a las relaciones fundamentadas en el amor y el diálogo mesurado. Vale y vence el poder del amor sobre el poder de la fuerza.

En la noche me piden el manuscrito para revisarlo. Les digo:

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

¡No me creerán tan sonso de escribir cosas contra ustedes!

No es eso doctor, sino que hay que tomar precauciones, —dice Freyre, y agrega: Ahora mismo vamos a limpiar bien su maletín y lo que hay dentro para devolvérselo y que no queden huellas digitales.

No escribo nada más durante el tiempo que aún me queda de cautiverio.

El ánimo era festivo, los tres, Freyre, el Amigo y yo, teníamos presentimientos de que todo terminaría para bien (ellos tendrían el dinero y yo, mi libertad). En algún momento se me acercó Freyre —con quien en más de una ocasión hablamos sobre el identikit, los identikits que habían aparecido en diversos periódicos en el curso de los días que duraba el secuestro, y que habían ido cambiando progresivamente; empezando con un cierto parecido con Freyre, habían acabado con una forma de cara y unas facciones que recordaban al canciller Tudela, lo cual no podía menos que hacerlos sonreír. Es por eso que en un determinado momento se me acercó Freyre y me dijo: Doctor, cuando usted haga declaraciones a la policía, diga que yo tengo una verruga o una cicatriz en la cara, o algo así, lo mejor sería que usted diga que tengo una cicatriz. Yo lo miré entre asombrado, estupefacto y enternecido. Asombrado porque este hombre me sentía como un amigo que lo iba a ayudar; estupefacto porque con lo que decía me convertía en cómplice de mi propio secuestro, y enternecido por la ingenuidad de este hombre que, habiendo delinquido, atentado contra mi persona, me consideraba amigo suyo, hacía un llamado al nexo afectivo establecido entre nosotros —efectos Estocolmo y Lima, sobre todo este último— para aliviarlo de sus pesares, esto es, para evadir

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

la garra de la justicia, como si yo fuera un padre bueno, una madre nutricia y me consideraba dueño de su destino, que estaba en mis manos: de mi declaración dependía que la policía tuviera más o menos datos que favorecieran su captura o permitieran su libertad e impunidad.

Esa noche dormí muy inquieto; sin duda, lo placentero puede ser tan inquietante como lo penoso.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

5

La liberación

Viernes 5 de julio

Despierto con expectativa de libertad. Desayuno, y paso la mañana viendo televisión. Al mediodía almuerzo con poco apetito. Yo seguía con el mismo buzo plomo, las mismas pantuflas de cuero, y las medias de lana gruesa que me dieron cuando llegué.

Advierto en Freyre y el Amigo la misma agitación que siento en mí mismo. De manera que hoy viernes me dejan en libertad. ¿A qué hora? Iba con mis preguntas a lo mío, que es preguntar.

A eso de las cuatro se aparece Freyre y me dice: A las siete nos vamos. Le vamos a entregar su ropa y todas sus cosas.

¿Y mi maletín? ¿Y mi manuscrito? —pregunto.

También, doctor —agrega con cierto orgullo profesional. Hemos limpiado las huellas, usted sabe, ¿no? —agrega y se va a traer la ropa que llevaba puesta cuando me secuestraron.

La reviso, está todo en orden. Estoy volviendo al terno y a la corbata, cuando retorna Freyre y dice:

Doctor, lo vamos a llevar en la parte de atrás de una camioneta, echado, amarrado y con los ojos vendados.

Yo me digo a mí mismo: "Carajo, esto no me gusta pero

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

qué le vamos a hacer, es el final de esta situación". Pienso: "pucha, si hay una persecución con balacera y disparan desde atrás estoy fregado, me van a perforar varias veces". En eso Freyre agrega: A menos, doctor, que usted quiera quitarse la barba, en ese caso iría sentado en el asiento posterior, sin amarrar y con los ojos tapados como si fuera operado de los ojos.

No lo dudo un instante y me avengo a la propuesta. Instantes después me traen una máquina de afeitar descartable y un espejo (es la primera vez que me veo la cara en diecisiete días y no me gusto). Me empiezo a afeitar y después de varias pasadas la hoja se embota, por lo que sale el Amigo a comprar otra. Sigo afeitándome hasta verme sin pelos en la cara (al mirarme tampoco me gusta, es más, me gusto menos que con barba pues se marcan las arrugas, se nota más lo demacrado que estoy y la piel está inflamada por la afeitada "a como dé lugar").

Mientras se suceden las conversaciones y hechos en torno a la barba he recordado que, cuando tenía 22 años, mi padre me contó que los médicos en España usaban barba, que eso "iba bien con la profesión". Por cariño y consideración hacia mi padre me dejé crecer la barba, que no se usaba en esa época, 1947, y era motivo de chanzas, bromas grotescas y hasta insultos al paso de gente basta y procaz. La decisión de mantener la barba era firme, pero cierto es que la primera vez que me la afeité fue en Sevilla, en 1950, cuando conocí a una gitana, bailarina de flamenco, con quien sostuve una larga y seductora charla que culminó cuando me dijo que tendríamos acercamientos más cálidos si yo me afeitaba...y me afeité. Pero cuando al día siguiente fui a buscarla, con la cara tersa blanca, la gitana se había esfumado. Muchos años después, a fines de

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

1970, cuando empezaba el proceso de mi separación, en la búsqueda de una renovación total de mi vida y mi apariencia me afeité justo antes de salir de campamento con mis hijos; cuando quince días después regresé de campamento tenía nuevamente la barba, incipiente por cierto, pero barba al fin.

En esos momentos mi mente, entre traviesa y alegre por la inminente liberación, saltó a otro recuerdo, esta vez de 1951, cuando estuve en Nueva York asistiendo en el trabajo del hospital donde, entre otros varios, frecuenté a un colega amigo que estaba en psicoanálisis —entre didáctico y terapéutico— desde hacía tres años y estaba a punto de terminarlo. En el curso de alguna conversación, el buen colega me espetó que yo debía tener un grave problema edípico, de identificación, ya que me tenía que dejar la barba para asemejarme, simbólicamente, a mi padre (debo recordar que en esa época en Estados Unidos nadie usaba barba, y digo nadie); mi respuesta inmediata fue: Mi querido amigo, tú debes tener un proceso bastante serio de homosexualidad, ya que al afeitarte haces todo lo posible por identificarte con el símbolo materno, lampiño y de cutis terso. La respuesta de mi buen amigo fue algo así como: Mira, lo mejor es que no sigamos hablando de interpretaciones ni de pros y contras del psicoanálisis porque eso me significaría, posiblemente, un año más de análisis con todo el costo que ello lleva consigo. Después de esto ambos nos reímos, es más, soltamos la carcajada y nos fuimos a la cafetería para sellar nuestro encuentro.

Me quedo un rato sentado en la silla, listo para salir, con demasiada vehemencia para pensar pausadamente. Acabo de vestirme. Freyre y el Amigo abren la reja, me siento en la silla y, sobre los ojos cerrados, Freyre me pone sendos parches de algodón y gasa, pegados con esparadrapo. Luego Amigo me

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

dice: Doctor, ponga sus brazos sobre mis hombros. Yo voy a guiarlo, no le va a pasar nada.

Salimos de la celda, tomamos la derecha, seguimos recto unos pocos metros más.

Pare, doctor —me dice el Amigo.

Quedamos inmóviles un rato y Freyre me explica: No se preocupe, doctor, están escribiendo una nota para usted y su hijo. Está en las mismas hojas en que usted ha escrito y se las pongo en su maletín.

A los pocos segundos seguimos camino.

Alguien abre la puerta del portón metálico. Un viento fresco me da en la cara. Freyre me dice: Doctor, aquí le doy un billete de 20 soles para el taxi. Me pone en la mano un billete que yo pongo en mi bolsillo. Ahora suba al carro, agrega. Subo a un vehículo alto, que huele a nuevo, y sale volando; siento que es una camioneta, un camionetón. Deben ser las siete. Viajo al lado de Amigo, que me dice que me eche y me guía del hombro. En sus piernas hay una almohadilla. El vehículo vuela sobre una carretera asfaltada, vamos con la radio fuerte que va dando la hora. La música no impide que sienta las sacudidas que supongo son los sollozos del Amigo, le estrecho la mano.

Alrededor de las 7.45 de la noche y habiendo hecho un viaje prácticamente sin paradas, alguien baja el volumen de la radio y Freyre dice: Baje, doctor.

El Amigo me ayuda a bajar; ¿Y mi maletín? —pregunto; Freyre responde: Está a su derecha —y me sigue hablando. No se quite los parches enseguida. Cuente hasta diez y se los quita.

Escucho el rugido del motor, inmediatamente me arranco los parches y sólo veo unas luces rojas alejándose. Estoy parado en medio de una calle oscura pero...¡estoy libre!

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Epílogo

El secuestro ha sido una experiencia límite. Hondamente vivida, como lo fueron la tuberculosis —en soledad en Viena, en 1951, también con la muerte rondándome— y el primer grupo de relaciones humanas vivido conjuntamente con más pacientes en 1977, con la vida, el afecto brotando a borbotones. Ambas experiencias como todas las situaciones, tienen de común denominador, en sus momentos más álgidos, la soledad. Se nace y se muere solo, y las experiencias del éxtasis y del orgasmo —que a veces van juntas— se viven también en soledad. Así haya simultaneidad vivencial con una o varias personas, se trata de experiencias vividas paralelamente, cada cual con su éxtasis o su muerte, solitarios a cuestas.

Durante el confinamiento solitario del secuestro pude sufrir y gozar mi soledad, parecida en algo a la experiencia de Viena, con la diferencia que aquella vez no tuve el apoyo, que yo sentía entrañable, de mis hijos. Esta vez el encierro fue solitario y, si bien secuestradores y secuestrado nos comunicábamos de modo adecuado, la situación misma hacía difícil, sino imposible, dialogar sobre ciertos temas. Lo cierto es que la soledad puede ser creativa o destructiva. En este sentido, las vivencias del secuestro me han dado más de lo que me han mermado.

Observando a Freyre y al Amigo, escuchándolos, escudri-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

ñando sus actitudes me llenaba de pensamientos, de reflexiones. He sufrido, sí, una experiencia muy violenta y dolorosa, pero de ella he extraído algunas lecciones que me parece indispensable compartir:

Tanto durante como después de mi secuestro me fue muy sorprendente la adjudicación, fantasiosa a todas luces, de poderes sugestivos y de una cierta omnipotencia conferida por los medios de comunicación y las personas que me conocían, respecto a mi capacidad de manejar la situación, de controlar —supongo que algunos pensarían, hipnotizar— a los secuestradores, enfatizando la dificultad que tendrían ellos para llevar el asunto a buen término debido a esos mismos poderes. Eso motivó más de un comentario humorístico que a mí no me hizo gracia alguna, entre otras cosas porque sabía que no era cierto y porque pensaba que tales comentarios pondrían más en guardia a mis secuestradores con lo cual cambiaría su trato, hasta ese momento cordial.

En ningún momento tuve la sensación de estar manejando la situación. Con un criterio realista me sabía supeditado a las negociaciones entre mis secuestradores y los negociadores de mi liberación, es decir, mis hijos y sus asesores. La noción del Efecto Lima la llegué a precisar al aprehender paulatinamente los vínculos afectivos de simpatía, solidaridad y hasta complicidad entre mis captores y yo, sin que con ello apareciera la sensación de estar manejando la situación, pese a que el Efecto Lima favorece un adecuado giro de la comunicación. Por otra parte, no escapaba a mi entendimiento que aquellos con quienes se estaba produciendo el Efecto Lima no eran los que

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

tenían la palabra durante la negociación, aunque uno de ellos (Freyre-Escobar) decía ser quien sostuvo algunas de las primeras negociaciones telefónicas con mi hijo Antonio.

Una vez más esto hace pensar en la importancia que tienen los medios de comunicación en cuanto a crear un clima favorable o desfavorable para la negociación, en función de despertar ansiedades, suspicacias, incertidumbres o hasta incomodidad y violencia innecesarias que hacen peligrar, o al menos dificultan, la buena marcha de la negociación, o incluso pueden agravar el trato al secuestrado o rehén y, en última instancia, provocar pérdida de vidas.

¿Cuál es la motivación de un secuestrador? Tratándose de un secuestro comercial —el secuestro político ha de ser considerado de forma algo diferente— el secuestrador actúa por codicia de dinero. Se trata de un delincuente, un hombre violento a quien la codicia anima; ansía lo que no tiene, y para lograrlo pone en juego la libertad y, a veces, la vida del secuestrado y con ello mantiene en vilo a sus familiares y allegados para poderlos extorsionar. El secuestrador actúa movido por uno de los impulsos básicos del ser humano —la obtención de poder—, en este caso a través del afán de posesión del dinero como símbolo y medio para alcanzarlo. Lo anima, en otras palabras, el deseo de alcanzar un valor que puede asirse y medirse como es el dinero; ello en desmedro de otros valores, inasibles, como son los valores sociales, estéticos, eróticos y religiosos, ecológicos y biófilos (orientados hacia la vida).

Esto es consecuencia —entre muchas otras— de que en toda época el ser humano ha estado normado por valores y

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

disvalores[1] o valores equívocos. Paulatinamente, nuestra sociedad está siendo regida cada vez más por la anomia, o falta de valores; aunque mejor sería emplear el término disnomia[2], que significa valores alterados. En todos los tiempos ha habido y hay seres humanos que no buscan la trascendencia en la belleza, el amor, la vida, la religión o la naturaleza: buscan la trascendencia en el poder, fundamentado —errónea y exclusivamente— en la fuerza, la violencia y la riqueza...

Nuestra sociedad continúa cada vez más arrobada en la adoración del becerro de oro como en los tiempos bíblicos, cuando la gente adoraba ese símbolo del falso dios. La gente adora hoy al becerro del dólar como símbolo sacrosanto. Esta codicia está en relación con la disnomia, con los valores alterados. Durante el secuestro, los secuestradores hacen gala y se aprovechan del poder violento, de su fuerza física y de la que les da las armas, calculando que éstas sean superiores al que suponen tiene la víctima, lo cual implica un abuso del poder.

Pero, además, el secuestrador hace gala de una posibilidad, exclusiva del animal humano, que ahora parece en apogeo: la de mentir, de ser hipócritas. El secuestrador, como suelen ser casi todos los delincuentes, es mendaz e hipócrita. Se trata de un sujeto fementido y mentiroso. Dice una cosa, pero hace otra. El secuestrador es la expresión más brillante del doblez y la mendacidad. Es un sujeto alienado, no en el sentido de ser un enfermo psicótico, sino por ser una persona que en realidad no es el lo que aparenta ser y tiene, por ende, una doble conducta.

[1] Disvalor es un neologismo que expresa un valor alterado, inadecuado, indeseable, dentro de una escala de valores deseables, adecuados, valiosos.

[2] También un neologismo.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Toda la conducta, toda la trayectoria del secuestrador se caracteriza por la inautenticidad en todos los sentidos a tal punto que cuando es bueno es malo, simultáneamente, a sabiendas y voluntariamente. Se presenta como una persona bondadosa, y esa apariencia colisiona con otro aspecto básico de su personalidad, que es la crueldad. Durante el secuestro, mis captores decían que todo iba a salir bien, pero sabían que algo no estaba saliendo bien. Cuando se referían al autor intelectual del secuestro hablaban siempre de "ellos", de "los otros", cuando se trataba de "uno", en este caso, de Higueras. Lo que prima durante todo el proceso en las mentes de los secuestradores es la falsía, algo muy común en nuestra sociedad. Constantemente la gente es víctima de engaños, como la estafa. El año pasado, con motivo de la Feria del Libro, me invitaron a una serie de conferencias sobre Los Pecados Capitales, y me pidieron que hablara sobre la ira, pero yo dije que no iba a hablar de la ira, sino de la mentira. Los organizadores me dijeron que la mentira no era un pecado capital. Les respondí que para mí la mentira era el octavo pecado capital, en el que siempre se compromete, directamente, no sólo uno mismo, sino al otro. La mentira se constituye como una posibilidad de manejo de todos los pecados capitales. Y cada uno de estos se puede mantener en la medida en que la persona se engañe y se mienta a sí misma.

La codicia de poder, entendida como el afán de poder obtenido de cualquier modo, y la mentira son dos aspectos psicológicos fundamentales en muchas situaciones de violencia, sea ella social, racial, delictiva, política, religiosa o de otra índole. Nuestra sociedad ensalza la "viveza" como un valor positivo, y la viveza criolla viene a ser su galardón fundamental. A esta situación se ha llegado, entre otras razones, por la

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

banalización de lo inadecuado, la banalización de la mentira, de la corrupción y la violencia. Ninguno de esos procesos parecen tener importancia: son cotidianos, frecuentes, nos son familiares, forman parte de la estructura social en que vivimos; todos sufrimos y participamos de ellos, a veces como víctimas, otras como agentes, otras como observadores presuntamente no participantes pero, a sabiendas o no, participando por no oponernos a la vejación del otro. Cuando a alguien lo asaltan o lo secuestran, no prima el oprobio sobre el secuestrador o el asaltante. No brota la indignación sobre el acto mismo. Prima en realidad, entre nosotros, la noción de que uno es medio zonzo, y por eso es que se ha dejado asaltar o secuestrar. La dialéctica del proceso de confianza-desconfianza tiene muchas facetas y complicaciones. En alguna conversación Freyre me decía: Usted es demasiado confiado, doctor. Yo le di, cuando fui a verlo a su consultorio, una dirección y un número telefónico. Si usted hubiera chequeado ese número antes de hacer la visita domiciliaria, posiblemente no le habrían respondido o le habría respondido alguien que no tenía idea sobre la visita y usted habría entrado en sospecha. ¡Posiblemente no lo habríamos secuestrado!

Lo pensé: efectivamente, varios de los incidentes violentos que me han pasado en la vida han sido por tenerle confianza a la gente en general, y en particular a la que viene en busca de atención. En todo caso, es evidente que la violencia estructural hace que sea conveniente permanecer en estado de alerta, lo que merma la posibilidad de acoger relajadamente al prójimo. Así es como se genera el sentimiento de culpa en la víctima. Todo esto es consecuencia de la vigencia de disvalores que se mantienen muy patentes entre nosotros: ellos corresponden a

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

la lucha ancestral determinada por el enfrentamiento de prejuicios, ideologías y creencias de ciertos grupos y subgrupos, en cierto modo subculturales, sociales o de culturas sociales paralelas.

Uno de los hechos que más me impactaron luego de mi liberación fue la demostración, tan poderosa, de solidaridad social hacia el secuestrado; ello sobre todo de parte de personas poco conocidas por mí e incluso desconocidas.

Paralelamente, y en grado menor, fui apreciando un alto nivel de solidaridad y de consideración hacia el secuestrador Higueras, por ser "conocido", por el hecho de pertenecer a lo que se podría llamar "la alta sociedad" de una importante ciudad del país; cada vez que he conversado con algún relacionado lejano o amigo del cabecilla de los secuestradores, se establece el siguiente diálogo-tipo: "¿Y cómo van las cosas, Mariano? (o doctor, según los casos). Yo, bastante bien. Ah, qué bien, pero yo me refiero a cómo estará su secuestrador. ¡Pobrecito! Resulta que yo lo conozco (o que es mi pariente lejano o político) y me da mucha pena. ¿Dónde está? ¿Cuán larga sentencia le van a dar?" Y todo ello en un tono de gran identificación con el agresor, lo cual nunca deja de sorprenderme.

Asimismo, he podido ratificar que nuestro país no deja de ser clasista. Cuando en el curso de los meses que siguieron a la liberación tuve que ir a Canto Grande para una declaración me encontré, en la sala habilitada para la administración de justicia, con el Amigo, que circunstancialmente se encontraba allí prestando su declaración. Nos saludamos y le pregunté cómo lo trataban; me respondió: Ahí vamos, doctor. Escobar y yo estamos en un pabellón bravo, con gente avezada. Higueras está en cárcel dorada, junto a Manrique y otros por el estilo. Pienso que

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

por ahí va la cosa a la que se refiere Ramiro Escobar de la Cruz cuando dice que deberíamos pensar cómo es que se genera el resentimiento y la alienación, cuando cada uno de nosotros está alienado por sus propios prejuicios, que sirven para una manipulación del poder a fin de que se cometan injusticias o para que la justicia sea desigual para pobres o ricos, para "gente bien" o "gente cualquiera", para "gente que entiende" o para "gente que no entiende", para "blancos" o "cholos".

El lema libertad-igualdad-fraternidad debería modificarse, ya que sólo con el reconocimiento de nuestras desigualdades —en la aceptación y acogida que les demos— se formarán las bases para una convivencia pacífica sin que ésta signifique una elección entre el que tiene poder y el que no lo tiene, entre los de clase alta y los de clase baja. Sólo en el reconocimiento de las desigualdades, honesta y sinceramente consideradas como realidad social, puede darse la posibilidad de una igualdad entre pobres y ricos, poderosos e inermes, ante la justicia.

Para muchos mentir o ser hipócritas son aspectos de la supervivencia, una manera de seguir, de mantenerse en un sistema donde la crítica abierta es impensable y donde la discrepancia ideológica con tolerancia es inconcebible.

Se confunde el pragmatismo con la falta de escrúpulos, y la astucia con la corrupción. Vivimos en una sociedad corrupta y mendaz; somos una sociedad de posiciones contradictorias, pero no resueltas ni integradas en una estructura creativa saludable. Sólo conviene mostrar las partes adecuadas, convenientes, no chocantes, "buenas", "morales", y para ello se recurre a la hipocresía. El origen de todo esto está en la educación, mejor aun, en el proceso educativo. Al hombre se le enseña a tener una sexualidad libre. A la mujer se le enseña a reprimir su

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

sexualidad. En lo que es sexual y en lo que es erotismo, se condiciona la frustración, tanto en el hombre como en la mujer, y se genera la violencia sexual, particularmente en el hombre.

Al hombre se le enseña a triunfar a como dé lugar, incluso a la fuerza y con violencia. La política, la delincuencia, pueden ser un camino, de diferente orden conceptual, hacia el triunfo "a como dé lugar".

A los niños se les enseña a obedecer ciegamente pero, al mismo tiempo, el niño ve que hay posibilidades de rebelión; se establece una situación de dicotomía, de conflicto dialéctico, que origina que las cosas no vayan bien a partir de la adolescencia. Al niño y a la niña se les enseña a no mentir, que se debe obedecer, ser puros, respetar el hogar, y se les hace incorporar una serie de valores considerados universales, usualmente normados y teñidos de un fundamentalismo religioso en el sentido de ser revelados por un poder supremo, que no van a poder utilizar en la jungla social en que vivimos. Cuando los niños llegan a los 14, 15 años, comprueban que todo lo que se les ha enseñado es improcedente e inaplicable: los padres mienten, el papá hace lo que le da la gana, la madre está sometida a una presión que la deshumaniza, el que tiene el poder manda y medra, independientemente de cómo lo obtuvo y de cómo lo ejerce.

Pasa entonces que toda la armazón normativa se desmorona, y el muchacho descubre que el mundo de valores excelsos que le han inculcado no le sirve para nada en un mundo donde campeonan los disvalores. Como resultado el joven adulto tiene que hacerse otro mundo interior, porque ha descubierto que sus padres y superiores no aplican las normas que le han inculcado y sufre ese penoso proceso de la adolescencia que es

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

la pérdida de la fe.

Esto en el mejor de los casos, pues puede suceder que al niño se le inculque prepotencia, violencia y autoafirmación por el poder en cualquiera de sus formas. Estos son factores que favorecen la aparición de conductas violentas. Pero lo espantoso en nuestra sociedad es que la violencia y todas las conductas anómalas son banalizadas. No se les da importancia, pero sí importa tener un carro último modelo, una casa suntuosa, ropa de moda. Lo terrible de todo es la importancia que se les da a los disvalores y a los valores tangibles.

Todo esto, así como lo contrario, resulta del proceso educativo. Educativo en el sentido de que lo realiza el individuo dentro de sí, consigo mismo, lo que constituye la forma más efectiva, más cabal de educación. De lo que se trata es de un proceso cultural y de cambio en las normas educativas actuales, y en los fines que con la educación se pretende alcanzar.

Al niño se le enseña que mejor es tener un televisor inmenso que, por ejemplo, una colección de libros. Y es que nuestra sociedad enfatiza los seudovalores. Concretamente, los valores económicos y el poder. Se enaltecen figuras crueles y necrófilas de la historia, las de grandes guerreros y conquistadores que vivieron matando a diestra y siniestra en todo el mundo: los César, los Aníbal, los Carlos V, los Cortés, los Pizarro y los Aguirre. En cambio los filósofos, los grandes pensadores, los inventores quedan en la sombra, relegados a un segundo plano; ni se les conoce, o se les conoce muy poco. Mucha más gente conoce a Napoleón que a Montesquieu, a Hitler que a Einstein. Ello significa y equivale a promover la cultura necrófila, la de la muerte, con lo cual no se hace otra cosa que

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

idealizar la violencia, educar en la violencia y producir seres violentos.

Hay, sin embargo, señales de esperanza. Una de ellas es que en esta época, más que en las anteriores, hay una gran tendencia mundial hacia el rescate de los valores humanos y una búsqueda de alternativas a la violencia armada. Los valores humanos deseables se están defendiendo cada vez más. En estos tiempos se está haciendo de los derechos humanos una posibilidad de lograr libertad aceptando la libertad del otro de disentir, lo cual está dando resultados porque lenta pero firmemente se va creando una conciencia del valor de la vida y de la paz —pese a la desigualdad de raza, ideología, religión, cultura— sustentada en la tolerancia.

Antes, pocos se preocupaban si a los heridos de guerra se les remataba. Ello formaba parte de los usos de la guerra. Ahora no es así. Es cierto que siguen existiendo, y hasta están resurgiendo, la xenofobia, el racismo, la intolerancia religiosa y la no aceptación de la libertad del otro para disentir, que son la antinomia del respeto a los derechos humanos.

En otras palabras, lo que ocurre es siempre dialéctico. En el manuscrito del secuestro está dicho que todo sentimiento trae consigo el germen de su contrario. Es de esperar que cuando se plantea: "vamos a ser todos iguales independientemente de la raza", va a surgir alguien que de ninguna manera lo va a admitir, que va a decir: "tenemos que diferenciarnos, porque el más fuerte tiene que predominar. Y yo soy el más fuerte". El lema "libertad-igualdad-fraternidad", ha de modificarse por otro que diga "libertad-desigualdad-fraternidad", porque la desigualdad entre los hombres va a existir siempre. Siempre va a haber gente y religiones distintas, gente que fundamente su vivir en bienes

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

asibles y gente que fundamente su vivir en bienes inasibles. Lo importante es aceptar la desigualdad como realidad y tolerarla en solidaridad recíproca, posibilitando la mayor igualdad ante la justicia.

En el curso del cautiverio fui comprobando que Freyre y el Amigo, como ya he dicho, veían muchas cosas como las veía yo y esto, reitero, fue el inicio de un proceso de empatía que tiene características muy valiosas en el estudio del comportamiento humano en situaciones límite. Debido a razones por todos conocidas, la prensa nacional y extranjera ha venido ocupándose —con conocimiento y sin él, responsablemente y con irresponsabilidad— del "Síndrome de Estocolmo". Después de la intensa experiencia vivida y con eso que se llama "conocimiento de causa", estas son mis reflexiones sobre el particular:

A raíz de una toma de rehenes acaecida en la ciudad de Estocolmo, hace algunos años, y dadas las consecuencias psicológicas que tuvo —entre otras que los rehenes asumieran la ideología de sus captores con quienes colaboraron protegiéndolos para y durante el escape—, se acuñó el término "Síndrome de Estocolmo". Según éste, el rehén se aviene a la conducta del captor, acepta y defiende la ideología de quien lo ha capturado, y genera un vínculo emocional y afectivo, de intensidad variable, que establece un nexo más o menos erotizado entre captor y rehén. Todo lo anterior está lógicamente sometido a la inmensa variabilidad de los procesos psicológicos, lo que permite apreciar una gama de variantes que van desde el simple reconocimiento del valor de la ideología del captor hasta el establecimiento de nexos amorosos que pueden conducir al matrimonio entre raptor y rehén, pasando por el surgimiento de una relación de amistad duradera y significativa.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

En todos los casos, han de considerarse las diversas posibilidades en función del género de los rehenes y de los captores. Se trata, en suma, de un proceso de identificación con el agresor.

El 19 de julio de 1996, pocos días después de liberado, en la asamblea general extraordinaria de solidaridad organizada por la Asociación Psiquiátrica Peruana, relaté mi secuestro. En esa ocasión presenté la condición por la cual me fue muy claro que los secuestradores, por momentos y por las razones que fueran, asumieron actitudes y comportamientos que hablaban de una aceptación de mis ideas, normas y actitudes, tanto en el aspecto racional como en el orden de lo ético. Todo eso se fundamentaba en un nexo, básicamente emocional, de simpatía, empatía, camaradería y comunicación adecuada, con componentes conscientes e inconscientes, todo lo cual favorecía el acercamiento humano, así como el reconocimiento de mi dignidad y de mis planteamientos intelectuales y normativos, en el sentido de un avenimiento de la posición de los secuestradores a la del secuestrado. Este nexo de identificación con el agredido por parte del agresor, que denominé Efecto Lima, hizo más llevadera mi permanencia en el cautiverio, y fue un factor importante para que no hubiera más violencia de la ya determinada por el secuestro mismo.

Meditando sobre el tema de las relaciones entre secuestrado(s) y secuestrador(es), es claro que realmente el Síndrome de Estocolmo no era tal, sino un resultado deseable de una convivencia con diálogo verbal e intercambio afectivo. En efecto, un síndrome corresponde a la agrupación de determinados síntomas y signos relacionada a ciertos estados patológicos. Ahora bien, los nexos emocionales descritos no son patológicos; antes

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

bien esos efectos, Estocolmo y Lima, expresan una saludable búsqueda recíproca de un balance hacia la solución de ese desequilibrio de poder y del uso inadecuado de éste, para alcanzar determinados objetivos —económicos o ideológicos— que constituye la base del secuestro y de la toma de rehenes.

Estas condiciones emocionales de avenimiento del agredido hacia los planteamientos del agresor y, *mutatis mutandis*, del agresor hacia los planteamientos del agredido, esto es Efecto Estocolmo y Efecto Lima respectivamente, se dan simultáneamente y conllevan una carga emocional, afectiva, simpática y, a veces, incluso amorosa.

Los efectos Estocolmo y Lima constituyen aspectos saludables de la relación violentador-violentado y conducen al surgimiento de tolerancia, de reconocimiento de valores y otros estados psicológicos que flexibilizan el conflicto, facilitan la negociación y conducen a la concertación deseada.

El Efecto Lima y el Efecto Estocolmo pueden tener, tanto en su intensidad como en sus características, una gran variabilidad. En ciertos casos es posible que alguno, o los dos, prácticamente no se manifiesten aunque, teóricamente, hay que pensar que en todos los casos se han de dar, así sea esbozados, pues son el resultado de la relación entre seres humanos que, lo quieran o no, consciente o inconscientemente, van a desarrollar sentimientos como producto de esa relación. Para los que ejercemos una profesión vinculada al ser humano y a las relaciones interpersonales, el conocimiento de estos hechos es importante y si bien en última instancia y en casos extremos ellos pueden ser difícilmente reconocibles, su manejo adecuado es necesario aunque resulte complicado.

La existencia de estos efectos y su promoción, particular-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

mente del Efecto Lima, significa la disminución de la violencia en la relación entre secuestrado y secuestrador, y en su grado más dramático puede llegar a ser la piedra de toque para que la liberación o el rescate sean pacíficos y no armados.

En concordancia con lo anterior, el análisis del Efecto Lima en el caso de la retención masiva de rehenes en la Embajada de Japón no puede todavía describirse con nombres propios ya que este efecto, que surge en la relación entre captores y rehenes, sólo ha podido conocerse de modo indirecto por inducción a través de la conducta del grupo de captores emerretistas que, en el curso de los días, han mostrado una disminución de la violencia inicial hacia una conducta siempre violenta pero más discriminada, selectivamente violenta, con avenimiento a ciertas normas de la solidaridad humana tales como la liberación, en primer lugar, de las mujeres, luego la de ciertas personas en estado delicado de salud y por último de aquellas que los emerretistas han considerado de poco o ningún valor en la lucha política. Otro de los aspectos del Efecto Lima está demostrado, de modo indirecto, a través de los diversos comunicados emitidos, particularmente el primero, suscrito por cerca de cuarenta rehenes.

En esto y en haber priorizado el diálogo verbal sobre el diálogo de las armas, que tanto los emerretistas como los rehenes y el Estado han demostrado, están planteando de modo indirecto la existencia de un Efecto Lima, saludable y adecuado a la mejor solución del problema.

El arma preferida del terrorista es el terror a través de cualquier sistema que lo produzca y, muy en especial, merced al uso de armas de gran poder mortífero. El uso del diálogo verbal, oral o escrito por parte del agresor (terrorista, secuestrador,

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

según sea el caso) es una alternativa que demuestra una disminución de su impulso tanático, es decir de muerte, y si hay solidaridad humana y disposición al diálogo, tanto de parte de capturados y sus representantes como de los captores, se está asistiendo al incremento del Efecto Lima. Y ello, cosa muy importante, significa una disminución del impulso violento del agresor; con lo cual se mantiene la posición dialógica verbal, deseada por el capturado y los negociadores.

La omnipotencia psiquiátrica es una fantasía proyectiva de quien la expresa. Por otra parte ha de quedar claro que no es necesario ser psiquiatra ni tener preparación alguna para que se presente el Efecto Lima, que es un resultante involuntario e inconsciente de la interacción emocional entre captores y rehenes o entre secuestrados y secuestradores; ello sin dejar de reconocer que el conocimiento de las relaciones humanas puede ser de utilidad para sacar la mayor ventaja de los efectos Lima y Estocolmo, en el sentido de disminuir los rigores del cautiverio y hacerlo más llevadero. Los efectos Lima y Estocolmo y su debido manejo pueden significar la diferencia entre la vida o la muerte de la o las víctimas, de sus captores y de cualquier otra persona, en esa terrible situación límite que es la pérdida de la libertad del tipo abducción, sea rapto, secuestro o toma de rehenes.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

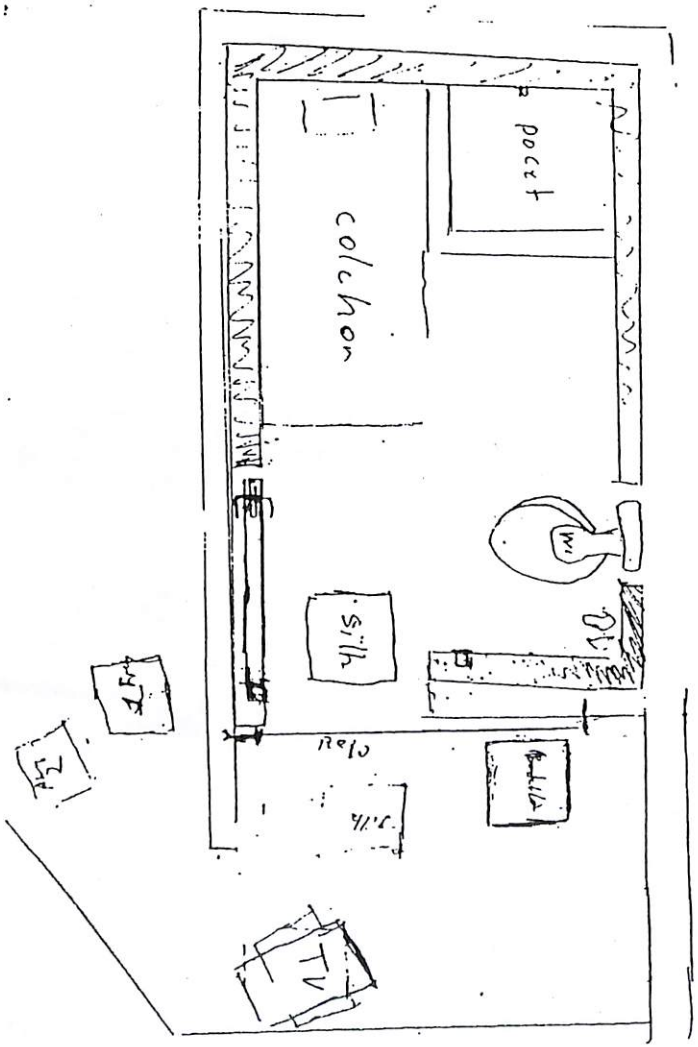


Diagrama 1. Vista de planta de la celda dibujada por el secuestrado.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

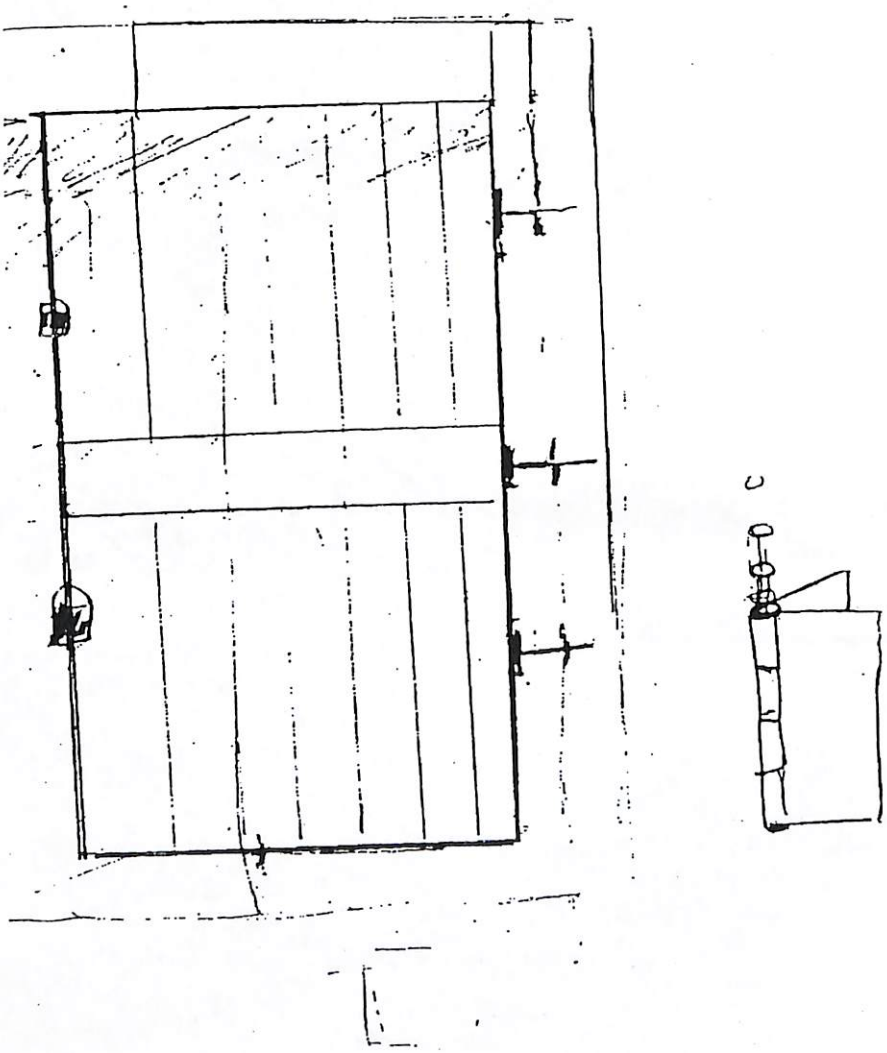


Diagrama 2. Dibujo de la reja vista desde el interior de la celda, trazado por el autor. La parte sombreada no le era visible al secuestrado, pues la pared se lo impedía.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

96/06/24 5h (?) 1

Estoy secuestrado y tengo miedo.
¿A qué? a la muerte, al dolor en
todas sus formas. cautiverio, tortura
separación. También tengo valor
ante esta situación insólita, inesperada
aunque, sorprendentemente, hace
uno o dos meses cada vez que en la
mañana ~~salud~~ salía del garaje a
veces pensaba y actuaba como si
me fueran a asaltar por ello entra
ba al auto, encendía el motor, cerra
ba el pestillo (pensando que si se
demoraba podía morir envenenado por
los gases del escape), enganchaba el
auto en tercera y habiendo hecho
todo esto oprimía acción abrir el
portón automático y salía rápida-
mente con la sensación de haber frus
trado un asalto. Debía reconocer que
estaba jugando a "ladrones y celadores"
"buenos y malos" conmigo mismo,
repitiendo esos juegos infantiles, que
jugaba en la casa con mis hermanos
mayores y en la calle cuando nos
reuníamos un grupo de niños e íba
mos (mejor dicho cuando mi mamá
nos llevaba a las afueras de Lima en
lo que ahora es el Country Club, el
golf y donde estaba el campamento de
la Talacet. En esos juegos yo quería,
todos querían ser el bueno o del grupo
de los buenos, finalmente se jugaba con
el sentimiento de cada cual de ~~pertenecer~~
ser el bueno y del grupo de los bue

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

nos mientras los otros eran los 2
malos. De mas está decir que los
del otro bando se sentían los buenos
y pero ellos nosotros eramos los
malos. No se como es que he elegido
a este aspecto lúdico de mi
infancia (yo debía tener 6 a 7 años en
esa época), lo cierto es que queda
claro que esas banderías en las que
"los otros son los malos" siguen siendo
parte de la vida diaria de los adultos:
"Yo y mi grupo somos los buenos".
Estoy secuestrado y tengo miedo. Algo
menos que antes, pero siempre queda un
remanente. Busco lo contrapuesto al
miedo y encuentro ese otro sentimiento
que es el de valor. Me surge el senti-
miento de mi valer y el de ser valien-
te. Y me doy cuenta que todo ello está
es mi: valor, valer, valiente, coexistien-
do con miedo, no valer, cobarde. Me
doy cuenta que, por momentos predomi-
nen los unos y en otros momentos bro-
ten con fuerza renovada, los otros. El asun-
to está en que predominen los más
pluentesos pero eso, hasta ahora, no
depende de mi voluntad consciente;
no en vano me encuentro aquí escribien-
do estas líneas personales (ego), en pro de
mi bienestar (higiene) en este recuen-
to (que al ser de vida es biográfico).
Recuerdo que hasta los más valerosos
han tenido momentos de flaqueza:
hay pues un proceso cíclico inelu-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Victor Larco Herrera

table (que no puede evitarse) pero sí puede actuar de modo tal que alguno de los ciclos predomine sobre otro: que miedo, impaciencia, cobardía, turbación, angustia sean menos y surjan menos frecuentemente que valor, paciencia, valor, serenidad, paz ¿Y dónde puede la seguridad, la libertad la tolerancia (incluso consigo mismo el amor? Y me sorprende que recién surja ahora ese sentimiento fundamental, como si hubiera estado allí pero agazapado, ocultado bajo el peso del ciclo ominoso de sentimientos violentos. .3

06/06/24 12.15 h. Criterios de realidad. Vida de fantasía

Estás reconstruido tengo ~~miedo~~ - no, tengo libertad

Miro TV me distraigo

Me van a matar

Estoy sentado estoy cómodo

Estoy vivo

He de morir

Me tratan con cortesía

Me van a soltar

Me angustio por el futuro (el presente como realidad no es en sí angustiante sino por

No puedo moverme del espacio de 1.80x3m y eso es una realidad.

Puedo morir

Pueden tratarme mal

16 h. Han traído los periódicos (Expreso y El Popular): Freyre ha traído la noticia que Antonio negocia con tranquilidad y que asegura haber podido reunir $7000.- (siete mil dólares). Me dice Freyre que habrá que esperar siete días más. ¡Siete días más! separado de todos los que amo y felizmente saludándome amado por ellos.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

23.45 h. Todo el día viendo TV; rehuyo los programas de terror realista (Misterios irresueltos p/ ej) donde se tratan de casos de personas desaparecidas, secuestradas, raptadas, asesinadas y cuyo paradero se desconoce a pesar de haber pasado largo tiempo. Ello moviliza mi angustia identificatoria

Pienso que me van a matar y sigo tranquilo, aunque tengo siempre la esperanza. No voy a tratar de mi propia situación pues ello me es doloroso. Tengo una sensación de trascendencia, de que mi vida y obra no son, no han sido, en vano.

11/01/25 5 h (?) Martes: Supongo la hora por el tono de voz de los locutores del programa de TV. q' escucho pero ahora no veo ni quiero ver. Me he despertado con angustia y soledad: el inconsciente – mis temores, dudas, inseguridades y otras realidades fantasmales) han atacado y le han jugado una mala pasada a mi tranquilidad. Los diablos atacan! comienza la lucha diaria por recobrar la paz, serenidad, seguridad, libertad (interior porque exterior no depende de ti) (pensándolo bien nada de ello depende de ti, todo depende de ti y del otro: tanto tu paz como tu serenidad, tu seguridad y tu libertad. De lo que se trata es de hacer llevadera la situación antes de morir (cuando llegue la hora) y seguir completándolo, lo más honestamente posible, los ciclos de dolor, paz, angustia serenidad.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Mentira y verdad.
Tranquilidad - inquietud | pueden estar 8
cruzadas: hay verdades que inquietan y verdades que intranquilizan. Lo mismo sucede con las mentiras. ¿Entonces surge la duda, que intranquiliza siempre: ¿será verdad o mentira y surge la relatividad, el TAO. Por así es la vida, ese es la vía.? Se puede aplicar eso al amor?

96/06/25 11:45 h. Martes. Tengo la TV delante de mí. Son los tres chiflados (verdaderamente) - No puedo cambiar de canal pues la reja me lo impide. Siento mucha cólera, fastidio ante la irresponsabilidad de todos los participantes en esta producción y toda la de su estilo en la que la violencia es la encargada, la solución del conflicto, cualquier conflicto se inicia y logra, siempre y exclusivamente con el golpe, el chantaje, el abuso de poder en otras palabras el uso de la violencia. Poco antes traté ver el programa de Popeye cuyas características eran similares en cuanto a violencia, delincuencia tomada como juego. Se ridiculiza a las razas "oscuras", primitivas, a los que se considera "caníbales" y salvajes cuando muchos entre los superiores han cometido actos de salvajismo espantosamente más crueles, brutales y ominosos que el canibalismo mágico o, cuando menos tan horrendo.

96/06/27 5 h (?) Ya han pasado 9 días, han sido días horrendos hasta placenteros, con un consenso de dominador de desagrado temor y ingratitud. Lo que más duele es la sentencia real de liberación sea la de permanencia larga indefinida. No quiero aferrarme a la esperanza ni como tampoco permita que me atenace (atenaza) la fantasía terrorífica. Todo lo que hago me ayuda a sobrellevar esta realidad que sabe a pesadilla. La TV ayuda a que pasen las horas pensando poco; medito y me repito las

para siguiente: [illegible]; estoy [illegible]; siento miedo, esperanza, angustia, paz, impaciencia, resignación, amor, rabia. A veces, casi siempre, eso ayuda. En otros momentos leo. Tengo dos libros, los ríos profundos y Mi planta de naranja lima. Cuando los leo tengo que [illegible], por momentos, los sentimientos que surgen [illegible] al recordar la [illegible] soledad de los personajes, que es un acicate para sentir mi impotencia y embarazamiento.

Y lo mismo me he sorprendido de lo bien que me siento por instante en algún momento del ejercicio que hago. Ayudan los ejercicios a pasar el tiempo. A veces me pregunto si vale la pena hacer todo esto y la respuesta es afirmativa. ¡tengo que seguir!

Jueves 96/08/28 5h (?) Mucha angustia. Después de un día tranquilo y una noche de sueño corto y reparador, supuestamente (o por lo menos seguido de 4 horas), he despertado con la tortura de la angustia y de la incertidumbre. Ayer me pidieron 3 nombres de amigos que pudieron servir para comunicarse conmigo. De ello colegí que no habían podido hacerlo. Di los nombres de ofensores M, Roberto Fl. y René Flores y Benjamín A. El asunto fue alguno de ellos participaría junto a A. me hizo aclarar la angustia. Lo dije al único sujeto q' me [illegible] q' ellos eran sanos y sin vinculación con la política o las fuerzas militares; luego cuando el nexo de Benjamín con [illegible]; se lo dije e inmediatamente lo [illegible] de la lista. Pensando después me pareció una tontería ha

Cierto hecho para luego me pareció que igual Benjamín iba a participar desde su modo de ser y la relación con la familia. Cuanto más pienso en mi situación, más me angustia mi realidad. Cuanto más pienso en mi realidad como que la angustia disminuye: Moriré; estoy secuestrado. Esa verdad me tranquiliza algo. Es ahí donde me falta la seguridad que surge de la fe en lo que sea: Yo sé que Fragia es un falsario pero le creo, siempre tiene la palabra afable y el optimismo en la solución por así decirlo inmediata de la situación: y yo le creo porque quiero crearlo pero a que es merced a que creí en sus mentiras es que estoy donde estoy. La credulidad, calma la angustia. La duda genera angustia. La incertidumbre causa angustia. Mi certidumbre es Moriré, estoy secuestrado. Tengo otra certidumbre. Antonio hace lo indecible, el Tao con su relatividad es también la realidad inasible: en toda bondad hay algo de maldad, como en todo frío hay calor; en toda maldad hay bondad, así como en todo calor hay frío. ¿Cuando acabará todo esto? Pero ¿qué es "todo" esto? ¡Allí se incluyen tantas cosas! Por ejemplo el amor de mis hijos por mí y el amor mío por mis hijos; mi capacidad de pensar, mi encierro, para poner solo unos pocos aspectos del "todo" esto. Algo acabará y algo perdurará. ¡Comienzo y fin! no son opuestos son complementarios, como bondad y maldad; cada uno tiene algo del otro y eso se aplica a cada aspecto de cada situación. El amor no tiene fin, perdura. Me queda esperar. Hacer no haciendo. Seguir en

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

B

al tío del amor. ¡Adiós!, reviví; estoy reconstruido estoy libre!

Sábado 96/06/29. 0:14. He leído Caretas que me ha levantado la moral por el contenido afectivo de la nota de Armando. En la TV. la aparición de ~~el [illegible]~~ Monseñor Durand que pareció algo lívido pero impecable y me emocionó la tierna entrevista de Piero Solari. Es indudable que los aspectos emocionales son lo fundamental para el soporte en estas condiciones tan penosas, duras, inquietantes y hacerlas más liberadoras.

4h. Me desperté con menos angustia que en noches anteriores. Yo mismo me sorprendo de ello. He pensado en el síndrome de Estocolmo y he sentido que la búsqueda de explicaciones puede impedir errores; la aplicación de fórmulas puede conducir a estereotipos; es como un artesano que tiene un solo patrón, o molde, o herramienta moldeadora, en cualquiera de esos casos su creatividad se verá recortada y los resultados de sus trabajos serán semejantes, tendrán un carácter iterativo, repetitivo. Volviendo al síndrome estoy sintiendo que se relaciona con la relación edípica: los padres juntos y/o por separado detentan el poder y lo ejercen a veces de un modo brutal; si la agresión llega a la violencia, el hijo o hija puede abrigar deseos de venganza, de retaliación, de muerte del progenitor cruel y despiadado. Simultáneamente hay temor y amor. Temor al abuso del poder (fuerza) y amor por la protección recibida (verdadera o falsa pero sentida por el hijo o hija golpeado, sumiso y/o humillado - según el caso -) si no existiera esa protección yo quedaría desamparado, abandonado, solo en el mundo. Y ese temor a la soledad cósmica es más intolerable que la brutalización violenta. En esto hay 2, o más, participantes y cabe la for-

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

tasía del cambio del otro, hacia el amor y 9
a través de mi amor y es ahí donde surge
la conducta seductora de conquistar a quien
tiene el poder (¿aplicable todo esto al donjuanis-
mo?) y nos permite no quedar solos;
me permite no quedar solo; consiste
(además de infinitos otros aspectos) la intención fan-
tasiosa del posible cambio del otro (que al ser
seducido el placer que yo le proporciono negaría
de ser cruel con quien le proporciona el placer)
o de mí mismo (que al ser eficiente en
la seducción adquiero el poder / tengo un
o cuando menos,
cierto acceso a él. El emergente del proceso
no es la crueldad-bondad sino el amor-recha-
zo. En esta explicación del síndrome de Esto-
colmo intuyo que está jugando un papel fun-
damental el episodio biográfico siguiente que
aquí esquematizo: tengo ± 6 a. Mamá nos ex-
plica algo a los 4 hermanos. Sigo detrás de
ella (no me gusta mi [illegible], la veo fea-
supongo que comparada con mis tías de
Barcelona-). Mamá hace alguna mueca -q. la
hace cuando está nerviosa o fastidiada. Lo
que es muy frecuente y por infinitas razones-.
Mamá voltea para escribir algo en la pizarra
(¿números?) en relación con lo que explica (¿ma-
temática, aritmética?) (que creo haber enten-
dido). Empiezo a imitar su tic (la "remedo")
con un gesto burlón, "sobrado", agresivo,
agresivo, lleno de rencor (¿que hace que
mis hermanos se rían?). Me siento héroe.
Viene la catástrofe: mamá voltea, furiosa, hu-
millada, iracunda, ofendida, sintiéndose obje-
to de burla (por parte de un objeto de su
propiedad sobre el que no tiene control absoluto
y sobre el cual no puede ejercer su poder pleno,

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

como es el uso con mis tíos hermanos). Siguen pasos resueltos, amenazas tales como: "No voy a permitir que faltes el respeto a tu madre", "no voy a tolerar estas insolencias", "¡Le has faltado el respeto a tu madre!"; "Aquí no hay sitio para uno así / ¡fuera de la casa ahora mismo!". Siento terror: voy a quedar solo afuera (en el mundo, en la calle) y yo no sé nada de la calle y me van a pegar y no voy a tener que comer y me voy a morir. Siento que una ola de terror me invade como un escalofrío de muerte que me eriza los pelos. Soy jalado – empujado – arrastrado hasta el patio, me resisto. Siguen los jalones, empellones, ¿me agarro de la reja? (q' separa el patio del zaguán), mi llanto es desconsolado, pido perdón (?), "no lo quise hacer", "eso lo haré nunca más", "seré bueno"; el proceso mecánico sigue; la pareja madre-hijo llega – arrastrado, empujado, jaloneado el hijo – al umbral del portón de dos hojas (de la casa republicana con patio de 4 columnas que ocupábamos) de allí a la calle; mi ~~terror~~ terror es inmenso, confusión, llanto, vergüenza de que me vean, pero sobre todo terror, miedo a estar solo en un medio hostil, donde no conozco nada (¿Y de dónde sacaré comida?. ¿Cómo haré, qué haré?); horror, amedio que escucho "Nunca más pondrás los pies en esta casa". "Nunca jamás te aparezcas" (no puedo asegurar si ahí fue la primera vez q' escuché la frase, repetida luego muchas

mes, "Tu no eres mi hijo" o "Un hijo mío no puede ser así". Si dos pasos en la calle, pegado al muro, el terror y las palpitaciones crecían (si ello fuera posible), no recuerdo haber visto a nadie pero sé que con terror entré al zaguán (temía que mamá, el ogro, el diablo, el símbolo de la cólera y la ira todopoderoso-todopoderosa, estuviera esperando para impedirme la entrada para hacer efectivo el "Nunca más" (pues mamá nos había enseñado que nunca hay que mentir lo que quería decir que ella nunca mentía) y me escabullí, escondí, oculté en el triángulo de espacio que quedaba detrás del portón
de la hoja izquierda del portón.

Lo que no podía ocultar eran los sollozos, lo que ~~no~~ recala todavía, eran las lágrimas.

Sábado 30/06/29 ± 17 h. El día está siendo, contra lo deseado, largo, tedioso, angustioso, trajeron "El Comercio" donde informan que amenazan con matarme (a mí me dicen que no pero es difícil creerlo viniendo de quien me mintió desde que lo conocí, me refiero a "Ricardo Frejoo"), es tenso y su tono de voz es cálido; lo creo porque quiero creerle en todas las imágenes de TV había violencia, muertos, secuestros, asesinatos, raptos, hurtos, masacres, todo ello banalizado al punto de lo cotidiano; guerra de galaxias, guerra de animales, presentadas como lo más natural, encuadradas con risas y chanzas ante un dolor que habría de estar, y que se escamotea. Los únicos que se quejan, y muy poco, son las mujeres. Los hombres son insensibles al dolor y al sufrimiento propio y ajeno. Guerra, lucha, muerte, brutalidad, abuso del poder, crueldad sin límite, todo ello pasa con la misma naturalidad que un chiste amistoso

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Victor Larco Herrera

12 o un encuentro social. Presentaron una película de Cantinflas y igualmente bendijela la muerte. La TV, por otra parte, me permite ver lo que actualmente no tengo como opción o posibilidad: me alegro por ellos y me apeno por mí.

Morí. Estoy secuestrado. Mis emociones oscilan y vuelan. El tiempo se hace largo; no quisiera ni pensar en que pueda durar semanas o meses. Vivir mientras tanto. Tengo esperanza que Antonio pueda avanzar en mi liberación. Estoy cansado, ahora. Siento tantos deseos de amar, más intensamente, más apasionadamente de lo que lo he vivido hasta ahora.

Domingo 96/06/30 5 h (?) Ayer, al filo de la madrugada le hablé un rato a uno de mis dos guardias, quien desde ahora llamaré A. (por Amigo que es como yo lo llamo), de lo desesperado, angustiado y asustado que me sentía y se acercó para conversar. Yo empecé a sentirme mejor. Conversamos largo rato, de él, de mí, de sus aventuras amorosas, de mis viajes. No voy a extenderme pues sería largo. Hablamos, naturalmente, de mi secuestro y condición de secuestrado y él planteó "Su hijo ha estado manejando esto como un negocio, ha estado tranquilo, al principio ofreció siete mil. Seguramente actuó así por consejo de la policía. Luego ha subido la oferta primero a 25, luego 60 y ahora están en 90." Con estas palabras instiló más dudas e incertidumbres tales como "Mi rescate es objeto de negociación" lo cual es cierto en todos los casos. Yo sé que Antonio está ahora tan desesperado como yo y posiblemente más que yo pues ha de sentirse responsable de lo que pudiera pasarme ([illegible]). Me alentó a confiar en la seguridad del error. Seguidamente A., en tono convincente para mí, me aseguró que no me matarían en ningún caso (lo cual no es sencillo) y me dijo de estar tranquilo. En conjunto me tranquilizó y he podido dormir unas horas de

comido para despertar con menos angus-
tia que el despertar de los días anteriores.
Así debe ser el efecto de la psicoterapia,
en esto reside el poder de la solidaridad
y el eros. En el agredido hay identifica-
ción con el agresor y en este hay una identi-
ficación con el agredido. El Yin-Yang es lo
único que se mantiene como explicación - intui-
ción, integración - desintegración, insidia -
bondad, egoísmo - generosidad, vida y muerte. El
Tao permite sostener la vida y la muerte
y esté en cada cual y no se de en ninguno
porque el Teo es eterno y firme: contacto:
Como decido "no claudicante" es una ficción expre-
siva de la claudicación; hasta Cristo claudi-
có. Los sentimientos son cíclicos y contradic-
torios; como las olas, las nubes, los vientos, los
ríos, a veces menos, otras amenazadores. No voy
a seguir escribiendo porque quisiera dormir
un rato más antes que empiece la rutina de la
televisión, el desayuno, un poco de ejercicio, duchaz
ligero, ver TV, almuerzo, seguir TV, todo alter-
nado con momentos de meditación - relajación -
movimiento.

Domingo 96/06/30 23 24. Desperté angustiado, poco a
poco me fui calmando. Encendieron la luz, trajeron
la TV (se la llevan de noche - al principio intem-
pestivamente, ahora cuando se lo pido -), trajeron
el desayuno, fui haciendo ejercicios (los de la maña-
na), defequé, me duché (un poco pues el agua
es gélida), seguí viendo TV y quedé dormido para
despertar bruscamente cuando me trajeron el al-
muerzo. El resto del día transcurrió entre la TV
y los ejercicios. Los pacientes permanentes (me quedaré
encerrado por largos meses, me pueden olvidar en el

encima etc) que suenan enojantes; los optimistas que sienten el temor de no poder realizarse o cumplirse (se reducen a una sala dentro de algunos días sobre libertad) y la frustración resultante sería catastrófica.
Por ello me mantengo a un nivel de estrecha realidad: lo que veo en la TV (fantasía violenta, banalización de la muerte, ausencia de sentimientos salvo la codicia por el dinero y por el poder. Tuve algo de dolor de estómago y pensé en un terrible verme estar enfermo - de lo que fuera - a más de todo lo que estoy pasando. Es lindo pensar en los seres queridos pero no lo hago con frecuencia para no estallar de dolor
por temor a estallar de dolor. Estoy muy metido conmigo mismo y a cada momento repito, en voz alta, o como diálogo interior y para el ruido-sonido-voces de la TV: He de morir; estoy secuestrado; mis sentimientos varían; el Tao es la vía para salir - no saber que en la ansiedad hay paz y en la paz hay ansiedad.
Nuevamente la conversación con A se ha llenado a ratos con solidez - hay solidaridad en el dolor. Solo que a él le atenaza - poco o mucho - la culpa: se queja de dolor de cabeza como presión en las sienes y se le hinchan las venas:... Todo ser humano tiene alguna bondad y algo de violencia.
(cuando menos)
Acabo de terminar un programa de TV, servicio secreto, luego uno más bello: Momento de Luz o algo así: había un lindo mensaje, proclamado con poca convicción. Me siento tranquilo, seguro-

dentemente tranquilo, tanto que ya no quiero 15
luchar en mi mismo, ni torturarme; sólo que-
darme con la convicción que Antonio está haciendo
do todo lo humanamente posible para que todos
pero sobre todo él y yo salgamos de esta pesadilla

Martes 16/07/02. - 00h 05(?)m. Ayer lunes A. me
dijo que no habían vitaminas y que tenga que salir
rápido para hallar él los otros (vitaminas)
y traer lo necesario. Me pidió el tercero (que
tomo todo el mes (?) y dijo textualmente «lo
hemos haciendo historia». Se me une complejidad-
dad del guardia con el reencontrado. He tenido
nuevamente diarrea y A. ha estado nuevamente
preocupado, me ha ofrecido prepararme cocoa y [illegible]
fen (que tomé). Yo entiendo que salgo mientras estoy
bien pero, aparte de ello, siento una soledad y
un compañerismo mutuo. Me genera pensar la
situación de este ser humano.

La TV abundosa en vulgaridad, superficialidad, vio-
lencia, ausencia de sensibilidad humana, tendencia
[illegible] del amor y de la reciente reducción del
amor a la pureza criolla y la represión latinoa-
mericana - ha mostrado estos espacios rescatables: los
años maravillosos y Ros por tres, ... (familia
del policía negro. En los Años Maravillosos salió la
imagen y la voz de Martin Luther King quien en uno
de sus discursos decía que soñaba con un mundo
en que blancos y negros convivieran, y en el que
católicos y protestantes fraternizaran y así se
decía que por ello debían ir las relaciones huma-
nas; dentro de esa temática el actor protagóni-
co (de 12 a) acotó un discurso de J.F. Kennedy
en el sentido que hay gente que ve las cosas
como son; hay que ver las cosas como pueden
ser y por ello hay que avanzar para que se logre
la solidaridad y la concordia entre los seres
humanos. Eso es trascendencia, lo primero es
inmanencia. Creo que comprendo que pueda

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Victor Larco Herrera

6 morir, que mi vida pende de un hilo mientras que al mismo tiempo, y por estar en mi condición de renuentes, tanto si sobrevivo como si muero, cualquiera de los dos, vida o muerte, devienen trascendentes para la gesta épica de alcanzar un modo de vida menos violento a través de la no violencia..

Martes 06/07/02 8.05h. Ellos están tan pendientes de mí como yo de ellos. Apenas encendí la luz ~~y~~ puso en marcha la "rutina": me dió los buenos días y me trajo la TV. Me dijo en respuesta a mis buenos días y a mi pregunta ¿Qué tal has dormido?, que "esta noche sí he dormido bien" lo cual corresponde con mi propia realidad; esta noche he dormido mucho mejor, he despertado sólo un par de veces, con menos angustia en cada despertar. Es difícil concentrarse en condiciones de secuestro, así sean llevaderas como las que me han tocado. Hay una incertidumbre de base: ¿Cómo acabará esto?, ¿cuánto tiempo más no saldré de este secuestro?, ¿cuánto más no veré a mis seres queridos?. Cuando hay silencio (así) ese sentimiento aumenta. Cuando está encendida la TV (la han puesto frente a mi reja) como ahora, aparando el período de comerciales — que en este caso felizmente es largo — para distraerme, lo mismo cuando la TV presenta telenovelas (que menos pero que a ninguno de los 3 (yo, Tigre y A) nos gustan.

Martes 15h; Sigo con descanso. Tomé dos Ronafen. El desayuno fue papaya y una manzana. Luego la "rutina" que lo es porque hoy han sido dos

almenos del recuerdo? ¿Cuántos más faltarán? 17
Es penoso pensar en esto aunque se que mis seres queridos, especialmente Antonio y alguno (o algunos) amigos entrañables, colaboran con él y, si posible lo apoyan; y estos mis amigos entrañables que se que harían cualquier cosa por sacarme de este lugar. Me es desastroso por doloroso pensar que esto, aunque llevadero muy penoso, pudiera durar largo tiempo, muchas semanas, muchos meses; es mortificante; por ello pienso que lo que vale no es contar los días o las horas sino vivir el instante, el presente, cada momento del presente vivir cada instante de la realidad vivenciada en la máxima plenitud posible. Es así como siento que cada acción tiene un sentido y genera un placer real, por encima y más allá del dolor de fondo. En este sentido A me ha dicho, en tres o cuatro ocasiones, de una u otra forma: "Tiene Vd. suerte que no somos malos" y yo sé que tiene razón; podrían mantenerme vivo y al mismo tiempo maltratarme, torturarme, hostigarme con el confinamiento solitario en un espacio reducido, subterráneo; el sólo imaginármelo es espantoso. Por ello intento mantenerme en la realidad presente: He de morir. Estoy reconciliado. Mis sentimientos ordenan y cada uno de ellos lleva algo de su contrario "La vida trasciende en la muerte y ésta trasciende en la vida de los que sobreviven y me aman". Hacer no haciendo. Saber no sabiendo, está en el TAO y el Tao es invisible, como los sentimientos.

I 15.34 A me pide que Antonio pide un mínimo escrito para saber que estoy vivo y plantea que

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Victor Larco Herrera

? sea algo sobre los componentes de también so necesiten ahora así es que mirar a la obra. Quise escribirte Anita una relación larga de lo que hemos pasado todos en nuestras excursiones a diferentes sitios del país y tenía temor de fallar en las fechas

Miércoles 26/07/03 22.30.- he pasado otro día con altibajos. El mío fue trastornado con sobresalto por la ensartada (ni pesadilla que recuerde). Terminé de leer esta planta de "Naranja-lima" delicioso y doloroso en su ternura y su violencia como maltrato infantil. En la mañana, a partir de las 8 se desenvolvió la rutina; me trajeron la TV, espera, incertidumbre, A trajo el desayuno (papaya, mandarina pera fresa, pecanas) infusión de manzanilla) servido con simpatía. Recogió la cama (colchón) y sábanas y frazada: como dijo A: "de la universidad bastante, pero nuestro en U.S.: el colchón, las sábanas (¡son nuevos!). Luego ejercicio echado, de pie, primera, segunda, cuarta y quinta posiciones, trabajo de barra (sin barra) trabajo de desplazamiento (sin desplazamiento) estiramientos y movimientos de festejo para terminar con pasos de marinera, su chazo final. Conversación c/ A: que Antonia estaba recuerdo el dinero, que quería que todo esto acabara, pues a él lo tenían encerrado, sin llamar mi teléfono ...... Utilizamos flores, mide, cocina, [illegible] y la Bienal... y me empezó un frío que calaba los huesos; tuve que ponerme todo lo que tenía (incluyendo la malla de baile que me había quitado al llegar y las medias de lana de tipo futbolista que me he puesto sobre las chinelas, los dos pares de medias con que vine y otro par también aportado por

mis captores. Inmerso en la frazada llegó
la hora de almorzar (pollo hervido y ensalada -
zanahoria, lechuga, ~~tomate~~; de postre papaya). Y
mi TV, sin ganas de leer. Llegó Tregre a eso
de las 15 diciendo que Antonio pregunta dónde
guardo el dinero, mi respuesta: no tengo efectivo
mi dinero en el banco, tengo unas acciones y
agregué: que le pregunte al alemán si le puede
prestar... Tregre es dulce y conveniente, amable
y llevadero su frase es "no es problema" y sí
la mando de vuelta por el lugar, decía "Cuando
lo estoy nervioso me río". Tregre dijo, y yo le
creí, que se transmitirá eso a Antonio (para mí
que Antonio quería tener la seguridad de mi super-
vivencia. Lo cierto es que eso me tranquilizó
y más aún cuando, una hora después Tregre
dijo "Se está arreglando todo, mañana pagarán
el rescate y entonces ya lo dejamos ir, seguramen-
te será el viernes". Y yo le creí, con o sin
razón, quería creerle aun a sabiendas de lo
falso que ha sido pero hay algo en el retorno
en el secuestrado por lo cual depende
del secuestrador. Forma parte del modo de
comunicación por el cual el secuestrado entre
la angustia de la muerte, el desamparo y el
abandono. A su vez el secuestrador ha de sentir
(consciente o inconscientemente) el halago a su
vanidad y la satisfacción de lograr lo que él
decide: ~~la~~ reasegurarse de que detenta el poder;
es una victoria. El clima emocional era de
alegría; Tregre trajo periódicos me dio El Popular
y luego, casi con orgullo me alcanzó "El Sol" en
la página donde aparece el artículo de Dominio
Escolar la Cruz (que se reproducirá "por aquí");
por esos momentos apareció Paggi en la TV, pidien-

lo que me sostenían; me pareció lastador, anémico y patético.
La entrevista de Escobar, nominal, escamoteó comprometido, con sentido y sensibilidad social, enviando un mensaje significativo para la comprensión del proceso de la violencia se me presentó en el otro polo de la penumbra psicoanalítica acerca sobre el síndrome de Estocolmo: impersonal, explicativo, especulativo, expuesto en el velo de un psicologismo pedantesco, rimbombante y sin fundamento real, pues surge de la fantasía poética del ...
Así las cosas surge impaciente la ilusión de una liberación dentro de dos días al par que las fantasías del fracaso de la negociación y/o del desconocimiento en la entrega del rescate y/o de la modificación de planes en el alto mando. Sorprendentemente en lo último que pienso es en lo que debería ser más factible: que se recoja el rescate y yo no sea liberado pero eso es tan doloroso que lo estoy negando. Sea como fuere salgo de los juegos de las fantasías y vuelvo a la realidad: ¡He de morir. Estoy secuestrado por tiempo indefinido. Mis sentimientos varían y cada cual contiene el germen de su opuesto. En el trecho entre el comienzo y el fin. 96/07/04. 00h40 a.m.
Lunes 96/07/04 – 18h (?) en TV ~~diferencia~~ diferencia entre el Príncipe del Rap y la otra serie de negros .... ; en la primera la muchachería, la picardía "criolla" mundana, se trata de nuevos ricos, y eso moviliza la risa en relación con situaciones lícitas y violentadoras de la gente o aspecto sencillo, sensible y delicado del ser humano. En la segunda hay la rigidez y avaricia de un jefe de familia, policía que mantiene a costa in

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

abuso de burlas y humillaciones, el entendido de la potencialidad de propósito y la transparencia de la acción.
He dormido de un tirón entre las 00.30 y las 07 más o menos. Decidí "hacer algo" para pasar este día con menos expectativa. Intento plantear cuento catastrófico; y lo que decidí hacer fue limpiar mi celda, si salgo pronto no habré pasado un día ocupado d(e) la fantasía anticipatoria expectante, placentera, (me causa tanta ansiedad como la fantasía anticipatoria catastrófica); había visto tantos titulares y noticias sobre mi secuestro que pensé en ellos ~~pluminando~~ ~~como~~ forma de pasar el tiempo movilizándome físicamente o como anticipo de un trabajo que posiblemente tendré que hacer después de mi liberación.
Entiendo que es un juego de complemento - sirve para la vida mi vida, y no contradice la muerte, y es inmanente y apunta a la trascendencia. Levanté el colchón, los periódicos esparcidos por el piso, recogiéndolos del ladrillo que se había acumulado; pedí a A una escoba (escobillón de paja); barrí. A me pidió que recogiera y desempolvara los periódicos iba ordenando las páginas, enteras, en las que apareciera algo relativo a mi secuestro. Repentinamente A me trajo el almuerzo (~~pollo~~ pollo frito, ensalada de tomate

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

con mucha cebolla, mandarina, jugo de maracuyá); dejé la cebolla pues me parece que me produce un efecto laxante. Conversación con A.; los dos queremos que esto acabe; dice que Antonio también. Repentinamente tiene deseos de defecar: le dije que esa era la cagada del miedo, mejor "cagarse de miedo"! En la tarde se elevó algo el vientre, tomé Bonafama y té cargado; tan cargado que empezó dolor difuso abdominal. Al rato calmó el dolor, con manzanilla y empecé a pedear. Entretanto los programas visuales siguieron su secuencia. Ahora es el programa de las 8 "Mr. Nanny": o sea un hombre grande y en el fondo bondadoso, maltratado por un chico malhadado y cruel y su hermana que aprende a ser cruel (como aprenden todos los niños que vean esta producción. Una vez más escuela de violencia.
Falta de interés para escribir. Admiración por los que han aguantado, resistido, años (¡años!) (horror) de encierro solitario. Mis aun si, además plasmaban obras, pienso en Cervantes y me avergüenzo de mí mismo (encierro y galeras en Argel y carcelería en España y creo que ambos

23 durante año; ambos injustos; ambos crueles. En esa época la violencia era mas intensa que ahora; la crueldad era condonada; quien vive en dureza y es maltratado por la humillación, la miseria, la soledad considera en menos la muerte. Quienes vivimos gratamente, en compañía grata, protegidos de la pobreza, detentando un cierto poder, nos aferramos a la vida y la muerte no es esperada sino temida.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Martes 96/06/25 20h.

Antonio, hijo querido:

¡Cuán penosas son estas situaciones! Siento tu preocupación y tensión agregadas a los problemas graves, de toda índole, por los que vienes pasando. Lo que nos permite sobrellevar tanto pesar y tanto estrés es, fundamentalmente el amor familiar y la esperanza de que el amor entre los seres humanos conduzca a la solución no violenta de tantos asuntos oscuros, crueles y violentos.

Por momentos siento miedo y la angustia, aunque no siempre se trasluce; generalmente. Por ello mi sueño es inquieto, entrecortado. La privación de la libertad es muy pesada más si el espacio es reducido a lo que requiere un colchón, una ducha y un WC. Tengo molestias digestivas pues a que los alimentos son pesados; los que me cuidan son cortés. La posibilidad de comunicarme es muy importante para el ser humano. El ambiente es muy húmedo y a veces siento frío; luego, en el poco espacio que queda al levantar el colchón, ejercicio para calentamiento del

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

cuerpo, eso me está ayudando a no deprimirme pues es horrible no poder salir en ningún momento de un espacio tan reducido.
Lo peor de todo es el temor a lo desconocido que el futuro puede traer en estas duriísimas circunstancias. Por momentos tengo la seguridad que esto se solucionará (no sólo en nuestro caso sino en tantos similares). En otros momentos me sobrecoge el temor. Luego vuelvo a confiarme en lo que esté haciendo y la seguridad que eso me da.
Lo que sí es claro es que nos queda mucho por hacer para que estas cosas no se repitan y que las relaciones entre los seres humanos se fundamenten en el amor y el afecto y no en la violencia, la codicia y la envidia.
Antonio, hijo querido, te abrazo y te beso con la esperanza que dentro de poco se habrá disipado esta borrasca

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

situación que, aunque es una
penosa realidad, por momentos
parece una pesadilla. Otra vez
te abrazo muy estrechamente, un
beso
Pepi

Transmítela esto al Daniel y a
Andreita. Pienso con amor en vosotros
tres y en mis nietitos. Todo mi
cariño para todos Pepi Abril

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

96/06/19 18h.

Anito, hijo.

Estoy bien, me tratan con cortesía, la comida abundante y sazonada. Dispongo de TV y material de lectura, el espacio es reducido, los servicios higiénicos indispensables. Lo más duro, como te lo imaginas es el encierro, la pérdida de la libertad; el encuentro con tus propios fantasmas, con temor a lo futuro sobre lo que no tienes control.

Extraño la vida y sus bellezas gozadas en plenitud. Me apoya el recuerdo de ustedes, de la familia, para cada uno de ustedes va todo mi cariño. Los sentimientos hacia mis buenos amigos y amigas. La comunicación, incluso con los que me cuidan también ayuda por eso yo te seguiría conversando más que nunca.

Te agradezco todo lo que puedas hacer en este asunto, tengo fe en ti y en el cariño que nos tenemos.

Te besa, te abraza

Pepi.

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Victor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Víctor Larco Herrera

Biblioteca Enrique Encinas | Hospital Victor Larco Herrera

En este libro, que contiene un mensaje de paz y solidaridad preventivo de la crueldad y la violencia, Mariano Querol— médico, psiquiatra, psicoterapeuta, profesor universitario, pensador contestatario— relata los avatares de su secuestro, vierte los sentimientos descarnados —a veces variables, otras inamovibles —que lo acompañaron durante el cautiverio, muestra las contradicciones de ese ente dialéctico que es la psique y describe la relación que estableció con sus captores. En ultima instancia este libro constituye una reflexión su autor sobre la violencia y la codicia de ser humano como contraparte de la elación, la libertad y el amor.